SERAPHINA WILDEROSE



RECHAZADA POR EL ALFA LOBO

HOMBRES LOBO A LA LUZ DE LA LUNA 2

RECHAZADA
POR EL
ALFA LOBO

De enemigos a Amantes

Triángulo Amoroso

Romance Paranormal

Hombres lobo a la luz de la luna 2

Seraphina Wilderose

Derechos de autor © 2025 por Seraphina Wilderose.
Todos los derechos reservados. Esta copia está destinada únicamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin el permiso previo por escrito del editor, a excepción de las citas breves en una reseña del libro.

Contenido

Capítulo Uno - Fiona

Capítulo Uno - Fiona

Estoy caminando por el bosque.

Las flores silvestres amarillas que crecen sobre las enormes raíces de un árbol llaman mi atención, y me detengo para arrodillarme, acariciando uno o dos pétalos. La luz del sol se filtra a través del espeso follaje, sin lograr disipar la oscuridad entre los árboles. No es como si la necesitara para ver de todos modos. La mitad del tiempo, la oscuridad es mi hogar.

Tan pronto como me arrodillo para tocar los pétalos, el chasquido de una rama y un olor pútrido me sobresaltan. El aroma es algo que no puedo explicar. Me ahoga. Un escalofrío recorre mi cuerpo desde la columna hasta los pies. Como si tuviera miedo de esta extraña presencia, la luz del sol comienza a retirarse entre las nubes, enterrándome en la oscuridad. Al mismo tiempo, el entorno empieza a pudrirse y colapsar a mi alrededor. Las flores se derriten bajo mis dedos y queman mi piel, seguidas de un dolor que rebota en mi cráneo.

¿Qué está pasando?

Despierto con un jadeo de pánico, el calor de mi habitación envolviéndome como una manta. No hay árboles ni flores silvestres, ni luz del sol, ni decadencia. Solo estoy yo, acostada en mi cama, en mi habitación... si es que se le puede llamar así a este espacio apenas habitado.

Mi habitación es un lugar pequeño y estrecho, con la pintura descascarada en las paredes y una única bombilla parpadeante colgando del techo. La cama es vieja, con un colchón hundido en el centro, y la única ventana está demasiado alta como para alcanzarla, sin ofrecer más vista que un pequeño pedazo de cielo. Una alfombra desgastada cubre parte del frío suelo de concreto, y los escasos muebles—una silla tambaleante y una cómoda maltrecha—hablan de abandono y de una vida puesta en

pausa.

No me avergüenza mi habitación porque nadie me visita, así que no pueden ver lo terrible que es. Ni siquiera me hablan en las calles, a menos que sea para enviarme a hacer recados o tareas insignificantes; si pueden evitar dirigirme la palabra, lo hacen.

Hasta hace unas semanas, vivía en la parte principal de Noddfa, la ciudad de la manada Silverpine. Tenía mi propia casita y amigos... o al menos, personas que a veces me hablaban. Había sido elegida para ser la Luna, para casarme con el Alfa, solo para que él me rechazara. Ahora soy una simple Omega, obligada a vivir en el área de la manada y tratada como si ni siquiera perteneciera a ella.

Arrastrarme fuera de la cama se siente más agotador de lo habitual, y eso se debe a que estoy preocupada por lo que me espera en las próximas horas, lo que cada vez más parece ser mi destino de por vida. Ahora que soy una Omega, significa que tengo que soportar trabajos despreciables y burlas constantes, todo gracias a la humillación pública que sufrí. Incluso los otros Omegas no me respetan.

Mi cabello ha crecido hasta más allá de la cintura, así que hago lo posible por manejarlo trenzándolo y luego enrollándolo en un moño detrás de mi cabeza. Apenas ha amanecido, pero ya voy tarde a mis tareas; el sonido de pasos yendo y viniendo afuera lo confirma. Unos pasos familiares se acercan demasiado, y sigo desnuda de la cintura para arriba. Agarro mi camisa de la cama, abotonándola lo más rápido que puedo. Apenas logro terminar cuando mi puerta se abre de golpe, y en la entrada está la actual pesadilla de mi existencia: Patrick.

—Oh, ¿interrumpí tu sueño de belleza?

—No, ya estoy despierta.

Me pongo los guantes y camino hacia la puerta, deteniéndome porque él sigue ahí, invadiendo mi espacio. Levanto una ceja en señal de pregunta, pero ya estoy acostumbrada a sus tontas provocaciones. Patrick es uno de los encargados de supervisar a los Omegas, y a veces siento que se cree un Alfa solo por el pequeño poder

que ha logrado obtener. Me fastidia a mí y a cualquiera que pueda, pero en realidad es tan inofensivo como una mosca. No tiene poder real, y le gusta demasiado su rostro como para meterse en una pelea.

Mide casi un metro ochenta, es rubio y tiene ojos azul celeste. Hasta podría parecerme atractivo si no fuera porque es un completo imbécil. Lo odio casi tanto como él me odia a mí, pero al menos yo tengo una buena razón para hacerlo.

—¿Algún problema? —pregunto, ya que sigue bloqueando mi camino. Tal vez sea mi mirada fija lo que lo hace titubear, porque finalmente da un paso atrás, dejándome espacio para pasar.

—Intenta despertarte más temprano la próxima vez. Te lo digo porque soy amable. Si vuelve a pasar, recibirás una advertencia y trabajo extra durante una semana.

Quiero decirle que se coma la tierra y luego estrellarle el puño en la cara, pero no tengo ganas de meterme en problemas. En su lugar, le doy una respuesta seca:

—Seguro.

Finalmente, logro pasar a su lado y salir. No miro hacia atrás para ver si sigue ahí. Sé lo que tengo que hacer de todos modos.

Nadie me dice una sola palabra mientras subo por el camino, dirigiéndome hacia la región norte de la ciudad, que en realidad es más un laberinto de raíces gigantes y enredaderas. Pero no tengo asuntos con nadie. Me mantengo al margen; el orfanato donde crecí después de la muerte de mis padres me enseñó que a nadie le importa realmente los demás.

El almacén del palacio está a solo unos metros adelante. Una viga rota ha hecho que la mitad del edificio se derrumbe sobre sí mismo. La mayor parte de los escombros ha sido retirada, pero todavía queda mucho trabajo por hacer antes de poder reconstruirlo. Esa ha sido mi única tarea durante la última semana: trabajar sola. No me importa; de hecho, admitiré que a veces disfruto el silencio y no verme obligada a mantener una conversación. A veces.

Es bastante obvio que me han dejado hacer esto sola como castigo por algún crimen desconocido, aunque no tengo idea de cuál podría ser mi falta. Bueno, si quiero ser honesta, sé por qué la gente no quiere estar cerca de mí, pero eso no aclara mi confusión sobre por qué me siguen manteniendo aquí si todos me tratan como una leprosa. No es exactamente mi culpa ser lo que soy.

—¡Ah! —exclamo en voz alta con un siseo, dejando caer la madera de mi mano y quitándome los guantes para ver un corte sangrante en el dorso.

Sanará, pero eso no lo hace menos molesto. Enojada, dejo la madera y decido tomar un descanso. No es como si a alguien le importara lo suficiente como para venir a revisarme de todos modos. Todos me dejan sola, a menos que sea para gritarme.

Cruzo el muro, y en un instante, lo siento: el cambio, la calma. Aquí, solo hay bosque. Por supuesto, la tierra sigue perteneciendo a mi manada, pero algo en estar fuera de la marca del muro hace algo en mí. La sensación de libertad es abrumadora. Es como si todas las restricciones de la manada y cualquier deber que tenga hacia ella no importaran. Puedo simplemente ser yo.

Entonces, comienzo a correr.

Las hojas azotan mi rostro y mi piel mientras aumento la velocidad, disfrutando del sonido del viento en mis oídos. Mi cabello se suelta del moño, cayendo por mi espalda en una trenza larga. Esto es lo que necesito: un espacio abierto sin juicios ni miradas recelosas sobre mí.

Corro bastante distancia hasta que mis pies comienzan a doler, y estoy segura de que he pasado el límite del territorio de Silverpine. No tengo prisa, pero reduzco la velocidad a un trote en mi camino de regreso.

Y entonces sucede.

Un pequeño hacha aparece de la nada y pasa a escasos centímetros de mi rostro. En un segundo, la sostengo, momentáneamente aturdida por la fuerza del impacto en mi mano. Los rápidos pasos a mi derecha llaman mi atención y, sin pensarlo, arrojo el

hacha de vuelta con toda la fuerza que puedo reunir. No alcanza su objetivo, pero él la atrapa con mucha más destreza de la que yo fui capaz.

—Buen lanzamiento —dice una voz masculina con un leve gruñido.

—¿Estás jodidamente loco? —pregunto, mirando a mi alrededor en busca del hombre que acaba de intentar asesinarme.

Pronto emerge de detrás de un árbol, la luz del sol proyectando una sombra afilada que corta la claridad del claro.

—¿Lo estás tú? Acabas de caminar directamente hacia mi zona de entrenamiento.

Miro a mi alrededor y finalmente noto las marcas en los árboles, sintiéndome moderadamente avergonzada, aunque eso solo hace que quiera golpearlo en la cara. Una cara bonita, ahora que tengo tiempo de mirarlo sin estar bajo la adrenalina del momento.

No me resulta familiar, pero debe ser parte de la manada; ningún otro lobo sería tan loco como para acercarse tanto a las tierras de Silverpine, sin importar cuán rudo se crea. Viste pantalones negros y una camisa de manga larga del mismo color, ambas prendas contrastando con su piel de tono bronceado. Parece alguien que pasa demasiado tiempo bajo el sol. Su cabello es castaño, más corto de lo que la mayoría de los hombres de la manada lo llevan, con un flequillo que le cae sobre el ojo izquierdo. En cuanto a sus ojos, no puedo distinguir su color exacto debido a la penumbra del bosque.

—Un poco de advertencia no habría estado de más —le respondo.

—Parece que no la necesitabas.

Me está sonriendo, y eso me irrita aún más. Me doy la vuelta y comienzo a alejarme, fingiendo no oír sus pasos siguiéndome.

—Si sigues siguiéndome, es posible que realmente te golpee en la cara.

—¿Siempre eres tan agresiva?

—¿Siempre eres tan molesto?

—Me conociste hace cinco minutos y ya concluiste que soy molesto.

—No estás demostrando lo contrario. ¿Vas a dejar de seguirme?

—Créeme, no eres tan especial. Solo voy en la misma dirección.

Me quedo en silencio, tratando de ignorar el hecho de que está justo ahí, y si me detengo, probablemente choque conmigo. Estoy tan distraída por su cercanía que hago lo más vergonzoso posible: tropiezo.

—¡Cuidado!

Mi rostro está a pocos centímetros del borde afilado de una roca cuando siento su mano sujetando la mía, su agarre deteniendo mi caída. Contengo el aliento para calmarme mientras me ayuda a ponerme de pie.

No había notado su aroma antes, pero ahora lo hago. Es el aroma del bosque, un olor fresco y terroso como el suelo húmedo tras la lluvia, con un ligero matiz de pino. Un olor natural, sin nada lujoso, solo naturaleza y algo parecido al cálido pelaje de un animal cercano.

—Ten cuidado. Actúas como si nunca hubieras caminado por aquí antes.

No lo conozco, pero sé que no está tratando de ser condescendiente, así que no digo nada. Entonces, siento su mano apretar la mía. La usual sensación que experimento cuando toco a alguien por demasiado tiempo comienza a extenderse por mi palma… Pánico. Me aparto rápidamente.

—No deberías tocarme. Es peligroso.

—Parecía que tú eras la que estaba en peligro.

—Estoy hablando de—

—Sé de qué estás hablando. Sé quién eres.

No dice nada más, solo sigue caminando hacia la ciudad.

Cuando llegamos al muro, justo detrás del granero, espero que simplemente se aleje, pero se detiene en seco, se gira hacia mí y dice:

—Soy León.

—Fiona.

—Te dije, sé quién eres. Eso no te hace menos parte de la manada.

León se aleja, y yo vuelvo a trabajar en silencio, sola. El corte en el dorso de mi mano hace tiempo que sanó, pero no me pongo los guantes de nuevo.

Me había tomado de la mano para ayudarme, a pesar de saber quién era, a pesar de saber qué era.

Y, de repente, me encuentro pensando en cómo su cabello no es realmente castaño, sino más bien dorado, con suaves reflejos rubios.

Capítulo Segundo - León

Si hay algo que odio, es una multitud, así que definitivamente no me agrada cuando el Consejo de Silverpine me invita a una de sus constantes reuniones que no tienen nada que ver conmigo.

Kaden, el Alfa, se sienta en la cabecera de la mesa, mientras que su padre y el resto de los ancianos ocupan las sillas a la izquierda. A la derecha, están el jefe de los guerreros y algunos centinelas y combatientes de alto rango. Kaden parece relajado pero en control, como si hubiera nacido para estar al frente de esa mesa. Su cabello oscuro contrasta fuertemente con sus penetrantes ojos azules, que recorren la sala con una confianza natural. Viste una simple camiseta gris que le queda perfectamente y unos vaqueros que parecen hechos a su medida; es la imagen de un Alfa que no necesita un traje para imponer autoridad.

Él y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, desde los días en que éramos solo un par de niños con rodillas raspadas y grandes sueños, corriendo libres por el bosque. Pero a medida que crecimos, él cambió; las responsabilidades de convertirse en Alfa pesaron sobre él, y empezó a distanciarse, su orgullo aumentando con cada paso que daba hacia el liderazgo. Ahora, sentado ahí con ese aire de autoridad, no puedo evitar sentirme como una extraña para él, solo un rostro más en la multitud. Dudo que siquiera recuerde mi nombre.

Mi propio padre, Víctor, se sienta al final de la mesa con un asiento vacío a su lado que me pertenece, pero nadie se queja de que no lo ocupe. Saben que mi presencia en la esquina de la sala es el único grado de participación que tendrán de mí. Mi padre es el líder del Linaje Martyr de Silverpine, y yo tomaré su lugar cuando se retire. No puedo decir que sea mi sueño, pero soy leal al Alfa. Me gusta usar la excusa de que, como aún no ocupo oficialmente la posición de mi padre, tengo derecho a relajarme.

—No hay razón para no expandir el territorio hacia el Este. Hay suficiente tierra y la manada está creciendo. No podemos quedarnos estancados en el mismo lugar por más de cien años —dice Kaden, mirando de un lado al otro de la mesa. Algunos asienten en señal de acuerdo. Otros, no tanto.

—Esa tierra no nos pertenece, y empezar una guerra con los cambiaformas no es una idea inteligente—

—¿Me estás llamando estúpido? —Kaden lo interrumpe con un gruñido.

El hombre que ha hablado, Jacobe Camelin, es uno de los más ancianos de nuestra manada. Nadie sabe con certeza cuántos años tiene, pero sabemos que ha estado aquí durante mucho tiempo. Su edad le da el peso suficiente para desafiar al Alfa.

—En este caso, sí, estúpido.

La ira brilla en los ojos de Kaden, pero eso es todo lo que puede hacer. No puede discutir con un Anciano.

—Hace mucho que no vemos a los cambiaformas. ¿No significa eso que han abandonado el Este? —sugiere Rowe, el jefe de la guardia. Es un adulador que se preocupa menos por el sentido común y más por estar en buenos términos con todos. A veces me pregunto si alguna vez ha tenido un pensamiento propio. Me resulta gracioso que un hombre tan cobarde como él sea el jefe de la guardia, pero por más serpiente que sea, es bueno diseñando estrategias que han mantenido a Silverpine protegido todo este tiempo.

El rostro de Kaden sigue sin mostrar satisfacción, pero incluso él sabe que cualquiera con verdadera sabiduría se mantendría en el lado bueno de Jacobe. Jacobe tiene el apoyo del pueblo sin siquiera intentarlo.

—Si quieres extender el territorio, el sur es un buen lugar para empezar —sugiere Jacobe, recostándose en su asiento mientras sus ojos recorren la sala. Se detienen brevemente en mí, pero rápidamente vuelven a posarse en Kaden.

La tensión en el aire es palpable mientras todos intentan no quedar atrapados en el

evidente enfrentamiento entre Kaden y Jacobe.

He aprendido a mantener la boca cerrada, aunque estoy completamente de acuerdo con Jacobe. Los cambiaformas son un grupo interesante. Durante algunos de mis vagabundeos a lo largo de los años, he conocido a algunos de ellos, y tienen un talento especial para meterse en problemas. Silverpine no es una manada pequeña, y derrotarnos en una pelea podría ser casi imposible. Pero los cambiaformas... Hay algo en ellos que no me gusta, y temo que sean lo suficientemente inteligentes como para debilitarnos.

Dejan caer el tema como si quemara y pasan a discutir otros asuntos de la manada, temas que no los obliguen a lanzarse miradas fulminantes o a intercambiar golpes.

—Y antes de que terminemos, ¿qué hay de esa chica? —Rowe pronuncia "chica" como si fuera la palabra más repugnante jamás creada, y de inmediato sé a quién se refiere.

Siento una pequeña oleada de rabia burbujeando en mi interior al escuchar su tono, y no estoy seguro de por qué. Es como si un instinto protector se activara, uno que ni siquiera sabía que tenía, especialmente hacia ella. Pero no digo nada.

Víctor, mi padre, le lanza una mirada de advertencia, y Rowe cierra la boca de inmediato. La mayoría de los miembros del consejo saben pocos detalles sobre por qué Fiona está aislada y el poder que posee. La verdad solo la conocen los miembros más altos del consejo. Y yo, por extensión de mi padre.

Unas horas después, la reunión termina y todos vuelven a sus asuntos, yo incluido, aunque no puedo decir que esté particularmente ocupado. La mayoría de la gente me evita, y me alegra que sean lo suficientemente inteligentes como para hacerlo.

—¿No te vas a quitar los guantes, fenómeno?

—Si los quieres fuera con tantas ganas, eres libre de acercarte tú mismo.

Los oigo antes de verlos. Fiona tiene el brazo extendido hacia dos lobos, con una sonrisa maliciosa en el rostro. Se miran el uno al otro, y uno de ellos da un paso atrás,

apenas perceptible.

—Eso pensé. Ahora, los dos pueden ir a desperdiciar sus vidas como les plazca, pero déjenme fuera de eso —escupe con irritación en la voz.

Fiona se da la vuelta para irse, y ni siquiera yo esperaba lo que sucede a continuación. Uno de ellos la empuja por detrás, lo que hace que pierda el equilibrio y caiga. Antes de que tenga tiempo de reírse, escucho un gruñido, y Fiona se da la vuelta, empujándolo más de un par de metros hacia atrás, tanto que sus pies dejan el suelo, su cuerpo volando brevemente por el aire hasta que su espalda entra en contacto con un árbol con fuerza.

El otro da un paso atrás, su expresión aterrada al ver sus ojos dorados brillando. Ella le gruñe, y él salta, apresurándose a levantar a su amigo que lo empuja, con sus propios ojos ahora brillando también. Estoy seguro de que ella puede defenderse, pero él está enfadado y es más grande que ella, lo que significa que puede hacerle mucho más daño del que ella podría hacerle a él.

—¿Hay algún problema?

Tres pares de ojos se giran hacia mí, uno con miedo de ser atrapado, otro rebosante de arrogancia, y el tercero, curioso.

—No, León, solo nos íbamos —dice el más listo, dándole un golpecito en el hombro a su amigo, que aún mantiene una postura agresiva aunque el dorado en sus ojos ha desaparecido.

—Te veré por ahí —le escupe a Fiona.

Un impulso repentino de ponerlo en su lugar, algo que no suelo hacer, me invade. Rara vez me meto en disputas triviales como esta, pero hoy estoy tentado a hacerlo. Soy uno de los más fuertes de los Sigma, y fácilmente podría darles una paliza a estos lobos. Pero lo último que quiero es ser llamado a una reunión del consejo frente a todos y que me digan que no debería haber lastimado a alguien, especialmente no defendiendo a una mujer que todos llaman maldita.

Así que uso mi boca en su lugar.

—Eso suena como una amenaza. No la amenaces, y definitivamente no lo lleves a cabo a menos que quieras responder ante mí.

—Esto no te concierne, León.

Lo habría dejado pasar, pero hacerlo solo haría que me vean como débil. Así que hago lo siguiente mejor. Como un rayo, me lanzo hacia él y lo empujo contra el mismo árbol contra el que Fiona lo había arrojado, sintiendo su corazón acelerado bajo mi palma y viendo cómo el miedo se refleja en sus ojos.

—Mostrar superioridad sobre un hermano no es algo que fomente, pero si vas a ser un matón, tal vez tenga que enseñarte una lección. No quiero verte, ni a ti ni a ninguno de ustedes, cerca de ella. —Lo suelto, limpiándome las manos. —Y eso va para cualquier otra persona, así que te agradecería si se los haces saber. Si alguien desobedece mis órdenes, tendrá que responder ante mí, estuvieran ahí o no.

Los dos se alejan a toda prisa, dejándome solo con ella. Fiona.

—¿Estás bien?

—¡Estoy bien! —responde, agresiva.

—Cálmate.

—Estoy calmada.

—Todavía estás a medio cambiar.

Las líneas de su rostro están más pronunciadas, insinuando el lado lobuno que lucha por salir. Sus ojos titilan con un resplandor dorado y salvaje, mirando de un lado a otro como si estuviera atrapada entre dos mundos. Es un momento crudo, indómito, donde lo humano y lo bestial se fusionan en uno solo. Luego, Fiona parpadea, y lentamente, sus rasgos humanos regresan.

—Gracias —murmura con reticencia, dándose la vuelta para irse, su largo cabello balanceándose de un lado a otro.

Me recuerda a la cola de un caballo, y contengo una risa. No muy bien, ya que ella

me escucha claramente y se detiene en seco, dándome una mirada que es una mezcla de molestia y curiosidad.

—¿Dije algo gracioso?

—Para nada. Estaba pensando en otra cosa. ¿A dónde vas?

—A casa.

Corro hacia ella hasta que estamos cara a cara, y nuestros pasos se sincronizan.

—Antes de que preguntes, sí, te estoy siguiendo, y no estoy tratando de caer en tu mala onda, pero—La interrumpo al ponerme frente a ella. Ella parpadea como si se estuviera quitando unas lágrimas, pero es demasiado rápido para que lo note, y está de pie sin lágrimas frente a mí, dándome una mirada de sospecha.

—Quiero ayudarte.

—¿Qué quieres decir con ayudarme?

—Quiero ayudarte a controlar tu don.

—¿Don? Creo que te refieres a maldición. Nada bueno puede salir de esto, y preferiría que no me trataras como si fuera una idiota.

Fiona intenta pasar a mi lado, pero no la dejo. No voy a dejarla.

—No tienes opción. Quiero ayudarte, y vas a aceptar mi ayuda porque la necesitas, aunque seas demasiado autosuficiente para admitirlo.

Es obvio que he tocado una fibra sensible cuando la veo apretar los dientes, sus ojos buscando por todas partes como si se sintiera atrapada. Luego, tan fácilmente, sus hombros se relajan, y se encoge de hombros, cruzándose de brazos.

—Está bien. Ayúdame entonces.

—¿Cuáles son los hechos sobre tu don? —me lanza una mirada de advertencia, —¿la maldición?

—¿Empezamos ahora?

—Sí, a menos que tengas algo mejor que hacer.

Paso un segundo demasiado largo observándola morderse el labio ya agrietado,

preguntándome cuántas veces lo hace. Lo suficiente como para evitar que sane, obviamente. Como lobos, las cicatrices a largo plazo no son algo que se vea en nuestros cuerpos. La herida o sana o es lo suficientemente fatal como para matarnos.

—¿Qué te hace pensar que puedes ayudarme?

Su pregunta me saca de mis pensamientos, y soy lo suficientemente consciente como para darme cuenta de que aún estoy mirando sus labios mientras ella me observa desde abajo, bajo sus largas pestañas.

La primera vez que vi a Fiona en el bosque, hubo algo en ella que me detuvo en seco. No es muy alta, pero tiene una especie de confianza que la hace parecer más alta. Su cabello es una masa salvaje de rubio fresa que parece tener vida propia. Llevaba ropa simple—una camiseta y un par de jeans oscuros—que, de alguna manera, le quedaban perfectamente. Al mirarla, con todo ese fuego y lucha, no pude evitar sentirme atraído. Es como si, cuanto más se enoja y gruñe, más quiero conocerla—la verdadera ella, detrás de toda esa ferocidad.

—No prometo nada, pero me gusta imaginar que todo se puede controlar. Todo poder se puede manejar, y esto no será diferente —le respondo.

—¿Cómo estás tan seguro?

Nunca me he visto a mí mismo como un salvador de ningún tipo, y no voy a empezar ahora.

—No lo estoy, pero tengo que intentarlo.

Fiona asiente.

—Está bien. ¿Qué hacemos primero?

—Cuéntame todo lo que necesito saber sobre tu maldición.

—Puedo tocar a un lobo y quitarle la capacidad de transformarse.

Por supuesto, ya lo sabía, pero escucharla todavía me asombra. ¿Cómo puede hacer eso?

—Por eso uso los guantes —dice, moviendo la mano como si no supiera qué hacer,

pero su rostro cambia a pánico cuando le quito uno de los guantes y trato de tocar su mano.

—¿Qué estás haciendo? Eso no es seguro.

—Primero lo primero, si queremos aprender a controlar esto, vamos a hacerlo de manera completamente práctica, en todos los sentidos. Con los guantes, estarías demasiado cómoda, y vas a tener que practicarlo conmigo.

—Suena como si tuvieras un deseo de morir. Un error, y ya no podrás transformarte nunca más.

—No te preocupes —digo con una sonrisa—. Soy muy cuidadoso. Será como enseñarle a un cachorro a nadar.

Capítulo Tres - Fiona

León está equivocado. Definitivamente no es como enseñarle a un cachorro a nadar.

Cuando León me quitó el guante y

intentó tocar mi mano, no tenía idea del pánico que me invadió, aunque él ya había visto una parte de eso. Y que se riera como si no fuera gran cosa cuando mi corazón ya se estaba colapsando sobre sí mismo era simplemente criminal.

—¿Cómo se siente cuando tocas a alguien? ¿Te hace más fuerte? —me pregunta, lanzando mi guante a un lado y haciendo un gesto para que le pase el otro.

Niego con la cabeza, moviendo mi mano hacia atrás.

—Solo uno por ahora.

León no discute, sino que asiente y pregunta de nuevo,

—Entonces, ¿cómo se siente?

—No me hago más fuerte, así que no es como si le robara su fuerza o algo así. La primera vez que ocurrió, me sentí un poco bien, ya sabes, esa sensación dulce que simplemente te devora el cerebro, y él... él se volvió más débil. Mi amigo. Nunca me habló de nuevo después de eso. Todo lo que hice fue tocar su mano por unos minutos. Después de eso, no pudo transformarse.

Se me eriza la piel, y me estremezco solo de pensarlo. Eso fue hace mucho tiempo. Noddfa es lo suficientemente grande como para que apenas me cruce con él—o tal vez es solo lo suficientemente grande para que él me evite. Por otro lado, no tendría que hacer mucho considerando que me han prohibido hacer cualquier cosa que implique estar cerca de otros.

—¿Qué pasa si te quito tus poderes?

—Eso es algo por lo que yo me preocuparé —dice León, extendiendo la mano hacia

mí—. Está bien. Prometo que te detendré.

—Deja de sonreír. No hay nada remotamente gracioso en esto. Si algo sale mal, ya no podrás ser parte de la manada. No serás un lobo, así que, aunque indudablemente te agradezco la ayuda, no quiero ser responsable de lo que pase.

—¿No quieres ser responsable o no quieres hacerme daño?

—Ni una cosa ni la otra. Quiero decir, las dos.

León suelta una risa, el sonido es grave y con mucho humor, mientras yo estoy segura de que estoy a punto de vomitar y levanto las manos en señal de rendición.

—No te preocupes. Te prometo que está bien.

León flexiona los dedos, indicándome que lo toque.

—Primero, tenemos que saber cuánto tiempo me lleva sentirme débil. Tal vez establecer un límite, y para eso, tienes que tocarme—no, no sacudas la cabeza.

Si no hubiera dicho nada, hay pocas probabilidades de que me hubiera dado cuenta de que ya estaba sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación.

—Está bien —me asegura.

Lo miro a los ojos, mi boca seca por el miedo que corre por mi interior. Sin embargo, él parece ser el epítome de la compostura, y eso me da la confianza que necesito para finalmente alcanzar su mano extendida. Mi palma está sudada y pequeña en su mano grande y seca. Sus dedos se cierran sobre los míos mientras comienzan a temblar, pero no me suelta.

Una sensación cálida comienza desde mis dedos y se extiende hasta mis oídos. Una sensación cálida me envuelve, casi como la felicidad que siento cuando estoy cerca de la luna llena, pero sin la inquietud y el caos de ella.

—Fiona—

¿Es esa una voz? ¿Alguien está llamando mi nombre? Pero no sé quién es. De repente me siento cálida y bien, y…

Mi cuerpo se sacude, trayendo mi cerebro de vuelta al foco. Las manos de León

siguen sujetando las mías, y su otra mano está sobre mi hombro. Debe haberme sacudido para llamar mi atención. Siento mis ojos abrirse de par en par en pánico antes de apartarme. Él parece un poco pálido, y de repente sé lo que ha pasado.

—¿Por qué no te apartaste?

—Porque pensé que lo harías tú.

—No lo hice. No pude. Si no me hubieras apartado—no sé cómo explicarlo. Fue diferente a antes. Me sentí… cálida.

—Y yo sentí como si algo se estuviera sacando de mí, como lo que imagino que pasa con una cuerda atada a algo.

—Mi cabeza, no podía pensar. Todo lo que podía concentrarme era en la sensación. ¿Cuánto tiempo te sostuve? —pregunto, alcanzándolo pero retractando rápidamente mi mano aún sin guante. Tomo mi guante y me lo pongo.

—Solo unos segundos. Noté que tu mente parecía estar en otro lugar; por eso tuve que sacudirte. ¿Estás bien?

—¿Y tú? ¿Puedes transformarte?

Él se encoge de hombros con pereza.

—Puedo intentarlo —y cierra los ojos. Cuando los abre nuevamente, hay un leve destello dorado, luego desaparece hasta que lo único que queda es el gris ahumado de sus ojos.

—No puedo transformarme.

¡Oh, Dios!

*** *** ***

Uno de mis lugares favoritos siempre ha sido el bosque, desde que era una niña pequeña. Simplemente es lo mío y no lo he hecho en un tiempo. Había olvidado lo tranquilo que era. Camino hasta el bosque del Este, disfrutando del hermoso silencio que todo lo rodea.

El aire está frío y nítido, un presagio del invierno. Mi estación favorita. Me gustará

aún más cuando comience a caer la nieve, cubriendo la zona, y todo se convierta en un gran vacío blanco. La pequeña sesión de entrenamiento con León me dejó más confundida de lo que debía ser. Mis nervios todavía están alterados dos días después, y él ha estado especialmente ausente. Pero juro que percibí su aroma el día anterior, aunque desapareció tan pronto como lo noté, disipándose en el aire.

Salto del árbol cuando mi estómago empieza a gruñir en protesta. Debo haber estado allí arriba por un buen rato. El bosque del Este solía ser hogar de los cambiaformas hasta que, de alguna forma, se fueron, y técnicamente, se nos prohíbe venir por aquí. Pero como miembro de una manada en la que más de la mitad quiere que me vaya, no les va a molestar si me encuentro con un grupo de cambiaformas, y no espero que se inicie ninguna guerra en mi nombre.

—Realmente deberías prestar más atención a por dónde vas.

Me sobresalto. León está sentado a unos pocos pies de distancia sobre un tronco caído, con las piernas a ambos lados, un palo en la mano y una expresión divertida en su rostro.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Hablar? Es lo que hace la gente.

—¡No solo hablaste! ¡Te acercaste a mí a escondidas!

—En realidad, creo que cualquiera diría que fue al revés. Yo estaba sentado aquí antes de que vinieras caminando, después de todo.

Observo su postura relajada. Parece que ha estado aquí un buen rato, pero no lo admitiré.

—¿Qué haces aquí y cómo es que no te olí? —le pregunto, dando un paso más cerca.

—Evitando a la gente; y no me oliste porque estabas demasiado perdida en tus pensamientos como para hacerlo. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Me sorprendiste. Nadie suele venir al bosque del Este.

—Me alegra ser uno de dos. —Mueve las cejas juguetonamente, y me cuesta no dejar escapar una pequeña sonrisa antes de aclararme la garganta y recorrer su cuerpo con la mirada, sin saber qué espero ver porque me da miedo preguntar.

—No has estado por aquí.

—No. Estuve un poco ocupado. ¿Por qué? ¿Me extrañaste?

—No te conozco lo suficiente como para extrañarte aún. Pero me preocupé. Después de ese día, ¿tú… ?

—¿Transformarme? Haz una suposición.

León sonríe, y de repente sus dientes captan la luz, viéndose más afilados de lo habitual. Sus ojos destellan un dorado profundo, no exactamente animal, no exactamente humano, sino algo salvaje atrapado entre ambos. No crece ni se encoge, su ropa no se rasga; es más como si hubiera llenado esa ropa de una manera difícil de identificar, como si de repente estuviera más presente, más allá. Y por un segundo, juro que puedo ver la sombra de la silueta de un lobo sobreponiéndose a la suya, un doble fantasmal que desaparece tan rápido como apareció. Es sutil, pero lo suficiente como para recordarme que hay algo poderoso acechando bajo esa sonrisa relajada.

Una extraña sensación burbujea en mi pecho. Debe ser alivio, estoy segura.

—Oh, bien.

—Soy más fuerte que la mayoría de los lobos, después de todo. No esperes que unos segundos de tu maldición me despojen de mis habilidades.

—Eso suena como algo muy seguro de decir. Algunos incluso podrían llamarlo alarde.

—¿Realmente es alarde si es cierto?

No tengo respuesta para eso, para ser honesta.

—Menos mal que me encontraste. Podemos intentarlo de nuevo —añade León.

—¿Hoy? —ya estoy dando un paso atrás, como si las palabras fueran un animal salvaje listo para abalanzarse sobre mí.

—Ahora mismo. Esa sonrisa usual de confianza ya está en su rostro. —Estás disponible, yo estoy disponible. Parece el momento perfecto.

—¡No! ¡Espera! ¿Estás seguro? Quiero decir—

—Vamos a hacer esto. Lo hago por tu bien.

—¿Por qué?

Él parpadea, claramente confundido, una expresión de ceño fruncido marcando sus rasgos.

—¿Qué quieres decir con "por qué"? Te lo dije antes.

—En realidad, no, no lo hiciste.

—Bueno, porque necesitas ayuda, y quiero ayudarte. ¿Siempre has sido tan terco? —No soy terco —digo—. Solo no quiero que te sientas responsable de mí.

—No tengo idea de lo que significa eso, pero obviamente eres terco, así que dejémoslo ahí. No te irás hasta que lo intentes de nuevo. Ahora, guante fuera.

Ya puedo sentir mi nerviosismo alcanzar su punto máximo mientras hago lo que me pide. León se levanta del tronco caído y extiende la mano hacia mi guante de cuero, al igual que la primera vez, pero necesito algo de control.

—No, lo sostendré yo.

No tengo donde guardarlo, así que me acerco al tronco en el que estaba sentado y dejo el guante. Él pone los ojos en blanco como si fuera ridículo, pero no hace ningún comentario.

—Siento que empezamos demasiado rápido sin hablarlo adecuadamente la última vez. No sabemos mucho sobre tu maldición, y yo no soy un experto, pero tenemos que abordar esto de manera práctica. ¿Qué sabemos? Que ocurre en segundos. Y está eso de que no puedes concentrarte, aparentemente, y creo que deberíamos abordar esa parte — dice León.

—Para alguien tan perdido como yo, actúas como si lo tuvieras todo resuelto.

León niega con la cabeza, una pequeña mueca tirando de las comisuras de sus

labios.

—Solo estoy tratando de usar el sentido común. Piénsalo; cuando te transformaste por primera vez, tenías muy poco control sobre ello.

No está equivocado. Me transformé en mi sueño cuando tenía unos tres años y casi me da un infarto cuando desperté sobre cuatro patas.

—Hasta que aprendiste a controlarlo y a cambiar a voluntad. Tu voluntad viene de ti, de tu mente.

—Eso suena a sabiduría sabia. Y no es una mala idea.

Él extiende el brazo, y yo hago lo mismo, sujetándolo como si fuéramos a darnos la mano.

—Tienes que hacer que tu mente actúe como tú quieres.

Respiro hondo mientras escucho su voz, cerrando los ojos para concentrarme.

Haz que tu mente, Fiona. Haz que tu mente.

Pero el calor agradable fluye nuevamente por mis dedos, y todo se apaga, una ola de éxtasis corre por mis venas. León suelta mi mano y abro los ojos justo a tiempo para ver ese resplandor dorado familiar en sus ojos parpadear y luego desvanecerse. La decepción me cubre como agua fría.

—Intentaremos de nuevo en tres días, supongo —dice León con una risa, y mi ira aumenta.

Dejo escapar un grito frustrado que resuena en el bosque. Me calma durante unos segundos. Espero ver confusión, al menos, en su rostro, pero él está más divertido.

—Me alegra que te parezca tan gracioso.

—Me alegra que a mí también me parezca gracioso. Fiona, está bien fallar de vez en cuando. Lo que importa es intentarlo de nuevo hasta que lo consigas.

León recoge mi guante y me lo entrega. Nadie ha hecho nada para hacerme sentir más vista. Me pregunto por qué está haciendo esto, por qué está intentando tanto hacerme sentir normal. Es como si no solo estuviera intentando arreglar un problema, sino que

realmente me ve por lo que soy. Y en esos momentos, empiezo a verlo como algo más que un protector; es alguien que podría entender lo que es ser yo.

Capítulo Cuatro - León

El borde grueso de la madera pasa por mi cabeza por apenas una pulgada. Me muevo rápidamente, saltando fuera del camino, pero me golpeo los propios pies y caigo hacia atrás, sosteniéndome del suelo con la mano. Él barre con sus pies, y caigo sobre mi espalda con un gemido.

—¿Ya te has rendido?

Sin previo aviso, me levanto de nuevo, barriendo sus pies esta vez, poniéndome de pie sobre él. Él emite un gemido de dolor, sujetándose la espalda.

—Debería preguntártelo a ti.

—Es una sesión de entrenamiento, León. Aún necesito mi espalda después de esto.

Me río, ofreciéndole mi brazo y ayudándole a levantarse del suelo. Claus ha sido mi amigo desde que era un cachorro. Incluso podría llamarlo mi mejor amigo. Justo después de que Kaden nos dejara, Claus y yo prometimos seguir siendo amigos. Prometimos nunca dejar que el poder y la posición se nos subieran a la cabeza.

—Tú me hiciste lo mismo; no me quejé. ¿Y quién dice que el entrenamiento no tiene que tomarse en serio? ¿No es ese el propósito de entrenar, fortalecer el cuerpo y la mente?

—No de la manera en que lo haces tú. Lo último que necesito es dolor de espalda.

—Sanará.

—Eso no lo hace menos doloroso —dice, poniendo los ojos en blanco.

No recuerdo exactamente por qué no nos gustábamos al principio, excepto que no nos gustábamos. Él no siempre fue enorme. De hecho, cuando era adolescente, Claus era un chico flaco.

Mientras que yo era alguien acostumbrado a mantenerme en mi mundo, Claus era el rey de la atención. La noche en que nos conocimos, él había querido imponerme eso,

pero yo no lo iba a permitir. Me amenazó, y al final me aseguré de que rompiera un hueso o dos. Nos hicimos amigos ese día, y Claus dijo que me respetaba. Años y años de ir al gimnasio lo convirtieron en el gigante que es ahora.

—No te preocupes, no le diré a nadie que te gané —digo, riendo.

Es entonces cuando huelo a Fiona. Su aroma me recuerda a lavanda y algo más. No logro identificarlo. Ni siquiera estaba seguro de saber cómo distinguir los olores hasta que la conocí a ella.

Claus debe haberla percibido también porque levanta la vista de lo que estaba haciendo y mira detrás de mí justo cuando ella aparece en mi campo de visión. Una extraña sensación me invade, algo parecido a los celos. Puedo sentir mi ceño fruncirse, tirando de la piel de mi frente, pero rápidamente lo enderezo y me giro para sonreírle. No tengo sentimientos por ella de esa manera, en absoluto.

No los tengo.

Hoy está vestida de manera un poco diferente; lleva un vestido azul pálido con bordes de encaje y mangas largas cubiertas por encaje. Es ajustado en la cintura y se ensancha en las caderas, con los dobladillos tocando sus pies, atados con botas.

—Hola —dice mientras me giro, una pequeña sonrisa en su rostro que se desvanece cuando mira a Claus. Tiene esa expresión de asombro ahora, la misma que he visto en los rostros de incontables mujeres que conocen a Claus por primera vez, inmediatamente deslumbradas por su apariencia.

No tú también, Fiona.

Puedo ver que claramente está nerviosa, y quiero romper el hielo, pero Claus me gana.

—Fiona, ¿verdad? Soy Claus. Un placer conocerte oficialmente.

—¿Oficialmente? —pregunta Fiona tímidamente, aceptando su mano con la suya enguantada, como si estuviera alimentando a un oso.

Claus sonríe.

—Eres toda una persona popular. —Mira su mano y su sonrisa se agranda—. Estás temblando como si fuera a morderte.

—No estoy acostumbrada a… que la gente quiera realmente tocarme, incluso con los guantes puestos.

—La gente está sobrevalorada de todos modos —añade, guiñándole el ojo. Ella sonríe ampliamente. —¿Quién quiere la atención?

Me río un poco, pero lo cubro aclarando mi garganta. Definitivamente le encanta la atención y no puede esconderla, aunque lo intente, pero esa es la cuestión con Claus: si puedes superar lo aterrador e intimidado que parece, es una de las mejores personas para tener en tu esquina. Se esfuerza por hacer que la gente se sienta cómoda, aunque más de la mitad del tiempo puede ser un empollón.

Fiona tiene una sonrisa amplia en su rostro, y me alegra ver que se están llevando bien. Pero esa extraña sensación vuelve a aparecer porque de repente me doy cuenta de que ella no sonríe tan brillantemente hacia mí y todavía actúa como un ciervo asustado cuando trato de tomar su mano. Es cierto que esa situación es diferente, pero no cambia el hecho de que ella se ha sentido cómoda con Claus en solo dos minutos de conocerlo.

¿Qué estoy pensando? No me importa eso. No me importa.

—Te ves bien.

Por un momento, no me doy cuenta de que he dicho algo hasta que veo la sonrisa burlona en el rostro de Claus, en contraste con la obvia sorpresa de Fiona y su rostro rápidamente sonrojado.

—¿Me buscabas? —pregunto, caminando más cerca de ella.

—No. Bueno, sí. Más o menos. No por ninguna razón en particular. Solo estaba un poco aburrida, supongo.

Lo dice de manera ligera, encogiéndose de hombros, tratando de ocultar la vergüenza que se reflejó en su rostro.

—Nos vemos, Fiona.

Claus ya se está alejando mientras dice esto, pero no antes de lanzarme una mirada interrogante. Sé por qué; solo lo ignoro. Él sabe algo que ella no, y quiero que siga siendo así.

—¿Estás libre para ir a algún lugar conmigo?

Fiona parpadea.

—¿Eh? ¿A algún lugar?

—Sí. Pero solo si te atreves.

*** *** ***

La taberna a la que la llevo huele como si hubiera pasado mucho tiempo desde que alguien limpió el suelo, pero tienen la mejor cerveza y la mejor comida. El rostro de Fiona está atrapado entre la maravilla y, me imagino, un leve disgusto; es gracioso verla.

—No te preocupes, es mucho menos aterrador de lo que parece.

—¿Estás seguro?

—Sí. Además, ¿qué es un poco de diarrea en el gran esquema de las cosas?

Lo digo con una cara seria, pero luego me cuesta contener la risa con la expresión que me lanza. La risa se derrama de mí antes de que pueda detenerla, atrayendo la atención de las personas cercanas.

El lugar es un agujero oscuro y sucio en la región oeste de Silverpine, conocido por su entorno sucio y posiblemente por personajes cuestionables, pero la gente generalmente no se mete en los asuntos de los demás, y a nadie le importa ver a una persona con guantes en una noche de verano demasiado calurosa.

—Relájate —susurro en su oído en lugar de gritar por encima del ruido—. Nadie te conoce aquí, y si lo hacen, no les importa lo suficiente o no son lo suficientemente locos como para acercarse a ti.

Alguien la empuja, haciéndola caer contra mí, y su piel se sonroja.

—¿Qué te hace tan seguro de eso? —pregunta Fiona, mirando hacia arriba con esos grandes ojos marrones.

—Porque he construido una reputación, y la gente sabe que debe evitarme.

El camarero deja dos jarras de cerveza frente a nosotros, y yo le pago, entregándole una a ella.

—Bebe.

Fiona pone una cara cuando toma el primer sorbo, pero luego se lame los labios, con los ojos brillando de sorpresa.

—Esto sabe increíble.

—Sabía que te iba a gustar.

Yo doy un gran trago también, mis ojos recorriendo la sala sin fijarse en nada en particular, tratando de distraer mi cerebro de admitir que su aroma es más embriagador que el alcohol. Lucho por no pensar en lo mucho que quiero tocar su cabello y descubrir si sus labios son tan suaves como parecen.

—¿Entonces por qué la gente te evita?

Pongo un poco de distancia entre nosotros sin tratar de que parezca que ella es la razón.

—Porque me gusta así. Además, lo único que la gente trae es problemas —respondo.

Fiona pone los ojos en blanco, bebiendo un poco más, sus ojos escaneando curiosamente la sala. Pido un plato de alitas de pollo con mucha salsa, y ella se sumerge generosamente en ellas.

—¿Estás segura de que deberías beber? No pareces el tipo de persona que bebe a menudo.

—Normalmente no, pero me siento bien. Y además, tú estás aquí. Me gusta pensar que soy muy segura —responde.

Se supone que debo estar feliz de escuchar que confía en mí y tiene fe en que la protegeré. Pero aquí estoy, su confesión ligera como humo en mis pulmones, ahogándome con culpa. Hay algo que necesito decirte, Fiona, y tiene que ver con por qué

estoy tratando de ayudarte a controlar tu maldición.

Fiona toca mi brazo, sacándome de mis pensamientos llenos de culpa.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, sí lo estoy —logro decirle.

Miro su taza casi vacía y veo mi salida de esta conversación.

—Oh, ya terminaste de beber. ¿Estás lista para irte? Está empezando a ser tarde.

—Claro. Vamos —acepta.

El camino de regreso a su casa está lleno de silencio, un silencio que no intento romper ni interrumpir. Aunque ella dijo que su tolerancia al alcohol estaba bien, tengo que acercarme un poco más para sostenerla cada vez que parece que va a caerse. Me alegra que no se dé cuenta de que ya estamos en su casa, aunque no está dando direcciones. No hay manera de que admita que he estado viniendo a su casa durante un tiempo.

—Gracias por esta noche. Lo pasé genial —me dice.

Quiero decirle que se ve más que hermosa esta noche, con la luz de la luna llena iluminándonos, sus ojos cansados de sueño y sus mejillas rojas de emoción. Pero tengo que alejarme antes de hacer algo que me haga odiarme a mí mismo.

—Yo también. Buenas noches, Fiona.

Ya debería estar acostumbrado al silencio en mi casa, y realmente pensé que lo estaba, pero el cambio de la taberna ruidosa al silencio sombrío hace que sea difícil adaptarme, incluso si solo son unos minutos.

Mi casa es modesta, de una sola planta, con paredes que han visto días mejores, la pintura desvanecida y desconchada en las esquinas. La sala de estar es simple, amueblada solo con lo esencial: un sofá, una mesa de café y una estantería que contiene una colección que ha recibido más atención que la televisión. Por la noche, el lugar adquiere una sensación cavernosa, las sombras se alargan sobre el suelo de madera, haciendo que el silencio se acentúe aún más.

No me sorprendo cuando capto el aroma de Claus en mi sala; él es el único que me visita. Pero que me empuje contra la pared es algo nuevo. Lo empujo lejos de mí, completamente sorprendido al ver una mirada seria y casi asesina en su rostro.

—Eres un tonto, ¿verdad? —me acusa.

—¿De qué estás hablando?

—Tu amiga.

—Ella no es mi amiga. ¿Y por qué suenas como si la odiaras?

Claus deja escapar un suspiro irritado, recostándose contra una pared y cruzando los brazos mientras me mira. Probablemente esta sea la primera vez que lo veo tan serio.

—No la odio. No creo que sea capaz de odiar a nadie, pero tú estás siendo un muy mal amigo. Veo cómo la miras. Incluso un ciego podría verlo.

—¿Cómo la miro? ¿De qué hablas?

—Te conozco, León. Tal vez empezaste intentando ser el héroe, como siempre, o quizás sea incluso tu culpa empujándote a hacerte amigo de ella porque sabes mucho sobre su maldición y por qué ella es—

—¿De qué estás hablando?

—Olvidas que soy tu amigo más cercano, si no tu único amigo. ¿Le has dicho la verdad?

—No hay verdad que contar —digo en un susurro áspero, apretando los dientes, fingiendo que mi ira no es miedo.

Claus se ríe en voz alta, negando con la cabeza.

—Si eso es lo que quieres, perfecto. Espera que esto te dé una mordida en el trasero cuando menos lo esperes.

Se va de mi casa, golpeando la puerta detrás de él. Ese sueño nocturno no trae escape, solo un teatro para mis miedos más profundos.

En mis sueños, le confieso todo a Fiona, y por rabia, ella me toca. Ese toque permanece en mi piel, cada segundo drenando la esencia misma de mi capacidad para

transformarme. Despierto con los primeros rayos del sol, el agarre de la pesadilla aún apretado, dejándome con la sensación fantasmal de que mi forma de lobo se desvanecía, justo fuera de mi alcance.

Capítulo Cinco - Fiona

Mi cabeza se siente como si la hubieran colocado al revés sobre mi cuello. Hago una mueca cuando mi nariz percibe el olor en mi boca. ¡Cerveza!

Por algún milagro, no me caigo cuando me levanto de la cama para lavarme, aunque casi vomito cuando intento comer. No estoy acostumbrada a beber, pero le mentí descaradamente a León, tratando de presentarme como alguien más experimentada e interesante de lo que realmente soy.

Aun así, me la pasé genial anoche. Paso la mañana de buen humor, limpiando mi casa y cocinando algo solo por diversión, a pesar de que la comida lucha por pasar por mi garganta. Para cuando termino, mi cabeza ya no duele.

Después de terminar de limpiar los escombros del techo roto, tengo un poco de libertad para volver al trabajo que realmente amo: la jardinería. Mi padre, cuando estaba vivo, era un granjero con el pulgar más verde que jamás haya visto. Aunque no comparto del todo su don, sé cómo cultivar algunas cosas, y cuando no me están rechazando por la maldición que llevo, voy al mercado a vender parte de los productos de mi jardín. Algunos de los lobos me compran. La mayoría me ignora y pasa de largo junto a mi puesto con la nariz en alto.

Debe haber llovido la noche anterior porque la tierra está blanda y fácil de cavar. Me arrodillo para plantar. Tres agujeros después, mi cuerpo siente su presencia antes de que mi nariz capte su aroma.

—No sabía que tenías un jardín.

Aún es temprano en el día, y su voz es ronca por el sueño. Envía vibraciones a través de mi sistema, dándome una sensación placentera en el vientre. Tengo que luchar para que mi rostro no se ilumine con una sonrisa y así evitar que vea lo feliz que estoy de verlo.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí —le digo, girando el cuello para mirarlo.

Los sentimientos se intensifican hasta convertirse en una pequeña tormenta. Me encuentro notando que su cabello está más corto hoy en comparación con ayer. O tal vez siempre ha tenido esta longitud y no le había prestado suficiente atención antes porque estaba demasiado ocupada fingiendo que no sentía nada más que gratitud por su amabilidad hacia mí.

León hace una mueca, frotando una gran palma sobre su mandíbula ligeramente áspera. Me fijo en sus ojos cansados.

—¿Apenas te estás despertando?

—De alguna manera.

—Pareces necesitar un baño. Y dormir.

—Definitivamente lo necesito. Tuve algunos problemas para conciliar el sueño anoche, pero estaré bien.

—Ok... —Vuelvo a plantar mis semillas, y él solo se queda ahí, probablemente sin estarse quieto.

Puede que no haya pasado suficiente tiempo con él para ser una experta en sus emociones, pero en este momento sé que algo claramente le preocupa.

—¿Está todo bien?

—Sí. ¿Por qué no lo estaría?

Vuelvo a girar la cabeza para mirarlo.

—Apenas es de mañana y estás en mi jardín trasero actuando como si fueras culpable de algo.

—Quería preguntarte si estabas preparada para la práctica de esta mañana.

Sentir decepción no es algo a lo que esté acostumbrada, pero hago mi mejor esfuerzo por ocultarlo. Ni siquiera sé por qué estoy decepcionada. ¿Acaso esperaba que me confesara algo? ¿Sus sentimientos?

—No creo que quiera intentarlo más.

Las palabras salen de mis labios, y sé que en realidad no las siento, pero es lo que mejor sé hacer. Cuando me lastiman los sentimientos, los escondo, y luego me escondo a mí misma.

La expresión de León es de confusión, seguida de un destello de enojo en sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oíste. Es una completa pérdida de tiempo, y como puedes ver, tengo otras cosas que atender.

Él empieza a reír, pero no hay nada remotamente gracioso en lo que acabo de decir. De hecho, suena más enojado.

—No.

—¿No? ¿Qué quieres decir con no?

—Quiero decir que no voy a dejar que te alejes de esto. Voy a ayudarte.

—¿Eso es lo que es esto? ¿Quieres ayudarme? ¿Por qué es tan importante para ti? ¿Crees que soy una pobre huérfana indefensa, completamente sola y necesitada de tu lástima?

Mi cuerpo se siente caliente, las mariposas se han quemado y han sido reemplazadas por furia. Furia por estos sentimientos confusos, furia contra mí misma y contra León por no darse cuenta de que…

¿Qué se supone que debe darse cuenta? Ni siquiera estoy segura. Todo lo que sé es que me he encontrado pensando demasiado en él y preguntándome qué debe estar haciendo cuando no estamos juntos.

—Quiero ayudarte porque te considero mi amiga, y me importas.

El nudo en mi garganta es demasiado difícil de tragar, así que en su lugar, se convierte en una risa. Luego, aclaro la garganta y asiento.

—Lo siento por haberme reído. Supongo que no estoy acostumbrada a que alguien se preocupe por mí. Gracias, León, de verdad. Pero creo que es lo mejor.

Abre la boca para decir algo, pero una pequeña parte de mí se alegra de no llegar a escucharlo, ya que somos interrumpidos por un golpe en la puerta de entrada. Me levanto del suelo, sacudiendo mis rodillas. Mientras entro a la casa por la parte trasera para responder a la puerta, León camina detrás de mí, su presencia apagando el flujo de mis pensamientos.

—¿Quién es?

No hay respuesta. Casi espero ver a uno de los lobos crueles que pasan sus mañanas interrumpiendo mi paz cuando abro la puerta, pero en su lugar, me encuentro con una visión impactante.

Es el Alfa—Kaden, el mismo hombre que me rechazó y provocó que me relegaran a Omega.

¿Qué demonios...?

Incluso si no fuera mi compañero, habría sido fácil enamorarse de un hombre como Kaden, con su cabello negro azabache y sus profundos ojos azules—no como los de León, sino mucho más oscuros. Mientras que los ojos de León me recuerdan la superficie de un mar verde con demasiado misterio acechando en sus bordes, los de Kaden son como la profundidad del océano: tranquilos pero tormentosos, serenos pero peligrosos, llamando a dar un paso adelante, aun si la supervivencia es incierta.

El estilo de Kaden siempre ha dicho mucho sobre quién es. Incluso hoy lleva una camisa blanca, con las mangas enrolladas casualmente, mostrando el tipo de brazos que se forman con trabajo real, no solo con ejercicio en un gimnasio. Sus pantalones negros están planchados con un pliegue afilado que, de alguna manera, parece adecuado para alguien como él. No hay nada ostentoso en su ropa, pero le queda de una manera que deja claro que no es un cualquiera.

Pero no se parece en nada a León. Me gusta cómo León...

Sacudo la cabeza, tratando de sacar a León de mis pensamientos. Me obligo a concentrarme en el hombre que tengo enfrente y a averiguar por qué está de repente en

mi puerta. Los ojos de Kaden se deslizan detrás de mí hasta León, levantando una ceja con curiosidad.

—Alfa —saluda León con una leve inclinación de cabeza—. Es una sorpresa verlo aquí.

—Podría decir lo mismo, pero ese no es el punto. Fiona, quiero hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Los lobos tenemos la capacidad de escuchar hasta el sonido más mínimo, incluyendo un latido del corazón. El mío late tan fuerte que podría ensordecerme. Pero lucho por calmarlo. No quiero que Kaden, ni ninguno de los dos en realidad, sepa lo increíblemente nerviosa que estoy.

Kaden vuelve a mirar a León antes de fijar sus ojos en los míos.

—A solas.

León parece dudar por unos segundos. Luego cambia de opinión, ofrece otra inclinación de cabeza al Alfa y se dirige hacia la puerta. Kaden se hace a un lado para dejarlo pasar. Tan pronto como León desaparece de la vista, Kaden me pregunta si puede entrar.

—Por supuesto —le digo y lo conduzco hasta una silla.

Tener al Alfa en la misma habitación que yo crea una gran incomodidad. Recuerdo cómo se sentían las manos de Kaden sobre mí, cómo sus ojos ardían con fuego de deseo cada vez que me miraba. Recuerdo cómo solía besarme hasta dejarme sin aliento.

Hubo muchas oportunidades para llevar las cosas más lejos, pero nunca lo hicimos. Aun así, él ha sido el único hombre que me ha tocado de la forma en que un hombre toca a una mujer.

—Sé que no estoy en la lista de personas que quieres ver, y fácilmente podría haberte convocado al Palacio, pero esto es algo en lo que debo ser humilde. La situación entre nosotros no es tu culpa. De hecho, no es culpa de nadie, y fue un error de mi parte castigarte, de que todos te castigáramos, de la manera en que lo hicimos. No importa

qué, sigues siendo parte de nuestra manada, y no tiene sentido hacerte vivir aquí sola, apartada del resto de nosotros. Después de todo, somos una familia.

Está hablando, pero sigo igual de confundida que cuando empezó.

—No entiendo. ¿Estás pidiendo disculpas?

—Sí, sí lo estoy. Y también estoy haciendo una propuesta.

Mi corazón vuelve a latir con fuerza, y esta vez, mis pensamientos están demasiado revueltos como para intentar controlarlo.

—¿Propuesta? No entiendo.

Extiende la mano y toca mi barbilla, levantándola lo suficiente para que nuestros ojos se alineen perfectamente.

—Fiona, eres mi compañera, y te quiero de vuelta.

Varios sentimientos me golpean como una estampida de toros enfurecidos: miedo, confusión, sorpresa, asombro, y una serie de emociones más que nunca creí posible sentir en un lapso tan corto de tiempo.

—Perdona, pero estoy un poco confundida. ¿Me quieres de vuelta? Eso es lo más ridículo que he escuchado en mi vida, y he escuchado muchas cosas.

Aparto su mano de mi barbilla y coloco algo de distancia entre nosotros.

Kaden toma una respiración profunda y su mano intenta encontrar la mía, pero me aparto. Espero que se enfurezca en cualquier momento. Pero no lo hace. Se ve tan tranquilo que me pregunto si este es el Kaden que conozco.

“Sé que te hice daño. Debería haber hecho algo; es solo que mi padre quería que te rechazara, por mi seguridad. Como tu compañera, no debería haber hecho eso.”

“No, no deberías haberlo hecho. Pero lo que tampoco deberías haber hecho fue rechazarme frente a toda la manada. No solo me humillaste, sino que me convertiste en una paria. Llevar esta maldición ya es suficiente carga, pero hacer que me traten como a una leprosa es demasiado para que simplemente lo perdone y olvide.”

“No le conté a la gente sobre la maldición—”

“¿Qué importa ahora? La gente habla, la gente sabe. Incluso aquellos que no lo saben me tratan como si fuera menos que ellos, porque si el Alfa no me quiere, algo debe estar muy mal conmigo.”

Mi voz ahora se quiebra y estoy intentando con todas mis fuerzas no llorar. Una lágrima rueda por mi mejilla y, en cuanto la siento caer sobre el dorso de mi mano, el resto de las lágrimas comienzan a brotar. Kaden se acerca a mí y me abraza. Intento apartarlo, pero no soy lo suficientemente fuerte. Pronto, estoy aferrándome a su camisa con mis guantes de jardinería sucios y llorando sobre su hombro.

“Sssh, está bien. Ven conmigo y te protegeré de todos.”

Cuando se va, me derrumbo en un nuevo mar de lágrimas. León llega poco después, y sospecho que ha estado esperando cerca desde hace un tiempo.

“¿Qué quería?” pregunta León en cuanto entra.

Mira mi rostro surcado de lágrimas y trata de tocarme. Al igual que hice con Kaden, me aparto y finjo no notar el dolor en su rostro, que rápidamente oculta con una sonrisa. Luego, empiezo a contarle sobre mi conversación con Kaden.

“Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?”

“Estoy dividida. Una parte de mí quiere descartarlo, sospechando que solo es una broma cruel dirigida a mí. Pero él es mi compañero destinado. Tengo sentimientos por él. No puedo sentirlo ahora, pero sé que están ahí. Los compañeros están destinados a sentir algo el uno por el otro. Y los sentimientos no son algo que pueda simplemente apagar de inmediato.”

“Debes saber que mi confianza en Kaden no es firme. A pesar de que es nuestro líder y de mi lealtad hacia él, sigo sin confiar en él. Sin embargo, si sientes que volver con él es lo correcto, te apoyaré en todo.”

La sonrisa de León pretende tranquilizarme, pero dudo en decirle que no es solo el dolor de haber sido rechazada por Kaden lo que me detiene. Me resisto a admitir que

León es la razón principal de mi indecisión.

Te quiero a ti, León. No a Kaden.

Capítulo Seis - León

No es ningún secreto que Kaden y Fiona estuvieron a punto de casarse. Si todo hubiera salido según lo planeado, Fiona se habría convertido en su Luna.

Como todos los demás, yo estaba allí cuando Kaden renunció públicamente a Fiona como su esposa. Así que puedes imaginar mi sorpresa cuando apareció en su casa, tranquilo y confiado, como si fuera un viejo amigo. Pero supongo que su historia va más allá de una simple amistad. Ella no solo fue elegida por el Alfa; Fiona y él eran compañeros.

La gente suele creer que todos encontrarán a su compañero y estarán unidos a él incluso después de la muerte, pero eso es solo un mito. Muchos lobos conocen a alguien, se enamoran y permanecen con esa persona durante años sin llegar a encontrar a su verdadera pareja. Así que imagina el impacto cuando comenzaron a correr rumores de que el futuro Alfa había encontrado a su verdadera compañera, y el impacto aún mayor cuando la rechazó frente a toda la manada.

No la conocía en aquel entonces, pero yo estaba allí y vi lo profundamente que la afectó el rechazo, cómo la herida se profundizó con el tiempo.

Intento fingir que mi preocupación es por su bienestar, pero la verdad es mucho más egoísta. La quiero solo para mí, como un pecado imperdonable por el que no siento culpa. Así que, cuando escuché a Kaden pedirle que volviera con él mientras yo estaba escondido de manera segura en un árbol, mi corazón se rompió en pedazos, aunque no tenía razón para hacerlo.

Escucharla llorar fue la gota que colmó el vaso, y casi irrumpí en la casa para decirle que se marchara. De nuevo, por razones puramente egoístas.

Llevo cinco días pensando en lo tonto que fui por decirle que volviera con él. Hoy es el sexto día antes de la luna llena, y debo asistir a su boda, a la que no habría ido si no

fuera obligatorio. La ligera lluvia que empapa el suelo esta mañana es vista como una bendición para el matrimonio.

Las uniones suelen celebrarse en los hogares de las familias, pero no esta, por razones obvias. Los lobos son criaturas de la naturaleza, de carne y hueso, creados por la Diosa de la Luna. Han jurado servirle para siempre, por lo que es tradicional que la ceremonia se lleve a cabo de noche. Kaden no respetó esta tradición, y nadie lo cuestionó. Programó el matrimonio para la mañana.

Kaden, vestido con su uniforme negro de guerrero, su largo cabello recogido hacia atrás, se encuentra junto al altar, que está marcado por un lecho de flores dispuestas en un círculo. Los ancianos de la manada rodean el altar por detrás, de cara al resto de la multitud.

Contengo el aliento cuando Fiona entra en la habitación, su vestido es largo y cubre sus pies, que sé que están descalzos, igual que los de Kaden. Un velo rojo oculta su rostro, pero no puedo dejar de mirarla, deseando poder ver a través de él para saber si está sonriendo o triste, aunque no espero que esté triste.

Observo la ceremonia con la mente ausente, luchando por suprimir el impulso de interrumpir la boda. No hay nada que pueda hacer; denunciar la boda sería considerado traición.

Cuando el velo es levantado, Kaden parece contener la respiración, y no lo culpo. Una vista tan hermosa me dejaría sin palabras, tal vez incluso más que a él. Si fuera un hombre mejor, pensaría en honrar a Fiona como mi Luna, la compañera de mi Alfa, nuestra Reina. Pero no soy un hombre mejor. Aprieto los dientes cuando Kaden le sonríe, cierro la mano en un puño cuando toma la suya y siento un peso en el pecho cuando se inclina para besarla.

Estallan vítores en el abarrotado espacio, pero yo escucho los murmullos entre la multitud, las personas que no sonríen, aquellos que susurran “maldita”, su desprecio apenas disimulado en sus rostros.

Han pasado tres días desde la boda y entro en el Palacio con mi nuevo uniforme, el emblema de la manada—un majestuoso lobo silueteado contra una luna llena—bordado en el brazo.

Mi padre sospechó cuando le dije que quería unirme a la guardia del palacio. Para disipar sus sospechas, le mentí diciendo que quería aprender más sobre el rol para el que me ha estado preparando desde mi nacimiento, y que la mejor manera de hacerlo era trabajando en el palacio. Aún no entiendo cómo eso le pareció lógico.

Me tomo mi tiempo para recorrer el Palacio, ahora libre de hacerlo con mi uniforme, pero solo tengo un destino en mente.

Ella está en la biblioteca, de pie junto a la ventana, su cuerpo parcialmente oculto detrás de la cortina mientras observa el patio principal del Palacio, donde los guardias suelen entrenar. Su cabello está trenzado y recogido en un elaborado peinado, dejando su cuello expuesto. Viste de un blanco puro, que contrasta marcadamente con sus guantes negros. La escena, con la luz del sol filtrándose a través de la cortina, parece una pintura y me recuerda a una novia melancólica en una torre.

Como siempre, está tan absorta en sus pensamientos que no nota mi entrada hasta que estoy justo detrás de ella. Y cuando lo hace, su espalda se tensa y se gira para mirarme.

La visión de ella allí de pie ya era increíblemente hermosa, pero cuando mis ojos se posan en su amplia sonrisa, una sensación embriagadora recorre mi cuerpo.

“León…”

Antes de que pueda ordenar mis pensamientos, ella me envuelve en un abrazo, esforzándose por rodearme por completo con ambos brazos. Esa cálida sensación se intensifica, extendiéndose a cada rincón de mi cuerpo. La abrazo de vuelta, inhalando profundamente su aroma.

“Si hubiera sabido que lo único que hacía falta para conseguir un abrazo era

casarte, le habría pedido a Kaden que se casara contigo el primer día que nos conocimos."

Ella ríe, apartándose ligeramente, con el rostro sonrojado. "Lo siento, no quería avergonzarte. Te he echado de menos."

"Yo también te he echado de menos," respondo. Luego, me inclino levemente. "Luna."

Ella gime, entrelazando los dedos. "Tú no."

La habitación es espaciosa y aireada, a pesar de que las paredes están cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. Unas pocas sillas demasiado acolchonadas ocupan una esquina, demasiado mullidas para ser cómodas. Fiona se deja caer en una, cubriéndose la cara con una mano y soltando un fuerte y agotado suspiro.

Me río entre dientes, dando unos pasos más cerca pero sin sentarme. "Es solo apropiado dirigirme a ti con respeto."

"Claro, pero no cuando estamos solos, por favor. He tenido suficiente de eso estos días."

"Fiona, ¿por qué tengo la sensación de que has estado escondiéndote en esta biblioteca?"

"Porque lo he hecho. Todo es..." exhala bruscamente, **"agotador. Todo el mundo camina con cuidado a mi alrededor, asfixiándome con preguntas sobre lo que necesito y cuándo. Anoche pasaron cinco horas preguntándome si prefería las cortinas del tercer piso marrones o púrpura real.

Podrías pensar que estoy exagerando, pero—"**

"No, no lo creo. Asumir un papel tan importante haría tambalear a cualquiera."

Su sonrisa de gratitud me hace sentir como si hubiera logrado algo.

Entonces la voz de Fiona baja a un susurro, sus cejas frunciéndose con preocupación. "¿Estoy siendo ridícula al pensar que Kaden está esforzándose demasiado?"

“¿A qué te refieres?”

Fiona junta las manos sobre su regazo, mordiéndose el labio. Verla hacerlo me provoca un impulso repentino, pero aclaro la garganta y desvío la mirada para concentrarme en sus palabras.

“Ha sido amable, tan amable como Kaden puede ser, y supongo que su declaración de afecto es admirable. Pero no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que está fingiendo. ¿Eso siquiera tiene sentido?” Fiona me mira, pero su mirada parece distante.

“Tus preocupaciones no necesitan tener sentido para ser válidas. Te lo he dicho antes, no confío en Kaden—”

“¿Por qué no?”

“Simplemente no lo hago. Pero si él te hace feliz, deberías disfrutarlo,” termino con un encogimiento de hombros. “Mis sentimientos no deberían influir en tu felicidad.”

Pero en el fondo, desearía que sí lo hicieran. ¿Cuál sería el punto, de todos modos? Fiona se levanta de su asiento y se para frente a mí.

“Qué noble de tu parte.” Sus ojos me recorren, y cada mirada prolongada se siente como una descarga de electricidad. Me da un leve golpe en el hombro con un dedo. “La última vez que revisé, tú no eras un guardia del Palacio.”

“Es un cambio reciente. Pensé que era hora de mostrar algo de patriotismo.”

“Nunca te ha importado el patriotismo. Una vez dijiste que el Palacio estaba lleno de viejos necios y jóvenes idiotas que creen saberlo todo.”

“Nunca dije eso exactamente.”

Ambos sonreímos, sin preocuparnos por la cercanía entre nosotros. Si alguien entrara y viera a un guardia con la compañera del Alfa, seguramente nos metería en problemas, pero ninguno de los dos se mueve.

“Tu secreto está a salvo conmigo, León.”

Mi mirada baja hasta sus labios y, cuando vuelvo a mirarla a los ojos, la encuentro observándome de la misma manera. El aire se carga de palabras no dichas.

“Estoy aquí porque me importas. Quiero cuidarte y mantenerte a salvo.”

“No hay lugar más seguro que este.”

“Sí, lo sé, pero…”

“Somos amigos, ¿verdad?”

Su pregunta me toma por sorpresa. “¿Perdón?”

“Dije, somos amigos, ¿verdad? Solo amigos.”

No quiero ser solo su amigo; la quiero. Pero en lugar de decir algo, cierro la pequeña distancia entre nosotros y la beso en los labios.

Besarla se siente como un estallido de verano en medio del invierno: inesperado y emocionante. Es como aquellas fresas que Kaden, Claus y yo solíamos robar del jardín de la señora Henderson: dulces, un poco salvajes y llenas del sabor de los días soleados que quedaron atrás.

Fiona deja escapar un leve jadeo en respuesta, pero no aprovecho el momento. Mi conciencia entra en acción, y empiezo a alejarme.

“No debería haber hecho eso.”

Ella detiene mi movimiento sujetándome de la muñeca. “Está bien. Me gustó,” susurra.

Cuando estamos a punto de besarnos de nuevo, ansiosos por saborear el momento una vez más, el sonido repentino de pasos afuera nos sobresalta. Me aparto rápidamente, intercambiando una última mirada cargada de anhelo antes de desaparecer.

El peso de la realidad cae sobre mí—tengo sentimientos genuinos por la compañera del Alfa.

Capítulo Siete - Fiona

Es oficial. Ahora soy la Luna de la Manada Silverpine. Me resulta extraño cómo en algún momento estuve tan preparada para asumir esta posición. Y, sin embargo, aquí estoy, temblando como una cachorra perdida en el mar, olvidando cómo nadar.

La noche anterior, Kaden apareció justo después de mi baño nocturno. Estaba en mi bata de noche, apenas despierta, y en ese momento en que el sueño y la realidad suelen fusionarse, sentí unos dedos fríos recorriendo mi piel, desde mis muslos hasta mi vientre. Gemí cuando esos dedos rozaron mis pezones y los pellizcaron suavemente.

Por un momento, pensé que podría ser León.

"Eres tan hermosa," susurró una voz en mi oído.

Para ese entonces, comenzaba a ser más consciente. Su voz no me resultaba familiar. Definitivamente no era la de León. Abrí los ojos, dándome cuenta rápidamente de que no estaba soñando y de que León no estaba en la habitación conmigo. Los detalles empezaron a volverse más nítidos, los olores más intensos. Las candelabras ofrecían una luz tenue que daba a la habitación un ambiente romántico. El calor del cuerpo de Kaden se filtraba a través de mi bata.

Por mucho que mi cuerpo reaccionara a sus caricias, en el momento en que fui más consciente de que era él, mi cuerpo se tensó. Intenté no hacerlo tan evidente. No era la primera vez que me tocaba de esa manera. Cuando salíamos juntos, me tocaba como si fuera una rosa que atesoraba. Pero esta vez, sabía que no había forma de detener lo que podría hacerme. Yo le pertenecía, y él a mí. Podría follarme ahí mismo, en esta cama.

El único problema era que nunca había tenido sexo. Me pregunté qué pasaría si dejaba que Kaden me follara. ¿Le quitaría sus poderes? ¿Le importaba que pudiera quitárselos?

"Desearía poder follarte hasta dejarte en blanco," continuó susurrándome al oído.

"Pero ninguno de los dos sabe qué pasará si entro en ti. ¿Tu maldición funciona también ahí abajo?"

¡Qué ofensivo!

Nuestra interrupción llegó en forma de un golpe fuerte en la puerta. Kaden gruñó, besó mi frente y rodó fuera de la cama, prometiendo volver. Quizás en otro mundo, me habría sentido destrozada porque nunca regresó. Pero este no era otro mundo, y me alegró haber dormido sola en mi habitación esa noche.

Kaden ha estado demasiado ocupado para notar que lo estoy evitando y que no me gusta cuando intenta besarme. No puedo evitarlo para siempre. No es mi intención. Solo necesito algo de tiempo.

Algunas mujeres de la manada me invitaron a pasar un rato en el jardín principal después de la reunión mensual del consejo, y a pesar de mi reticencia, acepté su invitación. Estuve a punto de escapar de toda la situación. Durante la reunión del consejo, algunos miembros plantearon preguntas sobre la repentina desaparición de los cambia-pieles. Estas cuestiones eran importantes, ya que siempre me había preguntado qué pasó con esas extrañas criaturas. Pero mi curiosidad desapareció en el instante en que León entró en la sala, escoltando a uno de los miembros del consejo hasta su asiento.

Al igual que en la biblioteca, no puedo superar lo impresionante que se ve en su uniforme. El cuero negro se ajusta perfectamente a su cuerpo, detallado con oro y blanco. El uniforme le cubre los brazos hasta el cuello, y dos espadas gemelas descansan envainadas en su espalda. Por los dioses, nunca había visto algo más fascinante. Cuando lo miro, sus ojos están fijos en los míos, y todo mi cuerpo arde de emoción, recordando cómo se sintieron sus labios sobre los míos.

Anhelo los hombros fuertes de León, esos que me debilitan las rodillas. Cuando me besó en la biblioteca, mi cuerpo se disolvió y se volvió a ensamblar en algo que ya no se

sentía del todo mío.

León aparta la mirada, con los ojos al frente como el resto de los guardias, y recuerdo que no estamos solos. Es como si me hubieran echado un balde de agua helada. De repente, vuelvo a la realidad: mi Alfa está justo a mi lado. ¿Debería sentirme avergonzada de que mi mente esté llena de pensamientos sobre otro hombre?

Esperar a que la reunión termine se siente como una eternidad. Cuando finalmente lo hace, salgo de la sala sola. Afortunadamente, Kaden tiene mil cosas más que hacer en lugar de prestarme atención. Necesito estar lejos de todos. Necesito ordenar mi cabeza.

"Hey," llama León detrás de mí y, antes de que pueda reaccionar, me jala dentro de una habitación. Sus manos están por todas partes, inundando mis sentidos con todo lo que lo define a él.

"Detente, detente."

Lo susurro, asustada de que nos descubran, aterrada de la emoción que estalla dentro de mí. Esto es demasiado bueno, y es lo peor que podría estar haciendo en un edificio lleno de lobos con super oído. Las palabras salen de mi boca, pero no puedo evitar presionar mi cuerpo contra el suyo, ansiando sentir cada centímetro de su dura erección.

Por algún milagro, me escucha y deja de besarme, apoyando su frente en la mía mientras tratamos de recuperar el aliento.

"Lo siento. Dios... ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estamos haciendo?"

Desearía poder dar una respuesta a eso, pero estoy tan perdido como él. León abre la puerta y sale corriendo tan rápido como nos había traído aquí.

Las mujeres hacen las preguntas más genéricas, fingiendo estar interesadas en lo que sea que hago con mi tiempo cuando, en realidad, no podrían estar más aburridas. Debió haber sido difícil para ellas ignorar mis guantes y, eventualmente, se cansaron de fingir. Incapaz de soportar sus miradas escrutadoras, miento sobre tener un dolor de cabeza y corro hacia mi habitación privada para continuar un libro inconcluso. Cuando abro los ojos—aunque no recuerdo haberlos cerrado—, ya está oscuro afuera y todo está muy tranquilo. Vagamente recuerdo que me llamaron para cenar, pero murmuré alguna respuesta ininteligible y la criada me dejó en paz. Ahora, mi estómago protesta con fuerza enojado.

Aunque no tengo idea de la hora, supongo que es bastante tarde, ya que el palacio está en silencio. Me dirijo a la cocina. No hay manera de que vuelva a la cama sin comer algo. Siempre he sido ligera de pies, lo que a menudo se interpreta como andar a hurtadillas.

"No creo que sea cierto."

"Lo es. Te juro que los escuché hablar de eso. Alguien dijo que ella no nació con eso."

"¿Y quién sería ese alguien?"

Normalmente no presto demasiada atención a lo que la gente dice. Es obvio que las dos personas cuyas voces puedo escuchar ahora están teniendo una conversación privada, posiblemente sobre alguien más, pero algo me obliga a quedarme en la oscuridad y escuchar.

"No estoy muy segura de quién fue," continúa una de ellas. "Pero escuché a algunos miembros del consejo hablar sobre lo desafortunado que es que alguien haya hechizado a la Luna cuando era niña."

Contengo un jadeo. Están hablando de mí.

"Todo el mundo ha hablado de ella en algún momento. No sé por qué creen que es un gran secreto."

Me acerco más, arriesgándome a ser expuesta por la luz, pero no me importa. Las dos personas me son familiares, rostros que he visto antes, pero no conozco sus nombres.

"Eso no es importante. Lo más importante es el hecho de que dijeron que alguien la maldijo."

Es como si una campana sonara en mi cabeza al oír eso. Doy un paso más y el suelo de madera cruje bajo mis pies. Se giran al mismo tiempo para mirar en mi dirección, pero estoy oculta por la oscuridad. No espero a que se den cuenta de que no es solo un juego de luces antes de correr de vuelta a mi habitación, olvidando mi estómago hambriento.

Mis emociones están desordenadas y mi mente da vueltas tratando de entender lo que significan sus palabras. Desde que tengo memoria, siempre he tenido este problema. Intenté ocultarlo durante mucho tiempo, pero no fue suficiente. Era solo cuestión de tiempo antes de que la gente comenzara a involucrarse demasiado y quisiera saber por qué nunca me quito los guantes.

Encontrar a León es la parte fácil; tener la oportunidad de hablar con él es otra historia completamente diferente. Cuando finalmente lo encuentro en su habitación, me cuesta mucho atraer su atención sin que sea obvio para las personas que se mueven por el palacio.

"¿Estás diciendo que qué? ¿Que alguien te lo puso cuando eras más joven?"

"Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo."

"Fiona," responde, frotándose el puente de la nariz y sonando como un padre cansado, "tú misma dijiste que lo escuchaste de las criadas. ¿Es realmente tan descabellado asumir que solo es un chisme?"

"¿Pero por qué dirían eso?"

"Escúchate; suenas como una niña crédula."

Su voz se eleva casi imperceptiblemente más que antes, y puedo sentir el comienzo de mi temperamento elevarse también.

"¿Crees que soy tan ridículamente ingenua que no puedo diferenciar entre un rumor y la verdad?"

"¡Sí! ¡Exactamente eso!"

Me han herido los sentimientos antes, pero León lo hace sin esfuerzo, desestimando mi descubrimiento y menospreciándome de un solo golpe.

"No me hables como si fuera una niña, León."

"Entonces no actúes como una. Bien, supongamos que es cierto. ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Emprender una búsqueda sin sentido para encontrar a esta persona misteriosa?"

Las lágrimas arden detrás de mis ojos, pero no las dejo caer.

"Eres la Luna, Fiona. Deja de perder el tiempo persiguiendo cosas sin importancia."

No me permito sentirme pequeña. A lo largo de los años, al acostumbrarme a las miradas y la falta de respeto, me he determinado a no dejar que nadie, incluyendo a León, me menosprecie o me falte al respeto.

"¡Puedes irte a la mierda, León!" le grito antes de darme la vuelta y salir de la biblioteca donde habíamos estado hablando.

Con cada paso que doy, los ecos de mis tacones en el suelo de mármol de la biblioteca ahogan las súplicas de León. "¡Fiona, vuelve! ¡Lo siento!" llama, pero no vacilo. No miro atrás. Salgo de la biblioteca, dejando atrás a León y sus disculpas, porque sé mi valor, y es hora de que él lo aprenda también.

Capítulo Ocho - León

Sabía que había cometido un error en el momento en que empecé a hablar. No fue intencional. Bueno, tal vez una pequeña parte de mí sí lo hizo. No, eso no es cierto. ¡Maldita sea! Me siento miserable.

Entré en pánico y dije algo estúpido, y ahora no puedo retractarme. La llamé una niña, invalidando por completo sus sentimientos cuando sé muy bien lo devastadoras que pueden ser noticias como esas. La luz que siempre vi en sus ojos había desaparecido, y en ese momento pude ver cómo su enojo y dolor la reemplazaban.

La sala de guardia se siente más pequeña ahora, las paredes cerrándose como si gritaran la opresión en mi pecho. Paso una mano por la áspera mesa de madera, las ranuras y nudos familiares bajo mis dedos.

—Estamos a punto de partir, ¿estás listo? —pregunto, mientras envaino mi cuchillo de caza y me sujeto una lanza a la espalda, lanzando una mirada a Ryker, el hombre que acababa de entrar en la habitación. Veo cómo sus ojos recorren la escena: los mapas esparcidos por la mesa, las mochilas a medio empacar, la comida sin tocar.

Es el mejor cazador que he conocido, un hombre de pocas palabras que siempre cumple con su trabajo. Tiene esa misma mirada afilada que Claus, y sus manos se mueven con una cuchilla con la misma destreza. Han pasado poco más de siete días desde que hablé con Fiona, y no podría ser más obvio que me ha estado evitando. He intentado atraparla con la mirada cuando nos cruzamos, pero ella mira al frente y no me reconoce.

El resto de los hombres que van de caza ya nos esperan afuera cuando llegamos, incluido el Alfa. Mis pasos vacilan y casi tropiezo al ver también a Fiona. Lleva pantalones de montar con un par de botas negras cubriéndole los pies, su ropa luce nueva y perfectamente ajustada para acentuar cada curva de su cuerpo.

Kaden intenta colocarle una capa sobre los hombros, pero ella la rechaza. Él asiente, ofreciéndosela a un lobo detrás de él, y luego se inclina para presionar un beso en su mejilla. Me muerdo el labio inferior y aparto la mirada para contener la irritación que hierve en mi interior, recordándome que ella es su pareja y que no tengo derecho a sentirme de ninguna manera al respecto.

Kaden monta un caballo, al igual que Ryker y algunos de los otros hombres, mientras que yo y cuatro más seguimos a pie. El sol aún está bajo, pero proporciona suficiente luz para la visibilidad, aunque no es que podamos aprovecharla mucho una vez que estemos en lo profundo del bosque, donde vamos a cazar.

Durante el trayecto, mantengo los ojos en ella, deseando que me mire. No es que sea posible, pero debo intentarlo. La brisa fresca de la tarde se mueve a través del bosque, despeinando cabellos y llevando su aroma hasta mí, un olor que he llegado a amar tanto. ¿Sabrá que huele increíble?

Ryker emite una señal con un silbido agudo, y nos detenemos. Aquellos que están montados desmontan, dejando las riendas a dos jóvenes ayudantes del establo que las cuidarán mientras cazamos.

—Puedes quedarte detrás de mí —escucho decir a Kaden delante de mí, su voz baja mientras todos avanzamos. Le está hablando a Fiona, y veo la sonrisa en su rostro cuando responde. La escena aprieta mis entrañas y me enferma de celos.

—No te preocupes por mí, soy muy capaz de cuidar de mí misma —contesta con confianza.

Sé por qué está aquí. Después de todo, es parte de las tradiciones de la manada. La Luna siempre se une a una cacería con el Alfa después de su boda. Es su primera vez con nosotros desde el casamiento.

Una manada de ciervos pasta a unos metros de distancia. Ryker da la señal, y nos dispersamos para acercarnos. Al mismo tiempo, intento mantenerme cerca de Fiona sin que sea obvio.

Ella desenvaina dos cuchillos del cinturón alrededor de su cintura y acecha a un ciervo solitario.

—Deja de seguirme —susurra—. No, espera, sisea.

Pretendo no escucharla al principio, hasta que me lanza una mirada rápida, sus ojos ardiendo.

—Te estás alejando demasiado de la manada. Te estoy protegiendo —le digo entre dientes.

Su bota pisa una rama, y el animal deja de comer para mirarnos directamente. No tenemos tiempo de movernos antes de que salga corriendo. Fiona deja escapar un suspiro frustrado y luego me dirige una mirada aún más furiosa.

—Te dije que te mantuvieras alejado de mí.

—¿Puedo hablar contigo? Por favor.

—Este no es ni el lugar ni el momento.

—Quiero disculparme contigo, y no aceptaré un no por respuesta —insisto.

—Qué lástima. No tienes nada que decirme, nada que me interese escuchar, así que aléjate.

Las palabras de Fiona cortan el aire, pero antes de que pueda procesarlas, el caos estalla.

Un cambiaforma, su cuerpo esquelético y extremidades alargadas de manera grotesca, se abalanza sobre ella. Su lengua viscosa se extiende, buscando la vulnerabilidad de su cuello. Fiona grita, su cuchillo cae al suelo mientras intenta desesperadamente alejar su boca abierta con las manos. No tengo tiempo para pensar; actúo por instinto, lanzándome sobre la criatura para apartarla de ella.

Los cambiaformas, esos lobos parásitos con sus cuerpos desnutridos y movimientos antinaturalmente rápidos, son una pesadilla hecha realidad. Son conocidos por su vil método de ataque: sus lenguas se adhieren al cuello de un lobo, drenando su fuerza. Una vez que debilitan a un lobo, el siguiente paso es despojarlo de

su habilidad para cambiar de forma, pero a diferencia de Fiona, su proceso de drenado les toma dos horas. Sé que debo evitar que ese apéndice viscoso nos toque a cualquiera de los dos.

Gruñe, un sonido gutural y desesperado, chasqueando los dientes con furia mientras yo esquivo y me muevo con rapidez. Soy más veloz, sacando el puñal de caza de la funda en mi pierna. Con una rápida y firme estocada, apunto a su cuello, mi hoja cortando la carne mugrienta. Una lanza sigue mi ataque, atravesando a la criatura.

El enfrentamiento dura menos de un minuto, aunque se siente como una eternidad. Cuando la vida del cambiaforma se desvanece, murmura unas palabras: "El santuario, el santuario", antes de desplomarse en un montón de carne vil y derrotada.

—Fiona, ¿estás bien? —pregunto, girándome justo a tiempo para ver a Kaden levantándola del suelo, sus ojos abiertos de par en par por la preocupación mientras la revisa en busca de heridas.

—Me salvaste —susurra Fiona, mirando a Kaden como si fuera un dios.

Me doy cuenta de cómo debe de verse desde su perspectiva: yo en el suelo y su lanza clavada en un depredador que estaba seguro de haber matado antes de que él lo atacara. Los demás regresan con nosotros en ese instante. Kaden no hace ningún esfuerzo por corregir el hecho de que en realidad no había matado al animal.

Ryker me lanza una mirada antes de acercarse para ayudarme a levantar.

—¿Estás bien?

—Sí. Suerte que el Alfa llegó cuando lo hizo —respondo, con un amargo sabor en la boca.

—Estas viles criaturas han vuelto —señala Ryker—. ¿Qué hace un cambiaforma en el bosque?

—¿Quién sabe? —responde otro de los lobos—. Tal vez están intentando infiltrarse en la manada desde un ángulo inesperado.

Kaden me mira ahora, una advertencia velada oculta en su mirada, y luego sonríe,

sosteniendo a Fiona un poco más cerca. Su acción hace que mis dientes rechinen de molestia.

—Al menos la cacería fue un éxito. Celebremos —anuncia el Alfa.

Me niego a unirme a la celebración. El salón está lleno de música y risas por la 'heroica' salvación de Kaden, pero no puedo deshacerme de la ira. Él no la salvó; yo lo hice. Y luego está ese mensaje críptico del cambiaforma: "El santuario, el santuario." No deja de carcomerme la mente. ¿A qué santuario se refería? Necesito averiguarlo, pero por ahora, solo soy el tipo que observa las festividades desde las sombras.

—León, nunca llegué a darte las gracias.

Al escuchar su voz, al principio pienso que es un sueño, considerando que estoy medio dormido en el salón mientras todos los demás celebran. Pero no, está realmente aquí. Fiona está parada justo frente a mí.

—No hay necesidad de eso.

—¿Es este el momento en el que me dices que era tu deber? Porque si lo es, podría sentirme un poco ofendida.

—No quise tratarte como una damisela en apuros. Sé que eres más que capaz de defenderte. Pero eso no impedirá que haga todo lo posible por protegerte, no solo porque eres mi Luna, sino porque eres mi amiga.

Cada palabra es sincera. Los ojos de Fiona se llenan de lágrimas y rezo para que no llore. Puedo manejar a una Fiona enojada, pero una Fiona llorando... no sabría por dónde empezar.

Salimos del salón hacia un claro justo más allá del límite de la manada, rodeados de kilómetros de hermosas flores marchitas que anuncian la llegada del otoño. Encuentro un tronco caído y me siento en él.

Ella recoge la falda de su vestido y se sienta a mi lado, dejando que la tela se acumule alrededor de sus pies en una nube de volantes marrones. Nos quedamos en

silencio, pero no dura mucho.

—Esto es… agradable —murmura Fiona, y no puedo evitar reír.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Solo para relajarme. Es mi lugar favorito.

—Pensé que habías dicho que el lugar en el bosque del Este, donde te conocí, era tu favorito —pregunta.

—Tengo muchos favoritos. No puedo elegir solo uno.

Fiona asiente.

—Ya veo. ¿Vienes a estos lugares solo o…?

Se detiene. Estaba mirando las hojas caer, pero algo en su tono me dice que sé lo que estaba a punto de preguntar.

—¿Si traigo a otras chicas aquí? ¿Estás celosa, Fiona?

Fiona estalla en carcajadas, asustando a las aves hasta hacerlas volar.

—Solo en tus sueños más locos.

Nos reímos y dejamos que el silencio se acomode entre nosotros. Cada momento que pasa me reconforta tanto como mi conciencia me atormenta. Estoy guardando un secreto, incluso mientras le digo cuánto me importa.

Ella me conoce como León, hijo de Víctor Martyr, pero no conoce al verdadero yo, las verdades que he enterrado profundamente, la identidad que he envuelto en sombras. Un día, temo, la verdad saldrá a la luz, y solo puedo esperar que ella vea más allá de la fachada, que vea al hombre que la valora más que su propio legado oculto.

¿Qué pasará si lo descubre y me desprecia? Pero soy egoísta. Quiero verla sonreír, verla florecer y ser feliz. Decirle la verdad probablemente lo arruinaría todo. Fiona es un tesoro demasiado valioso como para perderla.

Capítulo Nueve - Fiona

Mi aburrimiento ya no es tan insoportable. Me he acostumbrado bastante bien al papel de esposa del Alfa. Cuando paso y la gente sonríe, les devuelvo la sonrisa, casi convencida de que ya no me consideran maldita ni susurran sobre mí cuando estoy fuera de su alcance.

Luego está Kaden. Me he dado cuenta de que no está interesado en ir más allá de las muestras públicas de afecto. Siempre tiene una excusa para evitar estar a solas conmigo. Al principio, lo atribuí a su preocupación por la expansión de la manada, pero ahora está volviéndose excesivo.

Hoy le pedí a León que se reuniera conmigo. Todavía no me acostumbro a verlo con su uniforme. Una agradable sensación de tensión se forma en mi interior al verlo, uniformado o no.

—Alguien es muy consciente de sí misma —comenta.

—¿Qué quieres decir?

Se acerca con su andar despreocupado, con los pulgares enganchados en los pasadores de su cinturón.

—Por lo general, estás tan absorta en tus pensamientos que ni siquiera notas cuando estoy cerca.

Estamos en uno de los muchos balcones del palacio, el aire fresco de la mañana tan abundante que casi abruma, y aun así, su aroma es lo único que percibo.

—Estoy tratando de ser más observadora.

Las conversaciones con León siempre han fluido con facilidad, pero esta vez no. Demasiados ojos están puestos en nosotros, y cualquier cercanía podría considerarse inapropiada, a pesar de que él fue el único que realmente se preocupó por mí antes de que me convirtiera en Luna.

—Ha pasado un tiempo desde la última vez que practicaste controlar tu maldición —dice. Desde que llegué al palacio, con todo lo que ha estado ocurriendo, no he tenido la oportunidad de trabajar en ello.

—¿Qué te parece hoy? ¿El lugar de siempre?

—Está bien, al mediodía. Allí estaré.

*** *** ***

Cuando regreso al palacio, noto que Kaden debe de estar cerca. Veo a algunos de sus guardias personales deambulando sin rumbo aparente mientras entro. Reviso nuestro dormitorio—sin rastro de él—, así que me dirijo a su oficina privada.

Parece una mini biblioteca, aunque dedicada exclusivamente a la guerra y la historia. Incluso en un día brillante, la habitación se siente lúgubre. Llamo a la puerta, pero no recibo respuesta, así que giro el pomo y entro.

Las cortinas están abiertas, pero la habitación sigue estando en penumbra, con Kaden concentrado en un grueso libro sobre su escritorio.

Levanta la vista, su expresión inescrutable.

—Toqué la puerta.

—Tenía las manos ocupadas. Lo siento —responde, aunque su tono sugiere lo contrario.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto mientras me adentro más en la habitación.

Veo que rápidamente cierra el libro, lo guarda en un cajón del escritorio, lo traba con llave y se mete la llave en el bolsillo. ¿Debería preguntar por qué?

—Solo estoy elaborando estrategias. ¿Sucede algo?

—No, ¿por qué?

—Me estabas buscando.

—Eso… No, quiero decir, sí, te estaba buscando, pero no pasa nada. Solo que hace tiempo que no te veía y quería asegurarme de que todo estuviera bien.

Kaden me ofrece una sonrisa superficial.

—Sí, todo marcha bien. Hay mucho trabajo, pero es manejable. ¿Estás segura de que no pasa nada?

—Mmm-hmm —murmuro. —Todo está bien. Te dejo, pareces ocupado.

—Solo revisaba un libro antiguo. Es una lectura aburrida.

No digo nada más, simplemente asiento y salgo, con mis pensamientos todavía en ese libro. Me recuerdo a mí misma que él es el Alfa, y aunque soy su pareja, hay aspectos de su vida que no me conciernen, por mucho que me intrigue.

Casi es mediodía cuando salgo de los terrenos del palacio. Tomo prestada una gran capa negra del tendedero de la lavandería para ocultar mi identidad. Estoy segura de que lo último que alguien esperaría de la esposa del Alfa es que se escabullera para reunirse con otro hombre, por muy inocente que sea la reunión.

Él está sentado en ese tronco otra vez, esta vez observándome mientras me acerco. Una sonrisa se dibuja en su rostro, transformándolo en algo hermoso, despertando esa sensación demasiado constante dentro de mí.

—Eso fue rápido.

—Bueno, no es como si alguien me fuera a extrañar.

—Tienes razón —responde León, poniéndose de pie y sacudiéndose los pantalones con las manos—. Comencemos.

Hacemos lo que siempre hacemos: intento controlar mi respiración y mantenerme anclada a la realidad, intento no disfrutar demasiado del cálido bienestar que siento cuando lo sostengo.

Por unos segundos, realmente siento que está funcionando. El calor fluye dentro de mí como siempre, y trato de devolverlo. Las puntas de mis dedos comienzan a hormiguear como si estuvieran en llamas, pero no me detengo.

"¡Fiona, suéltalo!"

Escucho su voz, pero me niego a obedecer. "Puedo hacerlo."

Todo mi cuerpo arde ahora, pero no me importa. Ignoro que mis piernas flaquean hasta que me caigo. Pero León me atrapa en sus brazos antes de que toque el suelo.

"¿Por qué tienes que ser tan terca?"

Me alegra que no me esté gritando. "¿Funcionó?"

León sacude la cabeza. "No puedo transformarme, y te lastimaste."

Toca el espacio debajo de mi nariz, mostrándome la sangre que mancha sus dedos. Siento una decepción aún mayor.

"Eso es nuevo."

"Tal vez lo estás intentando demasiado. Tienes que relajarte."

Después de sentirme mucho mejor, regreso a casa, me meto en la cama y duermo casi toda la tarde. Cuando despierto, ya ha caído la noche y me dirijo a la cocina.

Escucho a un par de guardias riéndose sobre una pelea que ocurrió en el pueblo. Al parecer, pasó de puños a cuchillos.

"León terminó con algunos cortes, pero la cara del otro tipo quedó hecha un desastre."

"Se lo merecía, si me preguntas."

"¿León estuvo en una pelea?"

Los guardias se sorprenden por mi repentina aparición, pero rápidamente se ponen firmes y hacen una reverencia. Me esfuerzo por mantener la compostura frente a ellos.

"Sí, Luna. Pero nadie resultó gravemente herido. El comandante lo envió a casa a descansar. Parece que todos bebieron demasiado."

Asiento y me alejo, resistiendo el impulso de correr. Me pongo la capa que había tomado antes y me apresuro a la casa de León.

Tan pronto como llego a su puerta, esta se abre de golpe, y jadeo al ver los moretones en su rostro.

"¿Qué pasó?" Lo empujo suavemente hacia adentro y cierro la puerta. Guiando su mano, lo llevo hasta una silla y lo insto a sentarse.

"Solo una pequeña riña en una taberna. Estoy bien", me asegura.

Noto una cicatriz fresca y parcialmente curada de una herida de cuchillo en su abdomen y paso un dedo sobre ella. Él atrapa mi mano.

"No hagas eso otra vez."

"¿Te duele? Lo sien—"

"No es que duela, pero si sigues, no puedo prometer que me contenga de lo que vendrá después."

La voz de León es profunda y tensa, su agarre firme alrededor de mi muñeca. Sus dedos son callosos, fuertes, pero la forma en que me sostiene es cuidadosa. Controlada. Pero debajo de ese control, lo siento: la tensión, el calor, el hambre.

"No es que duela, pero si sigues, no puedo prometer que me contenga de lo que vendrá después."

Sus palabras envían un escalofrío por mi cuerpo. Sé que debería alejarme, fingir que no entiendo lo que quiere decir. Pero lo entiendo. Y no quiero detenerme.

Coloco mi mano plana contra su pecho, sintiendo el calor de su piel a través de su camisa abierta. Sus músculos se tensan bajo mi toque, y disfruto la forma en que su cuerpo reacciona a mí.

"León..."

Su nombre escapa de mis labios en poco más que un susurro. Su respiración se profundiza, sus pupilas se dilatan—todo su cuerpo se tensa, conteniéndose.

"Fiona..." Dice mi nombre de la misma manera—como si fuera lo único que existe. Como si yo fuera lo único que existe.

No sé quién se mueve primero. Tal vez fui yo, tal vez él. Todo lo que sé es que en el siguiente segundo, estoy atrapada bajo él, mi espalda golpeando el colchón mientras se acomoda entre mis muslos.

Su peso es deliciosamente pesado sobre mí, su calor abrasador a través de su ropa y la mía. Mis piernas se abren instintivamente, y la dura evidencia de su deseo presiona firmemente contra mí, incluso a través de la tela.

"Fiona," gruñe León, su aliento caliente contra mis labios. Su voz es espesa, tensa, como si estuviera desesperado por contenerse.

Levanto mis manos a sus hombros, presionando mis dedos contra su piel, su fuerza. "Entonces no lo hagas."

Algo se rompe.

Con un sonido bajo y feroz, los labios de León chocan contra los míos, su beso abrasador, desesperado, hambriento. Su lengua parte mis labios, adentrándose en mi boca, y gimo contra él, mi cuerpo arqueándose para encontrar el suyo.

Sus manos recorren mi cintura, mis caderas, aferrándome con posesividad antes de deslizarse debajo de mi camisón. Sus palmas son ásperas y cálidas, dejando un rastro ardiente en cada lugar que tocan.

Besa mi cuello, mi clavícula, mi pecho, sus labios jugueteando y tentándome, y cuando llega a la parte superior de mis senos desnudos, un escalofrío recorre mi cuerpo.

"León..." Mi voz es un susurro entrecortado, cargado de necesidad.

"Eres tan hermosa," murmura con voz ronca.

Siento el calor de su boca envolver mi piel, su lengua deslizándose suavemente antes de succionarme con delicadeza. Un gemido escapa de mi garganta, mi espalda arqueándose ante la sensación que se apodera de mí.

Sus dedos descienden lentamente, explorando cada parte de mí hasta llegar al calor entre mis muslos. Me tenso instintivamente, pero León alza la mirada, sus ojos oscuros y llenos de una emoción profunda e intensa.

"Déjame," susurra, besándome de nuevo, esta vez con suavidad. "Seré cuidadoso."

Asiento, confiando plenamente en él.

Sus dedos se deslizan sobre mí, descubriéndome ya húmeda, ansiosa por él. Un

gruñido bajo vibra en su pecho.

"Fiona... estás tan lista para mí."

El rubor calienta mis mejillas, pero antes de que pueda responder, desliza un dedo dentro de mí.

Mi cuerpo se tensa ante la sensación desconocida, pero él se mueve con lentitud, acariciándome con ternura, guiándome a relajarme. Sus caricias son pacientes, su pulgar dibuja círculos sobre mi piel más sensible, y poco a poco, mi cuerpo cede ante su toque.

"Así está bien," murmura. "Déjame hacerte sentir bien."

Y lo hace.

El placer se construye lentamente, como una llama creciendo en lo más profundo de mi ser. Mis caderas se mueven por instinto, buscando más de su contacto, y cuando desliza un segundo dedo dentro de mí, un gemido suave escapa de mis labios, aferrándome a él.

Él gime, besándome con una intensidad nueva mientras sus caricias se vuelven más profundas, su palma ejerciendo la presión justa sobre mí. Mi cuerpo se tensa, temblando, sintiendo algo en mi interior enroscarse cada vez más, hasta que—

"¡León—!"

Me deshago en sus brazos, un grito escapando de mis labios mientras el placer me envuelve por completo. Mi cuerpo se estremece debajo de él, contrayéndose alrededor de sus dedos, una oleada de calor recorriéndome en una sensación interminable.

Él gime contra mi piel, su frente descansando en mi hombro mientras me deja disfrutar cada segundo de mi liberación. No se detiene hasta que soy un tembloroso desastre debajo de él, mi pecho subiendo y bajando con respiraciones entrecortadas.

Cuando mis ojos se abren, me encuentro con su mirada oscura, intensa, devoradora.

"Eres perfecta."

Apenas tengo tiempo de recuperar el aliento cuando sus manos deshacen su cinturón y empujan su pantalón hacia abajo. Mi mirada se ensancha al verlo, grueso y tenso, la punta brillando con deseo contenido.

Contengo la respiración.

Es... más de lo que imaginaba.

León estudia mi expresión con atención, su mano acariciando mi muslo con ternura. "Estás nerviosa."

Trago con dificultad y asiento. "Yo... no pensé que sería tan..."

Sus labios se curvan apenas. "¿Intimidante?"

"Sí."

Me besa la mandíbula, el cuello, el hombro, su voz baja y tranquilizadora. "Seré cuidadoso, preciosa. Te lo prometo."

Vuelvo a asentir, separando las piernas un poco más para dejarle espacio entre ellas.

Presiona la punta contra mi entrada, deslizándose lentamente, y ese simple contacto me hace estremecer.

"Relájate," murmura. "Solo respira."

Inhalo profundamente, obligándome a relajarme mientras él comienza a avanzar dentro de mí.

Mi cuerpo se abre para recibirlo, la sensación es intensa, pero él se mueve con paciencia, observando cada reacción, cada suspiro.

"Eres tan estrecha, amor," gime, su voz cargada de deseo contenido.

Muerdo mi labio, sintiéndome ajustada a su tamaño, tratando de adaptarme.

"¿Te duele?"

"Un poco," admito.

Él se detiene de inmediato, rozando mis labios con los suyos. "Dime si es demasiado. Me detendré."

"No, no te detengas. Solo... ve despacio."

Y lo hace.

Se adentra en mí centímetro a centímetro, dándome tiempo para acostumbrarme, hasta que está completamente dentro, llenándome por completo.

La sensación de plenitud es abrumadora, pero no es solo dolor—hay algo más, algo ardiente y embriagador, algo que me hace desear más.

León gime sobre mí, sus manos aferrándose con fuerza a mis caderas. "Te sientes... jodidamente bien."

Se mueve, saliendo lentamente antes de volver a entrar, más profundo. El estiramiento me hace jadear, pero el dolor comienza a desvanecerse, reemplazado por un placer delicioso que nunca antes había conocido.

"León..."

"Te tengo," susurra. "Solo déjate llevar."

Y cuando embiste de nuevo—más hondo esta vez—lo hago.

Me dejo llevar.

Dejo que el placer me consuma.

León se mueve con una precisión lenta y deliberada, sus manos aferradas a mis caderas, guiándome a través de cada movimiento. Me observa intensamente, su mirada oscura de deseo, pero también llena de contención—como si se estuviera reteniendo, asegurándose de que esté bien.

"¿Aún duele?" pregunta con voz ronca, su aliento rozando mi oído.

Sacudo la cabeza, sin aliento, mis manos aferrándose a sus hombros. "No... es—" Mis palabras se cortan cuando se hunde más profundo, el nuevo ángulo arrancándome un jadeo.

Una lenta y conocedora sonrisa curva sus labios.

"¿Te gusta eso?"

Asiento débilmente, abrumada por la sensación, por la pura intensidad de sentirlo

dentro de mí.

"Dímelo," ordena suavemente, su voz áspera, cargada de calor.

"Me gusta," confieso, sintiendo mis mejillas arder.

El control de León se quiebra.

Toma mis muslos, levantándolos levemente, y cuando embiste de nuevo, es más profundo, más intencionado, golpeando un punto que envía una oleada de placer por mi columna.

"Ah—!" Mi grito llena la habitación, mi espalda arqueándose contra el colchón.

León gime con fuerza, su frente apoyándose en la mía. "Fiona... te sientes jodidamente perfecta."

Sus movimientos se vuelven más intensos, más fluidos, y el dolor que alguna vez sentí desaparece por completo, reemplazado por algo mucho más poderoso, más electrizante.

Mis uñas se clavan en su espalda, sujetándome a él mientras se adentra en mí, cada embestida enviando oleadas de placer a través de todo mi cuerpo.

Puedo escuchar su respiración entrecortada, sentir cómo sus músculos se tensan y flexionan con cada movimiento. Es tan grande, tan profundo, cada centímetro de él llenándome por completo.

"León—" Gimo su nombre, mi voz temblorosa, necesitada, y el sonido lo hace soltar una maldición entre dientes.

"Eres tan estrecha, mi amor," gime, sus manos subiendo hasta mi rostro, sus pulgares rozando mis labios. "Tan jodidamente hermosa."

Me besa, hambriento y urgente, su lengua enredándose con la mía, ahogando mis gemidos de placer.

Cada movimiento aviva algo salvaje dentro de mí, el placer enroscándose cada vez más, amenazando con consumirlo todo.

León lo nota—siente cómo mi cuerpo se aprieta alrededor de él, cómo mis piernas

tiemblan.

"Estás cerca, ¿verdad?" susurra contra mis labios, su aliento caliente y desigual.

Asiento desesperadamente, mi mente nublada, mi cuerpo al borde de algo inmenso.

"Quiero sentirte correrte para mí, Fiona," gruñe, su mano deslizándose entre nosotros, sus dedos encontrando mi punto más sensible.

El momento en que presiona con suavidad, dibujando círculos sobre mi piel ardiente, mi mundo se desmorona.

Grito su nombre, mi cuerpo arqueándose, una oleada cegadora de placer recorriéndome de pies a cabeza. Mis paredes se aprietan a su alrededor, pulsando, aferrándose a él con tanta fuerza que León deja escapar un gemido profundo, su ritmo volviéndose errático.

"Joder, Fiona—" Su voz es áspera, desesperada, y entonces sus embestidas se vuelven más intensas, más profundas, persiguiendo su propia liberación.

Unos cuantos movimientos más y se rinde por completo, su cabeza cayendo en la curva de mi cuello, su cuerpo tensándose mientras se derrama dentro de mí, su calidez extendiéndose en mi interior mientras suelta un gruñido gutural.

Por un largo momento, permanecemos así—enredados, sin aliento, consumidos el uno por el otro.

El peso de León se apoya sobre mí, pero no de manera incómoda. Sus brazos me envuelven con fuerza, protegiéndome, mientras sus labios presionan besos suaves y prolongados a lo largo de mi mandíbula, mi hombro, mi sien.

Me siento mareada, abrumada, pero saciada, completa.

León aparta un mechón de mi frente sudorosa, mirándome con una ternura que me desarma.

"¿Estás bien?" pregunta, su voz ahora más suave, cargada de preocupación.

Asiento, una sonrisa perezosa curvando mis labios. "Más que bien."

Su expresión se suaviza y, por un momento, simplemente me observa, sus dedos dibujando patrones sobre mi piel desnuda.

"Eres increíble, Fiona," murmura. "Te he deseado por tanto tiempo."

Algo cálido revolotea en mi pecho, una emoción mucho más profunda que el simple deseo.

Alzo una mano, enmarcando su rostro, atrayéndolo hacia mí en un beso lento y prolongado.

"Yo también te he deseado," susurro contra sus labios.

León deja escapar una risa baja, apoyando su frente en la mía. "Eso puedo notarlo."

Yo también río, sintiendo una calidez en mi corazón, una felicidad profunda que nunca antes había conocido.

En este momento, en sus brazos, me siento segura, protegida, deseada.

No sé qué traerá el mañana, qué peligros nos esperan.

Pero ahora mismo, todo lo que importa es esto—él, nosotros, esta noche.

Y la forma en que me ama, como si yo fuera su mundo entero.

Capítulo Diez - León

Siempre me ha gustado la idea de matar dos pájaros de un tiro. Sin embargo, aplicarlo a mi vida no es tan fácil como parece.

El Alfa es un hombre difícil de seguir, y no solo porque tiene guardias con él casi cada segundo del día. Convertirme en uno de esos guardias parecía la mejor manera de rastrear sus movimientos. Al menos, eso pensé, pero resulta ser un personaje bastante escurridizo.

Sé que todavía quiere expandirse hacia el bosque del Este, el antiguo territorio de los cambiaformas, a pesar de que le han aconsejado en contra. Ha estado reuniéndose con varios miembros del consejo, tratando de inclinarlos a su favor, de hacer que descarten las advertencias de Jacobe. Kaden quiere retratarlo como un hombre pasado de sus mejores días, aferrándose a creencias obsoletas, una visión con la que algunos están de acuerdo, pero eso es solo política.

En este momento, no me importa la política. Me preocupa su repentino cambio de actitud hacia Fiona.

Fiona.

Solo pensar en su nombre desata en mi cuerpo un torrente de sensaciones indescriptibles. Ha pasado solo un día desde que hice el amor con ella, y aquí estoy, actuando como un maldito tonto enamorado. La quiero—cada parte de ella. Sí, pertenece a otro, y aun así…

Decir que me sorprendí sería quedarse corto. ¿Después de todo este tiempo con Kaden y nunca habían tenido sexo? Sé que está mal. No hay otra forma de verlo. Esto es una traición a mi Alfa, pero intento justificarlo diciéndome que él no la merece.

Pero, ¿la merezco yo?

No, no la merezco, ni siquiera un poco. No merezco estar en su presencia, mucho

menos besarla, saborear su piel, conocer la calidez de su cuerpo envolviéndome. Ella es mi Luna. Bajo la ley de la manada, esto es traición, para ambos.

Si hubiera sabido que era virgen, nunca me habría deslizado en ella de esa manera. Y lo hice de una forma tan estúpida que probablemente la lastimé. El recuerdo me llena de vergüenza, pero también de orgullo, de haber sido el primer hombre en conocerla de esa manera, incluso antes que Kaden.

—No eres ningún héroe, León —la voz de Claus rompe mi ensoñación mientras entra sin invitación a mi casa.

—Nunca dije que lo fuera. ¿Y qué demonios haces aquí?

Se deja caer en mi sofá. —¿No estás feliz de verme? Además, no hemos tenido tiempo de hablar de cosas importantes. Uno, ¿cómo te trata el Palacio? Y dos, ¿estás fuera de tu maldita mente?

Suelto un suspiro. —¿Y ahora qué?

—¡Sabes de qué estoy hablando! ¿Cuál es el plan? No solo le estás mintiendo, sino que ahora rondas por el Palacio junto a ella.

—No la estoy rondando, estoy haciendo mi trabajo.

Se ríe, porque incluso él sabe que mis palabras son puras mentiras.

—Eres un maldito mentiroso. Aléjate de ella. Esto no va a terminar bien. Es la compañera del Alfa. Lo que tienes es una obsesión.

—No estoy obsesionado con ella.

—¿Entonces qué es? Si no es obsesión, ¿qué es?

Bajo la voz. —Estoy espiando al Alfa.

Sus ojos se abren como platos. —¿Qué?

—No es solo hablar por hablar cuando digo que no confío en el Alfa. No arriesgaría ser acusado de traición a menos que estuviera seguro de que algo anda mal.

—¿Pero cómo logras seguirlo sin que te atrape? El olfato del Alfa es de los mejores.

Me levanto y saco un pequeño frasco lleno de líquido azul de la bolsa que llevo

conmigo al Palacio.

—¿Ves esto? Es una poción de ocultación. Me la froto en la piel y enmascara mi olor ante otros lobos. La robé del cuarto de mi madre.

Es la misma poción que uso para acercarme a Fiona. Ella piensa que simplemente está demasiado distraída para notar mi presencia, pero es más que eso. Puedo estar justo a su lado y jamás captará mi aroma.

—¡Ingenioso! ¿Y el Alfa no ha sospechado nada?

—Ni una pista. Ha estado viajando a otras manadas para pedir un libro de hechizos en particular—los escritos de Orufus. Y su deseo por ese libro no tiene sentido.

Claus se encoge de hombros. —Siempre supe que Kaden era curioso.

—Los lobos y la magia no se mezclan bien, lo sabes. La última vez que la magia estuvo involucrada, terminó en desastre. Es el Alfa, claro, pero te apuesto mi habilidad de cambiar de forma a que está tramando algo, y no es bueno.

Lo que Fiona y yo estamos haciendo es arriesgado, pero después de otro intento fallido de controlar sus poderes, tengo que admitir ante mí mismo—nunca ante ella—que quizá estamos perdiendo el tiempo.

No le pido permiso cuando la beso. Lleva puestos sus guantes, y al principio, se sorprende por la repentina manera en que he actuado, pero luego su cuerpo se relaja y se entrega a mí. La beso como nunca antes he besado a nadie, hasta que me falta el aliento.

Los ojos de Fiona se abren lentamente. —¿Por qué hiciste eso?

—¿Sería la peor persona del mundo si dijera que te quiero?

—Yo… yo no entiendo.

—Es incorrecto, lo sé, pero ¿cómo se supone que detenga esto y me aleje de ti si te amo?

—No digas nada, solo…—

¿Qué estoy haciendo? Me lo pregunto sin dar un paso atrás, aun cuando sé que debería hacerlo.

En lugar de eso, acaricio su rostro, enredo mis dedos en su cabello, memorizando cada detalle. Los bordes de sus pupilas tienen un matiz castaño, y deseo que siempre me mire así, en este momento—nunca con ira, nunca con dolor, nunca de la manera en que temo que lo haría si llegara a descubrir la verdad.

—¿Me amas? No puedes amarme. Lo que estamos haciendo está mal, y si Kaden llegara a enterarse…—

La silencio con un beso, sintiendo cómo mi cuerpo se enciende, como siempre ocurre en su presencia. Cuando desabrocho los botones de su vestido y dejo que caiga de sus hombros hasta el suelo del bosque, el aire frío le eriza la piel. Paso mi pulgar sobre sus pezones endurecidos, y ella se estremece, pero no se aparta. La acerco un poco más a mí, dejando que mi calor la envuelva.

—No quiero que esto sea como la primera vez —le digo.

Sus ojos parecen perderse en un trance mientras asiente, dejándome guiarla hasta el suelo, ahora acolchonado por su vestido y las hojas caídas. Llevo mi boca hasta su pecho, mi deseo aumentando al escuchar el suave gemido que deja escapar.

Su aroma llena el aire a nuestro alrededor, avivando mis instintos, pero me controlo. No quiero apresurarme. Su cuerpo responde a mis caricias, su respiración entrecortada mientras recorro su piel con mi lengua, descendiendo lentamente hasta su vientre.

—Oh, sí… —gime cuando mi boca encuentra el punto más sensible entre sus muslos.

Levanto la vista para observarla. No me está mirando. Su cabeza está inclinada hacia atrás, sus piernas temblando sin control.

Acentúo mis movimientos con mi lengua, aplicando la presión justa en los puntos

más sensibles, y Fiona cae sobre su espalda, su cuerpo cediendo al placer. Su mano cubre su boca, intentando ahogar los sonidos que hace, pero yo quiero oírlos todos.

—Sabes tan bien…

Ella emite un sonido entre un sollozo y un jadeo, sus dedos aferrándose a mi cabello con desesperación.

—Hazlo otra vez —le pido, aumentando la intensidad de mis caricias.

Sus manos enredadas en mi cabello me hacen sentir como si estuviera domando un caballo salvaje, pero me encanta. Me encanta cómo me sujeta, cómo me guía, cómo su cuerpo me pide más.

Para cuando alcanza su clímax, dejándola jadeante y sin aliento, yo mismo estoy al borde de la desesperación. Mi deseo es tan intenso que se vuelve casi doloroso. Cuando finalmente entro en ella, su cuerpo se tensa, y por un momento, temo haberla lastimado. Pero luego, asiente y me pide que continúe.

A pesar del aire frío, la piel de Fiona brilla con una fina capa de sudor, mechones de su cabello pegándose a su rostro. Si fuera un artista, la pintaría en este instante, porque no ha existido, ni existirá jamás, una visión más hermosa que esta.

Su cuerpo me envuelve con tanta intensidad que cierro los ojos para contenerme. Cuando los abro de nuevo, ella me está mirando de una manera que me atraviesa por completo—con una ternura que hace que mi pecho duela, con la clase de mirada que me hace sentir como si realmente fuera digno de amor.

Porque la amo.

Y solo ahora me doy cuenta de cuánto anhelo que ella me ame también.

—Te amo. Te amo. Te amo… —Repito las palabras una y otra vez, como un mantra, mientras me hundo en ella por completo. Y cuando finalmente llego a mi límite, dejo que el placer me inunde, aferrándome a la sensación que recorre mi cuerpo.

Los lobos hablan de un lugar, un paraíso al que vamos después de abandonar nuestra forma terrenal. Siempre pensé que era un mito, un simple cuento para dormir,

pero aquí y ahora, me he convertido en un creyente.

La mantengo cerca mientras duerme, su respiración tranquila, su cabello esparcido en todas direcciones. Parece tan pequeña, tan vulnerable.

Estoy decidido a protegerla—de Kaden, si es necesario, de toda la manada si hace falta. Haré lo que tenga que hacer, incluso si, al final, significa salvarla de mí mismo.

Capítulo Once - Fiona

Hoy es un día hermoso. La estación ha dejado los árboles casi desnudos, despojando la tierra de su abrigo. Kaden ha estado excepcionalmente ocupado estos días. Han pasado meses desde que nos unimos, y sigo sin entender por qué aún no hemos consumado nuestra unión.

¿A quién intento engañar?

Estoy casada con Kaden y teniendo una aventura apasionada con León, quien acaba de declararme su amor. Aquí estoy, en mi hogar matrimonial, pensando en hacer el amor con un hombre que no es mi esposo.

Me siento como una persona horrible, como una esposa terrible. Especialmente porque mentiría si dijera que no me duele el hecho de que Kaden no duerma en la misma cama conmigo. Y ya que estoy siendo honesta conmigo misma, casi no me importa lo que los demás piensen, salvo por los inevitables susurros en los pasillos. Ya es bastante vergonzoso que las doncellas sepan cuándo me voy a la cama, pero cuando empiezan a comentar sobre cómo Kaden apenas comparte el mismo cuarto conmigo, no puedo soportar la humillación.

Miro la bandeja de frutas sobre mi mesa y tomo un trozo de manzana, disfrutando el sabor del jugo inundando mi boca. Mi posición me ofrece una vista perfecta del campo de entrenamiento de los guardias, donde León está sin camisa, cubierto de sudor, con las garras extendidas, esperando a su oponente, quien acaba de perder el equilibrio y ha caído de espaldas.

No es mío, pero lo deseo. Y él me desea a mí, como me lo confirmó aquella noche en el bosque. Desperté entre sus brazos cuando el atardecer caía rápidamente, y no quería irme nunca.

De repente, mis mejillas se calientan al recordar a León y lo que hizo conmigo en el

bosque, lo que hicimos juntos. Cierro las piernas, tratando de sofocar la oleada de placer que sube por ellas y cierro los ojos para alejar el recuerdo. Pero todo lo que consigo es revivir la sensación de su lengua sobre mi piel. Mis pezones se endurecen solo de pensarlo.

Alguien carraspea, sacándome bruscamente de mis pensamientos. El placer es reemplazado por vergüenza y culpa al ver a Kaden parado allí. Mi compañero está a solo unos metros de mí, y aquí estoy, pensando en otro hombre como si fuera una mujer sin control.

Tuve suerte de no haberlo visto la noche en que volví. El aroma de León estaba por todas partes en mí, y Kaden solo habría necesitado un segundo para darse cuenta.

—Kaden —logro decir, poniéndome de pie. —Ya empezaba a preguntarme dónde estabas. A veces pareces un fantasma; nadie sabe nunca a dónde desapareces.

Me estiro sobre la punta de los pies para besarlo, pero él sujeta mi rostro con el pulgar y el índice, profundizando el beso. Sin embargo, la presión aumenta hasta volverse dolorosa.

—Kaden, me haces daño —murmuro contra su boca, pero no parece escucharme hasta que lo empujo contra el pecho.

—¡Oh! Lo siento mucho —se disculpa rápidamente, dejando un beso fugaz en mis labios. —A veces olvido mi propia fuerza.

Me llevo una mano al mentón, ofreciéndole una pequeña sonrisa y tratando de ignorar la extraña sensación que crece dentro de mí mientras coloco algo de distancia entre nosotros.

—Acabo de regresar. ¿Qué has estado haciendo? —me pregunta.

—No mucho, me temo.

Kaden asiente con la cabeza mientras me observa regresar a mi asiento y meterme otra fruta en la boca. Sus intensos ojos azules me estudian en silencio, y comienzo a sentirme muy incómoda.

—Te ves diferente.

—¿Diferente cómo?

Él se encoge de hombros. —Simplemente diferente. Ya casi es hora de la cena. ¿Me acompañas?

Decir que estoy sorprendida sería quedarse corta. No recuerdo que alguna vez me haya pedido que cene con él antes, pero acepto, caminando hacia él y tomando su brazo extendido.

Estoy en el bosque del Norte, aunque no sé cómo lo reconozco, ya que nunca antes había estado en esta parte.

Las hojas secas crujen bajo mis pies descalzos mientras camino, su eco perforando el silencio mortal. El inconfundible sonido de aullidos se acerca, y empiezo a correr, tratando de aumentar mi velocidad. De repente, me detengo y cambio de dirección, sigo corriendo, aunque los aullidos han cesado, hasta que me encuentro en un claro rodeado por miembros de la manada.

Reconozco a algunos de ellos, pero a otros no. Veo a León y trato de caminar hacia él, pero cuando doy un paso, cae de rodillas, mirándome con un dolor indescriptible. Luego, uno a uno, todos comienzan a arrodillarse, sus ojos reflejando el mismo sufrimiento que vi en León. Es como si todos me suplicaran que deje de lastimarlos.

La punta de mis dedos comienza a arder, como si estuvieran en llamas, y yo también caigo de rodillas, un grito desgarrando mi garganta.

Sigo gritando cuando despierto en mi cama, mi frente y cuello empapados de sudor, ahora mojando la cama y mi camisón.

—¡Fiona! Solo fue un sueño. Shh. Todo está bien.

El sonido de la voz familiar de León finalmente me saca de mi estado de delirio. Abro los ojos y veo su rostro preocupado. Luego rompo en llanto, presionando mi cuerpo contra el suyo y dejando que me abrace.

—¿Qué está pasando?

Es Kaden. Había entrado sin que ninguno de los dos lo notara.

León se aleja inmediatamente de mí como si yo fuera un cambiaformas peligroso que debe evitar.

—Alfa, la escuché gritar y vine a ver si estaba bien.

La mirada de Kaden se desplaza entre León y yo, su mandíbula tensándose.

—Gracias, puedes retirarte ahora. Yo me haré cargo.

León inclina la cabeza en señal de respeto antes de salir de la habitación y cerrar la puerta detrás de él. Está claro que no quería irse, un hecho tan evidente para mí como para Kaden. Yo tampoco quiero que se vaya, pero no tengo otra opción.

Kaden se arrodilla frente a mí, tomando mis manos frías y temblorosas entre las suyas, cálidas y firmes.

—Shh, shh… está bien. Estoy aquí ahora. Déjame cuidarte.

Rompo en un nuevo llanto, permitiéndole sostenerme con fuerza. Después de un rato, el temblor cesa, y nos acostamos en la cama, con sus brazos envolviéndome.

Al día siguiente, Kaden está de pie junto a mi cama cuando abro los ojos. Debe ser mediodía porque tengo hambre y el sol está tan alto que las cortinas apenas logran bloquear la luz.

—Kaden…

—No quería despertarte. He pedido que te traigan comida a la habitación. No serás molestada por el resto del día.

—Gracias.

—Tengo algunas reuniones a las que atender, pero antes de irme… —se arrodilla frente a mí, acercando nuestros rostros hasta que nuestras frentes se tocan—. Quiero que pares.

—¿Parar?

Él sonríe y se pone de pie.

—Tú y el guardia. Veo la forma en que te mira. Y cómo lo miras tú.

Es como si el pánico de anoche estuviera a punto de regresar. Los ojos de Kaden están llenos de ira, a pesar de que la sonrisa aún no ha desaparecido de su rostro.

Me da una palmadita en la cabeza.

—No soy tan estúpido ni ingenuo como crees, mi amor, y es insultante que lo pienses.

—Kaden, yo…

—No digas nada. Solo detente. Lo he relevado de sus funciones.

¿Qué? ¿Despidió a León?

—No puedes—

—Debería haber hecho algo peor —gruñe, y el verdadero miedo se apodera de mí—. Debería haberlo ejecutado o, al menos, desterrado de la manada. Así que toma esto como un acto de misericordia. No quiero volver a hablar de este asunto.

Deja escapar un suspiro pesado y asiento en señal de acuerdo.

—Bien. Te amo —añade antes de depositar un beso en mi frente y salir de la habitación.

Capítulo Doce - León

No quería dejarla así, pero ¿realmente tenía otra opción?

Kaden entró como el héroe otra vez y me empujó a un lado. Racionalmente, no tenía razones para estar tan enojado, pero este no es el momento de ser la mejor persona.

Di vueltas toda la noche, con los celos y la preocupación recorriéndome a partes iguales. Nunca pensé que pudiera sentir celos, especialmente a este grado, pero aquí estoy, hundiéndome en ellos.

Estoy a punto de salir del palacio cuando uno de los guardias me llama por mi nombre.

"León, el Alfa solicita que te reúnas con él en su estudio."

Me tomo mi tiempo caminando hacia allí, tratando de averiguar por qué quiere verme. Esta es la primera vez que hablaré con Kaden desde que nos distanciamos y dejamos de ser amigos de la infancia.

La habitación está vacía cuando llego. El espacio es grande, pero aun así logra sentirse abarrotado con enormes estanterías repletas de gruesos libros encuadernados en cuero. Examino los libros; algunos títulos me resultan familiares, otros están escritos en idiomas ajenos al nuestro.

El ambiente se siente más pretencioso que cualquier otra cosa, aunque tal vez sea solo porque no me agrada el hombre. Lo que llama mi atención es la gruesa cubierta de un libro sobre el escritorio de caoba de Kaden. La encuadernación está desgastada, casi tanto como la portada azul oscuro. Me acerco un poco más para verlo mejor y logro distinguir el título: Un estudio sobre los cambiaformas, con un dibujo de cambiaformas devorando a un lobo, antes de que el sonido de unos pasos en el pasillo llame mi atención.

Cuando el picaporte gira unos minutos después, estoy parado a un metro del escritorio. Kaden entra con su padre, el antiguo Alfa.

"Continuaremos esta conversación más tarde, padre."

El antiguo Alfa, Bruce Mason, me echa un vistazo. No sé si recuerda que solía jugar a la mancha con su hijo. Hago una reverencia ante ellos.

"Kaden, no me ocultes cosas." Ahora está mirando a su hijo. "Me enfureceré si descubro que me estás ocultando algo."

El viejo se marcha, y me quedo solo con Kaden en el estudio. La mirada de Kaden se posa en la mesa y se detiene en el libro. Me mira y sé que se ha dado cuenta de que lo revisé. Si no había estado ya curioso por el libro, ahora lo estoy aún más.

"¿Me llamaste, Alfa?"

"Sí, León, ¿verdad?" Lo dice como si no recordara que alguna vez fuimos muy buenos amigos. "Sabes, Fiona no es exactamente experta en ocultar sus emociones. Cree que lo es, pero no es el caso. Llevamos meses casados y he decidido pasar por alto algunas cosas que hace. Pero lo que no toleraré es que intentes tomar lo que es mío. Eso me irrita."

¿Lo que es tuyo? ¡La rechazaste delante de todos, Kaden!

Sus labios se curvan en una mueca de desprecio, luego en una sonrisa. Se aclara la garganta. "Voy a ir directo al grano: quiero que te mantengas alejado de mi esposa."

Aprieto los puños, luego los relajo antes de que lo note. "No entiendo qué quieres decir."

Kaden se ríe, pasa una mano por su cabello y se acomoda en la silla.

"No te hagas el ingenuo. Me siento muy insultado de que pienses que follarte a mi esposa a mis espaldas es un secreto que podrás guardar por mucho tiempo."

No sé si espera una disculpa de mi parte, pero no se la daré. Aun así, no puedo negar la tensión que recorre mi cuerpo, estando en la misma habitación con un hombre que podría ordenar mi muerte en cuestión de segundos. No es que me dejaría vencer sin

luchar.

"Ah, ahí está, la ira. Solo imagina cómo me siento yo."

"Kaden, yo—"

"No, no digas nada. Ambos sabemos que mentirías, y eso solo haría que las cosas fueran peor para ti, y tal vez también para ella. Te dejaré pasar con una advertencia: aléjate de mi compañera y de mi palacio, o me veré obligado a hacer algo que no te gustará."

Está sonriendo, y tengo tantas ganas de golpearlo, pero lo único que puedo hacer es inclinar la cabeza y darme la vuelta para irme.

"Y León, hablo en serio. No quiero verte de vuelta aquí. Sé lo terco que eres, y preferiría no mostrarte ese lado de mí. La posición de tu padre en el consejo no te salvará."

Cuando llego a la puerta, me giro para mirar a Kaden otra vez, con la mano suspendida sobre el pomo.

"¿Qué cambió en ti, Kaden? Solías ser bueno, y ahora solo eres un Alfa embriagado de poder que ha olvidado a sus amigos."

El rostro de Kaden se tensa, la sonrisa desaparece como si la acusación lo hubiera herido. Por unos segundos, puedo ver al Kaden que fue mi mejor amigo, el que alguna vez habló de ser el padrino en mi boda y nunca dejarme solo. Luego parpadea, y el Kaden cruel regresa.

"Una vez te pedí que estuvieras a mi lado cuando me convirtiera en Alfa, que ayudaras a hacer realidad mis deseos. Pero te apartaste, decidiste ser un lobo solitario."

Sus palabras me impactan. Y entonces, todo empieza a tener sentido.

"Los deseos de los que hablas, ¿son aquellos en los que querías que Claus y yo te ayudáramos a experimentar con los cambiaformas usando hechizos?"

Recuerdo la noche en que Kaden nos contó su grandioso plan para deshacerse de los cambiaformas en el bosque del Este. Éramos adolescentes en ese entonces y no lo

tomamos en serio. Claus y yo no lo hicimos porque lanzar hechizos sobre cambiaformas podía salir terriblemente mal.

"¿Tienes algo que ver con la repentina desaparición de los cambiaformas del bosque del Este?" pregunto.

"Sal de mi habitación", ordena Kaden, su voz fría.

Sé que no puedo insistir más en el tema. Pero ya tengo mi respuesta. Kaden está experimentando con hechizos, y eso definitivamente no es algo bueno.

"¡Nos vamos a meter en problemas!" susurra Fiona con urgencia mientras la jalo a un rincón escondido por arbustos de flores. Sé que ha tomado la costumbre de caminar por este sendero, y conozco las formas más fáciles de colarme en el palacio.

"Has llegado tarde."

Ella pone los ojos en blanco. "¿De qué estás hablando?"

"Sueles dar estos paseos al mediodía, no a esta hora del día."

Un gruñido frustrado se escapa de sus labios, y aparta su mano de la mía, mirando a su alrededor con ansiedad. La sujeto por los hombros y la beso hasta que deja de resistirse, sus manos enguantadas se envuelven alrededor de mi cuello.

Cuando dejamos de besarnos, le digo: "A este paso, nunca dejaré de besarte."

Fiona aparta mi mano de su rostro y besa el centro de mi palma. "Ojalá no tuviera que ser así, pero es arriesgado, y—"

"¿A quién le importan los riesgos?"

"Kaden es una buena persona, y hacerle daño de esta manera..." Sacude la cabeza, cortándose a sí misma.

La entiendo, de verdad lo hago, y por mucho que la quiera para mí, también sé que el Alfa no es el santo que pretende ser.

"¿Qué dirán todos cuando se enteren? Que arriesgó su vida y la de su familia para hacerme un verdadero miembro de esta manada, y ¿así es como le pago?"

Mi mente se desvía a la conversación que tuve con él en su estudio. Los cambiaformas.

"Fiona, ¿alguna vez sientes que Kaden no es lo que dice ser?"

"¿Qué quieres decir?"

Me encojo de hombros. "No lo sé, pero es posible que tenga un secreto que no conoces."

"Todos tienen un pequeño secreto. Incluso tú."

No se equivoca. Mi miedo es que mi secreto pueda destruir el amor que estamos tratando de construir, y no puedo dejar que eso pase.

"¿Quién anda ahí?" grita un guardia cerca, y el miedo de Fiona regresa.

"Iré a verte pronto", le prometo con otro beso.

"Tienes un deseo de muerte."

"Eso dicen."

Retrocedo sobre mis pasos, mi mente acelerada con planes sobre cómo entrar en el palacio y en el estudio privado de Kaden. La parte fácil es entrar; la difícil es conseguir la llave de Kaden o romper la cerradura en un lugar lleno de gente con el oído agudo.

"El problema repentino de las plagas se está volviendo alarmante", dice mi padre, Víctor Martyr, en una reunión con los ancianos, la misma reunión a la que me obligó a asistir.

Desde hace un tiempo, la calidad de los cultivos en las granjas de la manada ha empeorado. Claro, en su mayoría sobrevivimos con carne, pero aún necesitamos otros alimentos. Si esta tendencia continúa, podríamos depender únicamente de la carne, lo que significaría cazar más seguido y aventurarnos más lejos a medida que la manada crece. Hay un límite en cuanto a cuánta vida silvestre puede sostenernos.

Realmente quiero concentrarme en los cultivos, pero mi mente sigue volviendo a Fiona. Kaden tiene razón sobre mi terquedad. No es tan ingenuo como para pensar que

renunciaré tan fácilmente a Fiona. Puedo ver la ira latente bajo su exterior calmado cuando cruza la mirada conmigo en la reunión, pero me abstengo de provocarlo. Tal mezquindad no sirve de nada.

Aun así, le sonrío sin más. Se ve como un cambiaformas listo para atacarme.

"No quiero ser portador de malas noticias, pero hay una gran posibilidad de que esto conduzca a una hambruna si no tenemos cuidado", dice Jacobe.

"¿Qué es exactamente lo que está matando los cultivos?" pregunta Rowe, uno de los ancianos. Es casi tan viejo como Jacobe.

La voz de Jacobe lleva un peso de preocupación. "No lo sé. Podría ser simplemente la estación." Se ríe ligeramente, sacudiendo la cabeza como si descartara su siguiente pensamiento. "Puede que suene loco, pero esto... esto es una señal clara de que alguien está usando hechizos en los terrenos de la manada."

Al mencionar los hechizos, un murmullo recorre a los ancianos. Echo una mirada furtiva a Kaden, cuyos ojos parecen desafiarme en silencio, retándome a revelar sus experimentos con los cambiaformas.

Un anciano toma la palabra. "La magia ha sido prohibida en la Manada Silverpine, a diferencia de otras manadas que permiten que las brujas deambulen por sus tierras."

"Solo Ethan y Betty tenían magia", añade otro anciano, "y han sido ejecutados."

La mención de esos nombres desentierra un amargo recuerdo, pero lo aparto justo cuando Kaden se pone de pie, atrayendo la atención de la sala.

"Idearé algunas estrategias para resolver este problema. Esta reunión ha terminado."

La reunión concluye con una nota sombría, dejando a todos tensos y ansiosos por el futuro. Mientras tanto, Kaden distribuye raciones del almacén del palacio para mitigar el impacto de la muerte de los cultivos.

Fiona siempre está a su lado cuando reparte comida a los lobos hambrientos, trabajando como la esposa perfecta del Alfa que es. Es obvio que Kaden nos está

vigilando, y yo hago lo mejor que puedo para mantenerme alejado. Sin embargo, es imposible estar lejos de ella por mucho tiempo.

Cuando me escabullo en los terrenos para encontrarla a tiempo para sus paseos vespertinos, está pensativa y me devuelve el beso con menos fervor del que me había acostumbrado con facilidad.

"¿Estás bien?"

"¿Realmente vale la pena seguir escondiéndonos? Kaden me preguntó otra vez hoy si he hablado contigo."

"¿Y qué le dijiste?"

Una triste sonrisa roza sus labios. "Le dije que no, pero no puedo mantener la mentira por mucho tiempo."

"Lo siento—"

"No, no lo sientes."

"No lo siento," me encojo de hombros. "Pero te entiendo. Lo último que necesitas es que yo sea la razón por la que no eres feliz. ¿O eres feliz?"

Fiona respira hondo, mirando la noche sin estrellas y luego a mí. Los segundos se sienten como horas mientras espero su respuesta.

"No sé si lo soy. Kaden es mi compañero, y ha estado actuando realmente bien conmigo. Estuviste ahí hace unos días cuando se disculpó públicamente por haberme rechazado como su compañera. No se merece esto, nadie lo merece. ¿Y si yo estuviera en su lugar? ¿Qué excusa tendría para querer a otra persona? ¿La soledad?"

"Entonces dime que no quieres volver a verme, y te prometo que me alejaré. Mírame a los ojos y dilo."

Fiona me mira, una lágrima cayendo de su ojo derecho. "Lo siento, León, pero tienes que entender que esto no está bien. No quiero volver a verte."

Mi corazón se rompe en mil pedazos, y de repente caigo en un abismo donde nada parece emocionarme, donde la oscuridad es tan hueca como el espacio en mi corazón.

Asiento con la cabeza y me alejo, dejándola ahí, de pie bajo el cielo iluminado por la luna, mientras me doy cuenta de que mi mundo acaba de desmoronarse.

Capítulo Trece - Fiona

Me he movido de un extremo de la cama al otro y de regreso. Es como si todo mi ser estuviera completamente inquieto, sin ninguna posibilidad de serenidad. El amanecer no llega lo suficientemente rápido, pero cuando finalmente lo hace, salgo a caminar por el jardín del palacio, esperando despejar mi mente de todos los problemas que la atormentan. Lo he lastimado, aunque no quería hacerlo, lo cual es irónico, ya que debería ser a Kaden a quien sintiera que he traicionado.

"¿Qué haces despierta tan temprano? ¿No pudiste dormir?"

Me cuesta mucho no saltar del susto cuando esta voz me sobresalta. Kaden está sentado en uno de los bancos de piedra del jardín, vistiendo una bata blanca que lo hace parecer más una aparición que algo real. Su cabello negro se funde con la oscuridad que lo rodea, pero sus ojos, como siempre, destacan entre todo.

"Me asustaste," digo, riendo y bajando la mano de mi pecho. "Y sí, tuve problemas para dormir. ¿Por qué estás aquí sentado en la oscuridad? Pensé que habías ido a—"

"Tampoco pude dormir. Acércate, siéntate conmigo."

Su mano está fría cuando la tomo, y un escalofrío me recorre antes de acomodarme en el banco. Apenas hay distancia entre nosotros, y cuando gira mi rostro hacia él, sé que está a punto de besarme. Cuando lo hace, mi mente comienza a comparar sus besos suaves con los de León, que son más demandantes. Los besos de Kaden se sienten insípidos, casi sin alma.

"¿En qué estás pensando?" me pregunta.

Parpadeo, volviendo al presente y dándome cuenta de que ha dejado de besarme desde hace un rato. Pero yo ni siquiera lo noté. Siento el calor subir a mis mejillas, y ahora me ahogo en una vergüenza absoluta.

"Nada, nada. Es la brisa. Me está dando un poco de sueño."

"Pensé que habías dicho que no podías dormir."

Río. "Ahora quiero hacerlo."

Nos quedamos en silencio durante uno o dos minutos, mi ansiedad creciendo con cada segundo que pasa mientras espero a que diga algo. No ha mencionado a León desde que lo despidió, y me pregunto si es del tipo que ignora el evidente elefante en la habitación. Mientras tanto, me permito disfrutar el momento.

Y entonces me golpea; esta es la primera vez que me siento con Kaden en un ambiente algo íntimo, y ni siquiera puedo permitirme disfrutarlo por completo porque mi mente está atrapada en el laberinto que se ha convertido. Todo porque me he enamorado de León. Algo debe estar muy mal conmigo.

"Esto es agradable," su voz rompe el silencio mientras se acerca a mi cuello.

Cuando inhala el aroma de mi cabello, siento un leve cosquilleo en el cuello y, sin intentarlo, sonrío. "¿Qué es agradable?"

"Esto. Sentarme aquí contigo en la tranquilidad. Ver el sol asomarse lentamente y el mundo despertando."

"¿Dónde está todo el mundo? Me refiero a los guardias."

"Les pedí que me dejaran solo. Qué bueno que lo hice, de lo contrario, no habría podido hacer esto."

Kaden no me da tiempo de preguntar a qué se refiere antes de deslizar una mano dentro de mi bata y pellizcarme un pezón con fuerza. Lo hace tan rápido que no tengo tiempo de procesar el movimiento de su mano hasta que ya lo estoy sintiendo.

"Alguien podría vernos," le digo, casi apartando su mano, lo cual habría sido incómodo.

Sus dientes muerden suavemente mi oreja mientras me jala sobre su regazo, pero justo cuando giro la cabeza, veo un destello de ojos en la oscuridad y salto de sus piernas en pánico.

"¿Qué pasa?" Kaden también se pone de pie, su cabeza girando de un lado a otro,

listo para pelear. "¿Fiona?"

"Yo, eh... nada. Creí ver algo."

"¿Estás segura de que fue nada? Estás temblando. Vamos adentro."

No puedo explicar lo que vi, pero de alguna manera logro dormir ese día con Kaden a mi lado. Cuando me despierto, él ya no está, y una bandeja con comida reposa sobre la mesa junto a mi cama.

Después de darme un baño y terminar mi desayuno, regreso a la habitación y veo un vestido negro bordado con hilos dorados extendido sobre nuestra cama, con una nota a su lado que dice que me encuentre con Kaden afuera, junto a los establos.

Las doncellas peinan mi cabello después de aplicarle generosamente aceites y lo estilizan en un elegante peinado. Apenas me reconozco cuando terminan. Por primera vez desde que me casé con Kaden, no me siento como una impostora. Siento que pertenezco aquí.

Cuando bajo las escaleras, hay una pequeña multitud reunida, todos vestidos con sus mejores galas, y ahí está Kaden al frente. Toma mi mano mientras desciendo, mirándome directamente a los ojos.

"Feliz cumpleaños, mi amor."

Con eso, me da un beso profundo que derrite aún más mi ya debilitado cerebro. La multitud estalla en aplausos antes de que me dé cuenta de lo que está pasando.

Mi cumpleaños. Había olvidado mi propio cumpleaños. Hoy cumplo treinta y tres años, y ha pasado tanto tiempo desde que tuve un cumpleaños adecuado. El último que recuerdo fue mi tercer cumpleaños, con vagos recuerdos de mis padres pidiéndome que apagara las velas de mi pastel.

Se me presentan montones de regalos, cada caja más grande que la anterior, mientras las personas se presentan una tras otra. Me pregunto si realmente esperan que recuerde a cada uno de ellos.

Finalmente, tomamos asiento y escucho a alguien dar un discurso sobre lo

orgullosos que están de tener una Luna tan hermosa y justa, una pareja perfecta para el Alfa, aunque puedo sentir la desconfianza en la mayoría de sus miradas. Los miembros del consejo están con nosotros, su hospitalidad nunca había sido tan insincera.

Suelto un jadeo sorprendido que se convierte en risa cuando Kaden me jala de mi asiento para ponerme de pie. La música comienza a sonar con un ritmo acelerado mientras bailamos—más bien giramos en círculos que bailamos, en realidad. Los invitados se unen a nosotros, cada uno eligiendo una pareja. No me doy cuenta de que estoy riendo hasta que lo hago, e ignoro todo y a todos los demás, enfocándome solo en Kaden y la música. Uno de los pasadores de mi cabello se suelta, y los demás le siguen hasta que mi cabello cae en cascada por mi espalda. Antes de darme cuenta, puedo sentir el sudor en mi piel, mi cabello pegándose a mi rostro.

Vislumbro unos ojos grisáceos familiares. Mi corazón se tropieza al mismo tiempo que mis pies, y caigo hacia atrás, solo para ser atrapada por Kaden.

"¿Te estás divirtiendo?"

"Sí, lo estoy. Pero creo que quiero ir a mi habitación ahora."

Estamos de vuelta en nuestra habitación; la fiesta terminó hace aproximadamente una hora, y todavía puedo escuchar a los sirvientes limpiando. Atrapo el reflejo de Kaden en el espejo. Está sentado en la cama, vestido con una bata similar a la que llevaba esta mañana, excepto que esta vez es de un azul empolvado, con el cuello desabrochado, dejando al descubierto la parte superior de su cuello.

"Me encantó. Gracias. Nadie había hecho algo así por mí antes."

Cuando me acerco a la cama, me inclino para colocar un beso en sus labios, pero él no deja que se profundice más allá de un simple roce.

"Tengo que revisar unas cosas en mi estudio. Me uniré a ti cuando termine."

Repite el beso antes de dejarme sola en la habitación. Salgo a la terraza que está conectada con el dormitorio y me quedo ahí, respirando profundamente.

"Feliz cumpleaños, Fiona." Una voz habla desde algún lugar debajo de mí.

No salto de sorpresa, como suelo hacer. Tal vez una parte de mí ya esperaba que él estuviera ahí. León salta a la terraza, con una gran sonrisa en su rostro.

"Me estuviste observando hace unas horas. Pensé que se suponía que no debíamos volver a vernos."

"Si realmente quisieras eso, ahora mismo me estarías diciendo que me fuera. Pero puedo oler tu excitación desde aquí. Así que no finjas conmigo. Tal vez tenga que follarte inclinada sobre esta terraza y esperar a que tu querido esposo entre a la habitación y me huela en ti."

Jadeo, sus palabras avivando ese calor dentro de mí. No hay manera de negar cuánto me atrae.

"¿Eso es todo? ¿Quieres follarme solo para probar un punto?"

Él camina más cerca, y yo cruzo los brazos sobre mi pecho.

"No. Te quiero a ti."

"Ya me tuviste."

"Te quiero. Toda tú. Todo el maldito tiempo, Fiona. ¿Qué es lo que no entiendes —?"

"Sí lo entiendo, porque yo también te quiero."

Algo se enciende en sus ojos, algo que me dice que está emocionado por lo que acabo de decir.

"No te acerques más, por favor."

Tal vez sea algo en mi voz, pero realmente me escucha.

Escucho mi nombre siendo llamado por la doncella en la puerta, y él también lo oye.

"Aún no hemos terminado de hablar sobre esto," promete León. "Te amo."

"Eso no es justo."

Sonríe. "Nunca pretendí que lo fuera," y luego desaparece de la terraza mientras yo

me apresuro a abrir la puerta.

"¿Sí?" pregunto cuando abro la puerta.

Ella comienza a hablar, pero no tengo la oportunidad de escucharla. En su lugar, me atrapa una visión de una mujer adulta gritando con todas sus fuerzas, su forma cambiando entre humana y lobo como si estuviera fallando, como si estuviera atrapada en un fallo de la realidad.

"¡Fiona, corre! ¡No dejes que te atrape!" grita.

Intento correr, pero estoy paralizada, y entonces escucho una risa estridente, como la de una bruja, y me veo rodeada por fuego, todo a mi alrededor secándose lentamente.

Grito, derribando la bandeja de las manos de la doncella al suelo, el sonido del metal y la porcelana chocando contra el suelo resuena más fuerte de lo normal. Un dolor punzante me golpea la cabeza, y la sostengo con fuerza mientras caigo al suelo.

Y entonces, la oscuridad me traga.

Capítulo Catorce – León

Hace varios años

Somos solo adolescentes y no deberíamos estar en esta parte del bosque.

Pero aquí estamos, con Kaden arrastrando a Claus y a mí hacia la región más profunda del bosque del Norte. Tiene esa expresión habitual en su rostro, intensa y seria, como si estuviera a punto de cambiar el mundo. Es más alto que nosotros, construido como si pudiera enfrentarse a un oso. Claus también está ahí, su cabello es un desastre de ondas arenosas, pero es flacucho, y nadie habría pensado que crecería hasta ser más grande que Kaden en estatura. Y luego estoy yo, León, el callado, siempre observando, siempre esperando.

Kaden está hablando de algún gran plan para ahuyentar a los cambiaformas del bosque del Este. Lo escucho a medias, medio perdido en mi propio caos. Acabo de discutir con mi padre, Víctor Martyr, porque no me presenté a una reunión que se suponía que me prepararía para liderar el linaje Martyr. Su rostro estaba rojo de ira y, en su enojo, soltó que ojalá nunca me hubiera adoptado. Eso dolió, para ser honesto, pero ¿qué podía hacer?

Recuerdo fragmentos de mis padres. Siempre estaban ocupados con sus cacerías, encerrando sus presas en la habitación de mi madre, haciendo quién sabe qué con todas esas herramientas quirúrgicas y pociones mágicas. Nunca les importé realmente. Luego, un día, Víctor apareció en mi casa, diciéndome que mis padres se habían ido en un viaje largo. Dijo que era mi tío y que ahora se encargaría de mí.

Kaden sigue hablando de su plan. “Conozco un hechizo,” dice, su tono lleno de una convicción demasiado intensa para nuestros años de adolescencia. “Se llama El Tirón Absorbente. Puede drenar los poderes de los cambiaformas, dejándolos indefensos.”

“No vamos a jugar con hechizos,” le digo, sintiendo la ira hervir en mí. ¿Hechizos?

Esos mismos hechizos convirtieron a mis padres en irresponsables.

La furia de Kaden iguala la mía. “Voy a ser Alfa pronto, y no quiero cambiaformas rondando mis tierras.”

“No me importa,” respondo, sintiendo que una valentía temeraria se apodera de mí. “No voy a ser parte de esto.”

Está furioso, claro, pero ya me he ido antes de que pueda discutir. Ya tengo suficiente en mi plato sin tener que agregar cambiaformas malditos a la mezcla.

Unos minutos después, la casa de Víctor se alza ante mí, las paredes de madera oscura proyectando largas sombras en la luz moribunda. Las ventanas, con sus pesados postigos, parecen ojos que se niegan a abrirse, y todo el lugar tiene una quietud extraña, como si contuviera la respiración. No estoy listo para enfrentarlo, no después de nuestra pelea, pero cuando subo al porche delantero, una figura irrumpe desde los arbustos.

Es un desastre, esta mujer, con el cabello enredado y la ropa cubierta de barro. Sin embargo, sus ojos son de un verde mar sorprendentemente vivo, y hay algo en ellos que me resulta familiar.

La mujer agarra mi muñeca, su agarre sorprendentemente fuerte. “León, te he extrañado tanto. Por favor, ven conmigo,” solloza, su voz quebrándose por la desesperación.

Intento soltarme, intentar entender qué está pasando, cuando la voz de Víctor corta el caos. “¡Betty, basta! ¡Aléjate de él!”

En un instante, él la aparta de mí, y entonces me golpea la verdad. ¿Betty? Recuerdo vagamente que mi madre se llamaba Betty, y tenía los mismos ojos verdes que yo.

“¿Mamá?”

“¡Sí! Soy mamá. Soy yo, León,” sigue llorando. “Ethan, tu padre, también te extraña.”

Pero Víctor ha aullado, llamando la atención de otros lobos en la zona. Ahora están

aquí, inmovilizándola, encadenándola y arrastrándola como si no fuera nada, mientras sigue gritando mi nombre.

Horas después, Víctor regresa, y yo lo estoy esperando en el porche, pensando en mil cosas horribles que decirle.

Sin embargo, las palabras se me atragantan y simplemente me derrumbo en llanto. "¿Por qué mentiste? ¡Dijiste que se habían ido de viaje!"

Se sienta en uno de los escalones bajos que conducen a la casa. "Fue por tu propio bien. Tus padres no se preocupaban por ti. La manada tuvo que encerrarlos por un pecado que cometieron. No había nadie para cuidarte."

Las lágrimas me nublan la vista. "¿Qué hicieron?"

Víctor suspira profundamente y sacude la cabeza. "Hicieron algo realmente, realmente malo. Tus padres eran monstruos."

Día Actual

Últimamente, el Alfa ha estado reuniéndose con Rowe, el Jefe de la Guardia, lo cual no es inusual en sí mismo, excepto porque sus reuniones han sido todo menos ordinarias—han sido completamente clandestinas.

Lo que pasa con Rowe es que es un buen hombro en el que apoyarse, pero también tiene una boca muy grande, que tiende a soltarse especialmente cuando ha bebido demasiado vino y una mujer hermosa se aferra a su brazo.

Mi breve tiempo en el Palacio me permitió conocer el tipo de persona que es en el fondo. Recurro a la ayuda de una vieja amante, Kara. Sus mechones rubios y deslumbrantes ojos casi violetas una vez me hicieron caer de rodillas en el mejor sentido posible, y estoy seguro de que no será diferente con Rowe.

"¿Qué gano a cambio?" pregunta.

"Mi lealtad absoluta," respondo con sinceridad mientras acaricia mi espalda y sube

por mi hombro hasta llegar a mi pecho.

“No creo que tenga mucho uso para eso, cariño,” dice.

La mano de Kara apunta a mi entrepierna cuando la detengo con la mía. “La lealtad inquebrantable es todo lo que tengo para ofrecer, cariño.”

Sonríe, retirando su mano, y dice en un tono que contradice sus palabras: “Me rompiste el corazón. ¿Te enamoraste?”

“Algo así.”

“¿Alguien que conozca?”

“No particularmente.”

Kara juega con la punta de su cabello, inclinando la cadera mientras reflexiona. “¿Por qué no puedes simplemente decirme quién es?”

“Es complicado,” respondo con una sonrisa.

“Siempre lo es, ¿verdad?” Suspira, y sé que la he convencido.

Lo último que espero es una visita, especialmente una visita de Fiona. Una gran capa roja oculta la mayor parte de su cuerpo, excepto su pálido rostro. Sus ojos parecen atormentados cuando abro la puerta, pero me saluda con una sonrisa.

"¿Qué haces aquí?"

"Vine a verte. Pensé que te alegrarías de verme, pero supongo que me equivoqué. Me iré—"

"No, quédate. No quise decirlo así. Es solo que... por favor, entra."

Fiona toma asiento, y yo permanezco de pie, tratando de darle el espacio que siento que necesita.

"¿Estás bien? Te ves mal."

"Solo que no he dormido bien. Y la luna llena está cerca, después de todo. No hay un solo lobo que no esté actuando un poco extraño o que no luzca algo enfermo."

"¿Por qué estás aquí, Fiona? Dijiste que no querías verme."

"No hagas eso, León. No me pongas presión. No es justo ni para mí ni para Kaden."

"¿No te he dicho que no me gusta jugar limpio? El mundo no es justo, y solo sobreviven los más inteligentes."

Fiona suelta una risa, finalmente quitándose la capucha de la cabeza.

"Si alguien te escuchara, pensaría que estoy casada contigo y no con él."

"Está bien, adelante, frótalo en mi cara, pero tú y yo sabemos que no soy el único que siente esto. Tú misma lo has dicho."

Deja de sonreír y ya no puedo leer la expresión en su rostro.

"No es tan fácil dejar todo atrás para estar contigo. No tengo una reputación que perder, pero hacer algo tan loco como enamorarme de ti y dejar a Kaden solo significaría mi muerte. ¿Y qué hay de ti?"

"¿Qué hay conmigo?"

"¿Qué pasará contigo? Tienes una vida aquí, tu padre, tus amigos. ¿De verdad estás dispuesto a dejarlo todo solo por mí?"

Víctor no es mi padre, y desearía poder decirte lo que realmente les pasó a mis padres.

"Lo dices como si no lo merecieras."

"No sé qué es lo que merezco."

"Mereces todo, Fiona. Todo. Y planeo dártelo."

"No puedes—"

"Sí puedo, y lo haré. Te sacaré de aquí."

"¿Qué estás—?"

"Fuera de aquí, Fiona, lejos. Sabes que la vida no termina en Silverpine, ¿verdad?"

"¿A dónde iremos?"

"A donde queramos."

Fiona me mira con esperanza en los ojos.

"Entonces estoy lista para irme a cualquier parte contigo."

La beso.

"Dos noches a partir de ahora. Esa es la noche en que quiero que nos escapemos. Encuéntrame en el bosque, en nuestro lugar de siempre."

Veinte minutos después, se va de mi casa. Su aroma aún impregna el aire. No la toqué mientras estuvo aquí porque no parecía lo que quería. Pero al menos puedo quedarme con lo que dejó atrás.

Un golpe en la puerta me saca del lugar donde había estado dormido en el sofá. Kara está parada en la entrada, con una expresión de aburrimiento. Entra y se detiene, inclinando la cabeza.

"Un aroma que no es el tuyo. ¿Eso es lo que hace que sea complicado?"

Esquivo su pregunta, todavía irritable.

"¿Qué averiguaste de Rowe?"

"Alguien está de mal humor, pero me siento generosa, así que lo dejaré pasar e iré al grano."

"Lo siento, Kara. Por favor, dime."

Sonríe.

"Rowe dice que el Alfa ha solicitado su ayuda para buscar un santuario."

Me tenso.

"¿Un santuario?"

El cambiaformas en el bosque mencionó un santuario. ¿Podría ser el mismo que Kaden está buscando? ¿Qué tiene de especial este santuario? Kaden no necesita un santuario para lanzar hechizos sobre los cambiaformas.

"¿Qué tipo de santuario?"

"No tengo idea," admite Kara con un encogimiento de hombros, y le creo. "Pero se supone que es para colocar o romper una maldición... sí, eso es. Romper una maldición."

Las alarmas resuenan en mi cabeza. Esto no puede ser una coincidencia. ¿Una maldición? ¿Como la maldición de Fiona?

"¿Te dijo qué tipo de maldición?"

"No, y eso es todo lo que sé."

Le agradezco, y después de que se va, me tomo mi tiempo para juntar las piezas. Si Kaden está buscando un santuario para romper maldiciones, solo hay una maldición a la que podría estar apuntando. La maldición de Fiona.

Tal vez no es un mal tipo después de todo. Tal vez realmente la ama.

Necesito averiguar cómo planea hacerlo. Un lobo lanzando un hechizo para revertir una maldición es raro y peligroso, pero si puede ayudar a Fiona, entonces necesito saber más.

Mis planes para sacarla de Silverpine tendrán que esperar.

Capítulo Quince - Fiona

Hace frío.

Mi cuerpo se siente como si hubiera sido sumergido en un río de hielo; mis dedos de los pies y todo lo demás están entumecidos. No hay dolor, solo un frío abrumador.

El fuerte zumbido en mis oídos se desvanece lentamente a medida que recupero la conciencia, y el sonido de la lluvia golpeando el techo se vuelve claro. Mis ojos se resisten a abrirse, pero reúno toda mi voluntad para forzarlos. La habitación está tenuemente iluminada por velas con aroma a incienso, cuya fragancia me hace cosquillas incómodamente en la nariz.

No hay confusión sobre lo que me ha pasado. Fue como un sueño, una pesadilla, y sin embargo, el dolor era intensamente real, sin ningún indicio de ser algo irreal. Me esfuerzo por recordar lo que vi, pero solo provoca un martilleo ensordecedor en mi cabeza.

"Vamos de nuevo," dice una voz femenina a mi lado. "Solo respira profundo y deja que estos recuerdos vengan a ti."

Me doy cuenta de inmediato de que estoy en una sesión de terapia para lobos. Hace solo unas horas, una de mis doncellas, Diana, entró en mi habitación sospechando que me había desmayado por recuerdos perturbadores. Le ocurrió a su madre y lentamente la llevó a la locura.

Diana entonces me llevó a otra manada, la Manada de la Línea de Cristal, donde una terapeuta podía ayudarme a descifrar los recuerdos que me han estado atormentando. Cuando le pregunté si la terapeuta era una bruja, la doncella lo confirmó, pero me dio una elección: alejarme de estos recuerdos o ignorar las habilidades de la bruja y dejar que ella los desenterrara. Acepté entrar en la casa de la terapeuta.

El lugar apestaba a sándalo y no había nada que aborreciera más que ese olor. La

casa parecía más pequeña por fuera de lo que realmente era por dentro, lo que la hacía aún más espeluznante que su dueña, una anciana de ojos saltones. Su cabello era completamente liso, blanco y tan largo que tocaba sus piernas.

Pero cuando tomó mi mano y me condujo a una habitación privada, una extraña y repentina calma se apoderó de mí. "Es un placer tener a la Luna aquí. Prometo cuidarte lo mejor que pueda. Por favor, desnúdate y cámbiate con esto."

Señaló un paño doblado a un lado antes de darme privacidad. La prenda era más una bata que otra cosa, hecha de una tela tan suave y ligera que era casi transparente. Se me cruzó por la mente preguntarle si podría llevármela a casa después de la sesión.

Lady Asmara, como luego se presentó, me pidió que me acostara boca arriba, con la cabeza apoyada en sus piernas mientras masajeaba los lados de mi cabeza. Su voz comenzó a cantar, primero en tonos profundos y guturales, luego en susurros, hasta que todo se fundió en una armonía envolvente y pude ver a través de mis propios ojos esta vez, mirando mi pequeña mano aferrada a la de mi madre.

Se sintió como una experiencia fuera del cuerpo. Era solo una niña, quizás de dos o tres años, y mi madre estaba allí conmigo, sosteniéndome la mano mientras caminábamos por un sendero en el bosque. Las hojas me parecían familiares, como si ya hubiera pasado por allí antes, pero no había marcas que lo confirmaran.

"Es una hermosa mañana, Fiona," decía mi madre. "Tu padre está en algún lugar de este bosque. Vamos a buscarlo."

Estábamos descalzas, como solíamos estar, y yo estaba muy emocionada por ver a mi padre.

"¡Papá!" Llamé su nombre.

La sonrisa de mi madre se hizo más grande. Cuando abrí la boca para llamarlo de nuevo, ella se detuvo repentinamente. Empezó a gritar, pronunciando palabras que no entendía, y luego me tomó de la mano y comenzó a correr más profundo en el bosque hasta que los árboles bloquearon la luz del sol.

Mis pequeños pies luchaban por seguir el ritmo y pronto tropecé con una piedra.

El dolor del impacto en mi rodilla se extendió por mis piernas, incluso mientras intentaba apoyarme en mis manos. Mi madre yacía en el suelo, a solo unos centímetros de mí. Ignorando el dolor en mis piernas y palmas, intenté alcanzarla, pero algo me estaba jalando, alejándome cada vez más.

"¡Fiona, corre!" gritó mi madre. "¡No dejes que te atrape!"

Entonces, unas manos me agarraron por detrás, levantándome del suelo. No había sonido, y todo parecía desarrollarse en cámara lenta.

Fue entonces cuando desperté, bañada en sudor frío, y Lady Asmara me dijo que volviera a intentarlo, que profundizara en mis recuerdos y encontrara lo que estaba buscando.

Esas manos fuertes envuelven mis piernas de nuevo, y estoy pateando y gritando, el sonido resonando en mis oídos mientras un hombre me arrastra fuera del bosque.

Solo puedo ver la parte trasera de su cabeza, y es un completo desconocido para mí. Junto a él, una mujer ríe estridentemente, saltando con el entusiasmo de una niña.

Lo siguiente que sé es que estoy sobre una mesa, con extraños símbolos que nunca había visto colgando de los candelabros que me rodean. El hombre y la mujer están en la habitación conmigo, sujetándome con fuerza.

"¡Mamá! ¡Papá!" llamo a mis padres.

"Sssh, cariño," dice la mujer. "Tu mamá y tu papá no están aquí. Nunca van a encontrarte. Pero nosotros estamos aquí para ti. Vamos a cambiarte."

Entonces, un hombre entra en mi campo de visión. Las lágrimas llenan mis ojos al observar sus rasgos: cabello dorado y una sonrisa ladeada que me recuerdan a alguien. Los ojos de la mujer son verde mar, casi como los de León. ¿Cómo es eso posible?

Este hombre toma mi mano, extendiendo mis pequeños dedos para exponer mi palma. El destello de una hoja de cuchillo hace que mis gritos se intensifiquen, pero no

hacen nada para disuadirlo de hacerme un corte mientras la mujer comienza a recitar un cántico.

El dolor es inmediato y abrasador, una línea de fuego blanco que recorre mi palma. Se esparce como un incendio, un crescendo de agonía que se intensifica con cada latido acelerado de mi corazón. Cada palabra del cántico amplifica la tortura, resonando con la herida como si el mismo sonido estuviera impregnado de agujas. Me siento atrapada en un vórtice de sufrimiento, donde el tiempo se alarga y cada segundo es una eternidad de angustia.

Cierro los ojos, y cuando los abro de nuevo, el olor a sándalo es casi asfixiante. Lady Asmara sigue en la habitación conmigo. Sonríe mientras dice: "Lo intentaremos otra vez mañana."

Pero yo ya estoy considerando esto un gran error. No debería haber venido aquí. Ahora estoy desenterrando recuerdos que se sienten como una mentira. ¿Qué eran esos ojos verde mar que vi, esa sonrisa burlona, ese rostro que se parecía tanto al de León?

Y entonces recuerdo que se supone que debo encontrarme con León esta noche en el bosque. Nos vamos a escapar.

Curiosamente, me siento mejor que antes, pero quiero irme. Busco mi vestido, me lo pongo y salgo de la habitación privada.

De camino a casa, siento la necesidad de mirar mi palma. Me quito el guante y, cuando lo hago, la tenue línea de la cicatriz me devuelve la mirada.

Tiene que haber una explicación para esto. No recuerdo que nada de esto haya sucedido, y hasta donde sé, mis padres murieron en un encuentro con los cambiaformas.

Esto no es real. Estos recuerdos no pueden ser verdad. Y a pesar de que una parte de mí me advierte que no siga indagando, otra parte me impulsa a hacerlo. Me insta a descubrir toda la verdad y determinar qué conexión tienen el hombre y la mujer de mi visión con León.

Capítulo Dieciséis - León

La forma en que he estado extrañando a Fiona es algo feroz. Es como si cada minuto lejos de ella se arrastrara eternamente. No dejo de pensar en su risa, en ese brillo en sus ojos y en la forma en que dice mi nombre. Me cuesta no correr directamente hacia ella, pero tengo que mantener la cabeza en su sitio.

Tengo que decírselo—no podemos huir juntos, al menos no todavía. Tengo esta sensación persistente de que Kaden está tramando algo con esa cura suya, y necesito averiguar qué es antes de hacer cualquier movimiento. Me está carcomiendo la idea de decírselo y ver cómo esa luz en sus ojos se apaga. Pero es por su propio bien, y tengo que ser yo quien lo haga, sin importar cuánto duela.

Fiona llega a mi casa exactamente a las 8 pm.

"Te ves mejor," le digo.

"Gracias. Logré dormir varias horas hoy, y parece que eso está ayudando."

Está jugueteando con sus dedos mientras se sienta frente a mí, pero se detiene cuando nota mi mirada.

"Lo siento. Es solo que... estoy un poco nerviosa," dice.

"¿Nerviosa? ¿Por qué—?"

"No por ti."

"¿Quieres hablar de eso?"

Fiona sacude la cabeza, apartando un mechón de cabello detrás de su oreja.

"Preferiría no hacerlo. Son solo pesadillas. Estaré bien. Ya casi han desaparecido, y ahora creo que simplemente estoy paranoica con dormirme."

Se ríe, un sonido más auto despectivo que alegre.

"Mírame, diciendo que no quiero hablar de ello, pero parece que no puedo detenerme."

Fiona se limpia una lágrima que empieza a caer y vuelve a reír.

"No sé por qué me siento así. No entiendo lo que estoy sintiendo."

Me acerco a ella, arrodillándome para que nuestros ojos se encuentren. Intenta apartar la mirada, pero la sostengo con suavidad.

"Dímelo."

"Mi mente está demasiado nublada y no puedo aclararla."

"Ven aquí."

La atraigo hacia mí, envolviendo mis brazos alrededor de su frágil figura, deseando poder absorber su tristeza y entrelazarla con la mía.

"¿Todavía nos fugaremos esta noche?"

Pienso en qué decir durante unos segundos.

"No creo que debamos. No esta noche. No estás en el estado mental adecuado."

No se opone, lo que es un gran alivio para mí. Supongo que es porque está sufriendo y probablemente no tiene la fuerza para preguntar por qué. Si tan solo pudiera tomar su dolor, hacerlo mío, cargar con la carga que realmente me corresponde.

Después de todo, es mi culpa que esté atrapada en esta maldición. La culpa es una compañera constante, un recordatorio del caos en su vida. Fue la culpa la que primero me llevó a buscarla, a intentar enmendar lo que había pasado. Pero en algún punto del camino, esa culpa se convirtió en algo más profundo, algo que se sentía mucho como el amor.

Ahora, mientras la sostengo en mis brazos, sintiendo cómo su respiración se ralentiza con el ritmo del sueño, hago un juramento: encontraré la manera de liberarla de esta maldición, sin importar el costo.

Y en este momento, ni siquiera me importa si es Kaden quien finalmente la libera.

Hay algunas pecas en la parte superior de su nariz que nunca había notado hasta ahora que está en mi cama, durmiendo como un ángel.

"Es incómodo cuando miras así," dice Fiona con los ojos aún cerrados.

Está despierta.

"¿Quién dice que estoy mirando?"

Sus párpados se abren y la comisura de sus labios se curva en una pequeña sonrisa.

"Lo siento hasta en mis sueños."

"No puedo evitarlo. Siempre hay algo nuevo que descubro sobre ti, y eso solo hace que me enamore aún más."

"¿Ahora eres poeta? Nunca habría pensado que lo tenías en ti."

Suelto una risa, sintiéndola pesada en mi garganta.

"Fiona, yo... tengo algo que decirte."

"¿Qué es?"

"No creo que el amor sea real. O no lo creía. Mis padres no son exactamente lo que consideraría un modelo a seguir en ese sentido."

"Nunca hablas de tus padres. Conozco a tu padre. Pero, ¿dónde está tu madre?"

Me duele el corazón al decirle esto:

"Mi madre está muerta. Víctor Martyr perdió a su esposa hace muchos años."

Y le estoy diciendo la verdad. Víctor sí perdió a su esposa a manos de los cambiaformas. Pero Víctor no es mi padre, lo que significa que su esposa no es mi madre.

Mis verdaderos padres, Ethan y Betty, fueron ejecutados por la manada por sus crímenes atroces, y su destino quedó sellado cuando Betty se atrevió a escapar de prisión para verme. Indagué más sobre lo que hicieron, y lo que descubrí me aterrorizó. Se merecían su destino, y nunca, ni en tres vidas, admitiría que eran mis padres.

"¿Cómo era ella? Tu madre."

Y su pregunta es como si me arrancara la mitad del corazón.

"Era amable. Se llamaba Laurice y tenía una calidez en ella, ¿sabes? Siempre tenía una palabra reconfortante, una sonrisa que parecía iluminar la habitación. Fue buena

conmigo, me trató con una bondad que no sabía que necesitaba. Es extraño, mirando hacia atrás, cuánto significaban esos pequeños gestos."

Fiona sonríe, pero cambia de tema. "¿Puedo quedarme esta noche?"

Su pregunta me toma por sorpresa. "¿Y Kaden?"

"Kaden estará fuera unos días. Me iré por la mañana y regresaré al palacio antes de que alguien se dé cuenta."

¿Unos días? Necesito encontrarlo, pero no puedo decirle a Fiona que se vaya.

"Entonces, aprovechemos el tiempo."

Fiona se ríe mientras me subo sobre ella, cubriendo su rostro con besos. Su risa pronto se convierte en gemidos cuando mis dedos se deslizan dentro de su cálido centro, y le hago el amor hasta que estamos casi sin aliento.

Capítulo Diecisiete - Fiona

Los labios de León aplastan los míos, urgentes, posesivos, como si intentara reclamar mi alma con cada beso ardiente. Sus manos enmarcan mi rostro, sus pulgares acariciando mis mejillas húmedas, anclándome en su calidez. Se me escapa un sollozo, pero él no se aparta. Me besa hasta que los temblores en mi cuerpo se disipan, hasta que las lágrimas se secan contra mi piel, hasta que dejo de sentir que me desmorono desde dentro.

Entonces, mis labios empiezan a moverse contra los suyos—al principio con timidez, pero rápidamente igualando su hambre. Mis dedos se aferran a sus hombros, clavándose en el músculo firme debajo. Su cuerpo es tan fuerte, tan poderoso, y sin embargo, en este momento, me trata como si fuera algo frágil. Pero yo no quiero fragilidad. Lo quiero a él, todo él—salvaje, indómito, implacable.

León debe sentir mis pensamientos, porque su agarre se endurece, sus manos deslizándose hasta sujetar mi cintura. Sus dedos se flexionan contra mis costillas, atrayéndome más cerca, presionando mi cuerpo contra el suyo. Puedo sentir su corazón martillando contra el mío, una promesa silenciosa de que este momento nos pertenece.

Lentamente, alcanza los botones de mi capa, desabrochándolos uno a uno, la tela aflojándose a mi alrededor, deslizándose hasta caer a mis pies. Su aliento se entrecorta cuando ve el fino vestido debajo—simple, pero revelador, lo suficientemente bajo para tentarlo, los picos de mis pechos tensando la tela.

León gime, sus manos recorriendo mis brazos antes de agarrar las delicadas tiras y bajarlas, dejando que el vestido se deslice por mis hombros, por mis caderas, hasta que se detiene en mi cintura. Mi piel se eriza por el aire fresco, pero antes de que el frío pueda asentarse, sus manos están sobre mí—cálidas, firmes, reclamándome.

Cubre uno de mis pechos con su mano, sus dedos extendiéndose sobre la suave

carne, su pulgar rozando mi pezón ya endurecido. Un jadeo agudo escapa de mis labios, y me arqueo contra su toque, suplicando en silencio por más. Él responde con un gruñido bajo, su control deslizándose mientras me alza en sus brazos, llevándome sin esfuerzo hasta su habitación.

Cuando me recuesta en la cama, sus ojos recorren mi cuerpo—oscuros, hambrientos, encendidos por la posesión.

"Eres mía," murmura, quitándose la túnica. "Cada centímetro de ti, cada sonido que hagas, cada respiro que tomes—mía."

Tiemblo mientras me observa, bebiéndose con la mirada mi cuerpo expuesto, su expresión llena de reverencia y hambre cruda. Se inclina, capturando mis labios de nuevo, pero esta vez el beso es más profundo, más rudo, dominante. Su mano izquierda juega con mi pecho, su pulgar rodeando mi pezón antes de que baje la boca y lo succione entre sus labios.

Grito, mi espalda arqueándose mientras el calor se acumula entre mis muslos. Su lengua gira, sus dientes rozan, enviando descargas de placer recorriendo mis venas. Amasa mi otro pecho, rodando mi pezón entre sus dedos, alternando entre lamidas suaves y mordiscos afilados, su aliento ardiendo contra mi piel.

"León..." gimo, mis dedos enredándose en su cabello, tirando de él, desesperada por más.

Él sigue bajando, besando un camino por mi estómago, su lengua recorriendo mi ombligo. Murmura algo contra mi piel, algo sobre cuánto ama cómo mi cuerpo responde a él. Pero apenas lo escucho—porque ahora sus labios están entre mis muslos, y mi mundo se hace añicos.

Su lengua se desliza sobre mi clítoris, lenta al principio, provocándome, torturándome, antes de que lo succione en su boca. Gimo, retorciéndome, mis dedos aferrándose a las sábanas, pero León me mantiene quieta, sus brazos fuertes atrapando mis caderas en su lugar.

“No te muevas,” ordena, su voz oscura, dominante. “Aún no he terminado de saborearte.”

Sollozo su nombre mientras me devora, su lengua lamiendo, acariciando, sus labios besando y succionando, hasta que todo mi cuerpo es una espiral de tensión lista para estallar. Mi respiración es errática, mis muslos temblorosos—tan cerca, tan jodidamente cerca.

“Por favor,” suplico, mi voz ronca. “Por favor, solo fóllame, León. No puedo— ¡te necesito!”

Gruñe, el sonido profundo y primitivo, vibrando contra mi carne sensible. Lentamente, se aparta, limpiándose la boca con el dorso de la mano, sus ojos ardiendo de deseo. Se desabrocha los pantalones, y cuando los baja, mi corazón se acelera al verlo.

Es grande, grueso, su erección dura y orgullosa, la imagen tanto intimidante como excitante. Una oleada de nerviosa anticipación me invade, y trago con fuerza.

León lo nota, sus labios curvándose en una sonrisa ladeada. “No tengas miedo, cariño,” murmura, arrastrándose sobre mí, su cuerpo cubriendo el mío. Su mano se desliza entre mis muslos, provocándome de nuevo, haciéndome aún más húmeda. “Voy a hacer que se sienta tan bien que suplicarás por más.”

Abro los labios, a punto de decir algo, pero entonces engancha mi pierna sobre su cadera, posicionándose en mi entrada. Siento la calidez y dureza de su punta presionando contra mí, y mi cuerpo se tensa instintivamente.

"Relájate," susurra León contra mis labios. "Voy despacio. Déjame entrar, cariño."

Asiento, sin aliento, confiando en él completamente.

Empuja dentro, solo la punta, y gimo por la sensación de estiramiento. Se detiene, observándome, dándome tiempo para adaptarme, besándome profundamente antes de adentrarse más. Poco a poco, me llena, reclamándome de la manera más íntima posible.

“J-Joder, Fiona,” gruñe, su frente apoyada contra la mía. “Te sientes… tan jodidamente apretada.”

El estiramiento arde, pero también hay placer allí—una plenitud abrumadora. Se queda quieto, esperando a que me relaje, murmurando alabanzas sucias en mi oído, diciéndome lo perfecta que me siento alrededor de él.

Entonces, lentamente, se mueve.

Sus caderas ruedan, empujando más profundo, luego saliendo ligeramente antes de hundirse de nuevo, más adentro esta vez, haciéndome jadear ante la sensación. Cada embestida envía una sacudida de placer a través de mí, y el dolor se disuelve, reemplazado por algo embriagador.

"Oh, Dios," gimo, mis uñas clavándose en su espalda. "León—más profundo."

Él gime, su agarre en mis caderas endureciéndose. "¿Quieres más?" gruñe, golpeando sus caderas contra mí, haciéndome gritar.

"¡Sí! ¡Más! ¡Por favor!"

Eso es todo lo que necesita. Su control se rompe.

León me embiste con fuerza, cada empujón más profundo, su posesividad consumiéndolo. Tira de mi cabello hacia atrás, obligándome a mirarlo a los ojos, fieros y ardientes.

"Di mi nombre," gruñe.

"León," jadeo.

Más fuerte.

"¡León!"

"¿De quién eres?" exige, sus embestidas brutales, su verga golpeando tan profundo que todo mi cuerpo tiembla.

"¡Tuya!" sollozo. "¡Soy tuya, León!"

Él gruñe con satisfacción, sus embestidas volviéndose desesperadas, salvajes, y siento mi clímax construyéndose de nuevo, más alto, más agudo. Mi cuerpo se tensa y entonces—me derrumbo, estremeciéndome a su alrededor, gritando su nombre mientras me deshago bajo él.

León me sigue, su cuerpo temblando, su gruñido profundo, primitivo, cuando se derrama dentro de mí, marcándome como suya.

Y en ese momento, lo sé—soy suya, y él es mío. Para siempre.

Capítulo Dieciocho - León

Treinta minutos después, la respiración tranquila de Fiona me asegura que está profundamente dormida mientras salgo de la casa en silencio. Aplico con cuidado la poción de ocultamiento, un velo líquido para enmascarar mi aroma. Es una precaución, asegurándome de que ni ella ni Kaden puedan rastrearme. La noche es mi aliada, cubriendo mis movimientos mientras me dirijo al bosque del Norte.

Las palabras descuidadas de Rowe me habían dado la pista que necesitaba: el Alfa ha encontrado el santuario y está en el bosque del Norte. Moviéndome entre los árboles, me convierto en una sombra más, mis pies apenas tocando el suelo mientras salto de rama en rama con la agilidad de un lobo acostumbrado a la naturaleza salvaje.

El olor de Kaden flota en el aire, guiándome hasta una cueva justo cuando lo veo desaparecer en su interior. La cueva es una boca abierta en la tierra, sus paredes resbaladizas por la humedad y el aire impregnado con el almizcle de piedra mojada. Estalactitas cuelgan como dientes afilados del techo, y el sonido tenue del agua goteando resuena en el espacio hueco. Mientras sigo el sendero sinuoso, la cueva se abre para revelar un santuario.

El santuario es antiguo, realmente antiguo. Está hecho de enormes piedras que parecen haber estado allí durante mil años. Hay musgo por todas partes, dándole un tono verdoso que lo cubre todo. En el centro, hay una gran losa de piedra con extraños grabados—líneas y remolinos que no tienen sentido para mí.

Y entonces, desde lo más profundo de la cueva, escucho un gruñido. Es bajo y gutural, del tipo que acelera tu corazón. El miedo se apodera de mí, y siento el vello de mi nuca erizarse. Es el sonido de los cambiaformas, y sé que debo tener cuidado. ¿Es este el lugar donde han estado todo este tiempo? ¿Es aquí donde Kaden ha estado experimentando con ellos?

El santuario ante mí no es solo extraño; es un recordatorio de mi pasado. Recuerdo haber venido aquí de niño, mis padres liderando el camino. Habían trasladado sus macabros rituales desde nuestra casa hasta este mismo sitio. Me trajeron con ellos, un testigo silencioso de su locura. Dos veces estuve aquí, observándolos sacrificar animales, sus cánticos y danzas llenando el aire, sus risas convirtiéndose en sollozos cuando sus esfuerzos fracasaban.

No eran solo excéntricos; estaban desquiciados. En nuestra segunda visita, la curiosidad pudo más que yo, y le pregunté a mi madre qué hacíamos en este lugar tan lúgubre. Me miró, sus ojos febriles, y dijo: "Estamos aquí para forjar un futuro para los Mártires, uno donde cada lobo se arrodille ante nuestro poder."

Ahora, mientras estoy aquí de nuevo, es evidente que Kaden ha desenterrado este oscuro santuario de mi familia. Este es el santuario que ha estado buscando, el que el cambiaforma mencionó. La realización me provoca un escalofrío en la columna. Me doy la vuelta para salir de la cueva, queriendo apresurarme a casa y pedirle a Fiona que realmente huya conmigo. Lo que Kaden está haciendo aquí no es para curar a Fiona.

—¿Has visto lo que buscabas?

Me detengo en seco. Kaden está parado a unos metros de mí. ¿Cómo pudo olerme?

—Kaden, ¿qué es todo esto?

Kaden se acerca y me olfatea.

—Hmm, poción de ocultamiento. No funcionará conmigo aquí, León. Esto— —Extiende las manos, señalando todo a su alrededor— —es mi santuario.

—¿Qué quieres decir con eso?

Kaden ríe, una risa escalofriante que resuena en el aire, dejando un silencio inquietante en su estela.

—Oh, realmente no sabes nada, ¿verdad?

Con la velocidad que solo un Alfa puede tener, Kaden se desliza entre las sombras, encendiendo velas con un simple movimiento de sus dedos. La cueva, antes oscura, se

ilumina de golpe, revelando una visión macabra— cambiaformas, unos veinte, encadenados a las paredes. Están en mal estado, pareciendo más presas que depredadores, con ojos hundidos y piel estirada sobre sus huesos. Gimen y sollozan, un sonido inquietante que llena la cueva.

Doy un paso atrás, mi corazón latiendo frenéticamente. Esto está mal, muy mal.

—Los traje aquí —dice Kaden con fría confianza mientras observa a los cambiaformas encadenados—, después de que descubrí este santuario... el santuario de tus padres. Sabes lo que hicieron aquí, León. Lo que intentaron hacer antes de que mi padre y Víctor los detuvieran.

Sus palabras son como hielo, y siento su frialdad en mis huesos. Está provocándome, pero no puedo apartar la mirada del horror que me muestra.

—Y estoy seguro de que tienes una idea de a quién mataron tus padres en este mismo santuario. La sangre que derramaron —añade Kaden, su voz teñida de un retorcido deleite.

Estoy clavado en el suelo, una mezcla de miedo y rabia agitándose dentro de mí. Las burlas de Kaden golpean demasiado cerca, y siento a la bestia en mi interior revolverse, lista para liberarse. Mi cuerpo responde a la furia, y la transformación comienza con una oleada de adrenalina, una descarga que inunda mis venas y acelera mi corazón. Mis músculos se contraen mientras se remodelan bajo mi piel. Los huesos crujen y se alargan, contorsionándose con un sonido similar al de ramas quebrándose, reformándose en las poderosas extremidades de un lobo. Mi rostro se extiende hacia adelante, mi nariz y boca estirándose en un hocico, mientras afilados colmillos emergen donde antes había dientes humanos. Una ola de pelaje brota por todo mi cuerpo, un manto grueso y protector reemplazando mi piel vulnerable.

Kaden, ahora convertido en un lobo enorme, su pelaje una sombra oscura contra las paredes de la cueva, me rodea con una gracia depredadora. Veo la fuerza contenida en sus músculos y coincido con sus movimientos, listo para atacar. Nuestras miradas se

cruzan, y entonces nos lanzamos el uno contra el otro. Garras cortan el aire, buscando carne, mientras esquivamos y nos deslizamos con la agilidad que solo los nuestros poseen. Me lanzo, mis dientes descubiertos buscando su garganta, pero Kaden es rápido, esquivando con un gruñido que retumba como un trueno.

Contraataca, sus mandíbulas cerrándose a centímetros de mi oreja. Siento el golpe de su aliento, el aroma terroso de su pelaje, y eso solo aviva mi determinación. Nos separamos, solo para colisionar de nuevo, un choque de furia y pelaje que nos hace rodar entre los polvorientos objetos de la cueva.

La fuerza de Kaden es aterradora, sus golpes enviando ondas de choque a través de mi cuerpo. Estoy a la defensiva, desviando sus ataques implacables, sintiendo el ardor de sus garras contra mi piel. Es una fuerza de la naturaleza, indomable e imparable, y yo lucho por encontrar alguna ventaja. Puedo oír el tintineo de las cadenas de los cambiaformas en el fondo, sus aullidos aumentando a medida que nuestra pelea se intensifica.

Pero el poder de Kaden es abrumador. Con un movimiento demasiado rápido para verlo, está sobre mí, su peso una fuerza aplastante. Las cadenas tintinean y suenan mientras me ata, el metal frío clavándose en mi pelaje. Estoy inmovilizado, mi corazón latiendo con la injusticia de todo esto.

Kaden se alza sobre mí, sus heridas cerrándose rápidamente, su respiración tranquila. Lanza la llave de mis cadenas apenas fuera de mi alcance.

—Intenta tomarla tú mismo, pero para cuando logres liberarte, yo ya estaré de vuelta en el Palacio, y nadie creerá una sola palabra de lo que digas—ni siquiera Fiona. Voy a dejarte vivir solo porque no quiero que Víctor venga tras de mí. No ahora. No vas a arruinar mis planes.

—¡No le hagas daño a Fiona! —grito, pero él ya se aleja, su risa una oscura promesa en la noche.

—Lo pensaré —responde Kaden con indiferencia, y luego desaparece, dejándome

solo con los cambiaformas encadenados y la llave, que está a solo unos centímetros de distancia, pero que podría estar a kilómetros.

Capítulo Diecinueve - Fiona

Cuando despierto, León ya no está. La noche anterior me ha dejado deliciosamente adolorida, y ha sido el mejor descanso que he tenido en mucho tiempo. No encuentro ninguna nota suya al buscar, pero sí un bolígrafo y un pedazo de papel. Le dejo un breve mensaje, diciéndole que me espere en el bosque esta noche.

Me detengo en medio de la escritura cuando la familiar sensación de culpa por haberle sido desleal a Kaden me invade. Pero después de lo que pasó anoche, creo que ya no me importa. No hay posibilidad de vivir sin León en mi vida. Lo amo, y no puedo seguir huyendo de la verdad. Tendremos que dejar que nuestro amor florezca en otro lugar, lejos de aquí.

Cuando regreso al Palacio, intento llegar a mi habitación sin ser vista. Me cruzo con Diana en el camino, pero es la misma mujer que me llevó ante Lady Asmara, así que realmente no creo que esté en posición de delatarme.

En todo el trayecto hasta mi habitación, sigo pensando en León. Sin embargo, mi tiempo con él no ha borrado completamente el recuerdo de aquel sueño, en el que un hombre que se parecía a él me cortaba con un cuchillo. Me pregunto si ese hombre y la mujer que estaba con él podrían ser quienes me maldijeron. Si es así, ¿cuál es su conexión con León? ¿Por qué se parece tanto al hombre de mi sueño?

Es imposible que León haya sido quien me maldijo; él solo es tres años mayor que yo. Yo tengo 33 y él casi 36. El hombre de mi sueño era un adulto completamente formado, así que no pudo haber sido él. Aun así, el parecido es inquietante, y es una pregunta que me atormenta.

Sospecho que León me oculta algo, y quiero saber qué es. Pero, al mismo tiempo, no quiero. Lo desconocido nunca me ha dado tanto miedo como la verdad.

Sacudo la cabeza, como si eso pudiera borrar mágicamente estos pensamientos

negativos. No es el momento ni el lugar para pensar en León. Tengo que fingir que todo es normal y luego planear mi escape.

El momento en que entro a la habitación, una sensación de inquietud me invade, pero la ignoro. Comienzo a desvestirme cuando, de repente, un aroma familiar me golpea—Kaden. Es un olor que evoca pinos y el frío del invierno, inconfundiblemente suyo. Mi corazón martillea en mi pecho mientras me giro bruscamente, escudriñando la oscuridad donde sé que está oculto.

Entonces, con un suave raspar de metal contra piedra, los candelabros cobran vida, proyectando un resplandor cálido que disipa las sombras. Ahí está él, Kaden, recostado en el sofá con un tobillo descansando sobre la rodilla opuesta. La luz parpadeante resalta sus rasgos afilados, y la intensidad penetrante de su mirada me hiela la sangre.

Trago saliva con dificultad. Seguramente puede oler a León en mí. Eso es lo complicado de ser un lobo. A veces disfrutamos nuestra capacidad de olerlo todo y a todos, pero no tanto cuando puede usarse en nuestra contra. Sin mirarlo, continúo quitándome la bata con manos temblorosas.

—¿De vuelta de tu pequeño encuentro secreto? —pregunta.

El silencio en la habitación es interrumpido por un sonido suave: clic, clic. Me toma un segundo darme cuenta de que está sosteniendo un encendedor, abriéndolo y cerrándolo distraídamente.

—Kaden…

—¿Lo disfrutaste? ¿Te folló hasta dejarte sin sentido?

—¡Basta! —Mi estallido me sorprende incluso a mí.

Es entonces cuando Kaden comienza a reír, un sonido tan siniestro que me hace retroceder un paso. Me recuerda a la risa escalofriante de mi visión.

—No puedo parar ahora, Fiona. Definitivamente no puedo imaginarme que, mientras yo me esfuerzo por liderar esta manada, mi supuesta esposa, la que debería estar a mi lado, se comporta como una puta barata.

—¡Kaden, por favor!

—Fiona, me traicionaste.

Las palabras deberían significar que está herido, que lo he lastimado profundamente. Pero cuando lo miro a los ojos, buscando una señal de ese dolor, no encuentro nada. En cambio, hay un brillo en su mirada, casi triunfante, como si estuviera disfrutando de mi traición. Es como si esta confirmación de mi deslealtad fuera justo lo que él quería desde el principio, una validación retorcida, y eso me hiela hasta los huesos.

—¿Te traicioné? ¡Volví contigo después de que me rechazaste!

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué?

—¿Por qué volviste conmigo?

—¡Dios mío! No puedo creer que me estés preguntando esto.

—¿Por qué volviste conmigo?

—¡Porque te amaba, Kaden! Te amaba. Te reconocí como mi compañero, pero me rechazaste frente a todos.

Guarda el encendedor en su bolsillo con un movimiento rápido y fluido, luego cambia de postura. Ahora inclinado hacia adelante, entrelaza sus dedos y apoya los codos en sus rodillas.

—Fiona, ¿alguna vez te has detenido a pensar en dónde estarías si yo no hubiera regresado y te hubiera convertido en mi esposa? Mírate. Estás viviendo la vida de una reina, y aun así, ¿crees que te rechacé?

Tiene razón, lo admito para mí misma. Si no fuera por él, todavía sería una Omega, acechando en las sombras de la insignificancia. Pero anhelo más que solo el título de su Luna. Ansío el amor que León me ofreció, la forma en que me adoraba, cómo me hacía sentir como una mujer—una sensación que Kaden nunca ha despertado en mí.

—Apuesto a que fue por el sexo, ¿verdad?

Parpadeo, confundida.

—Se sintió tan bien, ¿no es así? Por eso sigues volviendo con él.

No, Kaden. Es porque lo amo.

—Kaden, creo que ya no quiero estar contigo.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda procesarlas.

Y para ser honesta, no me arrepiento de haberlas dicho.

Kaden se reclina en su silla.

—¿Sabes lo que creo que pasó? Te convertiste en mi esposa porque estabas avergonzada de tus orígenes de poca monta y querías usarme para vivir entre la élite.

—Eso no es cierto.

Él se ríe.

—Oh, sí lo es. ¿Y sabes qué es lo interesante? Que no tienes idea de quién es realmente León, y aun así estás dispuesta a pasar el resto de tu vida con él.

Cruzo los brazos.

—Bueno, sé que fue tu mejor amigo hasta que dejaste de preocuparte por él y olvidaste que alguna vez jugaron juntos cuando eran niños.

Los ojos de mi esposo se oscurecen y se pone de pie de un salto, su presencia imponiéndose sobre mí. Doy un paso atrás, medio esperando que me golpee o que ordene a sus hombres que me ejecuten.

—Voy a dejar que descubras por ti misma quién es realmente León. ¿O acaso ya te lo ha dicho?

La confusión debe reflejarse en mi rostro porque Kaden resopla y sacude la cabeza.

—Supongo que no lo sabes. Es un cobarde.

—¿De qué estás hablando? —susurro casi sin voz.

—He hecho todo lo posible por hacerte feliz, por encontrar una cura para tu maldición, pero prefieres revolcarte con el hijo de la pareja que en realidad te maldijo. ¿Así me lo pagas?

Las palabras me golpean como un golpe físico, enviando una onda de choque a través de mi cuerpo que me ensordece del mundo. Mi corazón se detiene por un segundo y luego retoma el ritmo con fuerza, golpeando contra mis costillas como si intentara escapar de la jaula de mi pecho. La habitación da vueltas, y por un momento me pierdo en un torbellino de incredulidad y horror.

—Espera, espera... ¿qué has dicho? ¿Hijo de quién?

—Los padres de León son Ethan y Betty, y fueron ellos quienes te lanzaron la maldición.

—No, sus padres son Laurice y Víctor.

—Víctor es su tío. Adoptó a León después de que sus verdaderos padres fueran arrestados por usar magia en ti y por matar a los tuyos cuando intentaron salvarte.

¿Cómo puede ser verdad? ¿León es el hijo de las personas que me maldijeron y asesinaron a mis padres? ¿Podría el hombre de mi visión, el que se parecía tanto a León, ser su padre? ¿Y la mujer con la risa escalofriante y los ojos verdes, su madre? ¿León sabía todo esto? ¿Me lo ha estado ocultando todo este tiempo?

Es una revelación que amenaza con desmoronar todo lo que creía saber, cada momento que pasé con él ahora manchado por este oscuro giro del destino. Mi respiración se vuelve errática, jadeante, un intento inútil de estabilizarme contra la oleada de pánico que se alza en mi interior.

—Mientes —logro decir, retrocediendo. Cuando la parte trasera de mis piernas roza la cama, me desplomo sobre ella, mi cuerpo temblando como si estuviera siendo azotado por una lluvia fría y despiadada.

La voz de Kaden corta a través de los temblores que me sacuden.

—Por eso es que León ha estado pasando tanto tiempo contigo. Probablemente se está burlando de ti, disfrutando del hecho de que nunca descubrirías la verdad. La familia Mártir ha enterrado los crímenes de Ethan y Betty tan profundamente que nadie se atreve a preguntar quiénes fueron sus víctimas.

Una revelación cae sobre mí, pesada y sofocante. Por eso León cree que puede ayudarme a controlar mi poder. Él sabe sobre mi maldición—siempre lo ha sabido. Su conocimiento no era solo amplio; era íntimo, nacido de un legado oscuro que ahora nos ata de formas que nunca imaginé.

Mi esposo se inclina cerca, su voz un murmullo bajo en mi oído.

—Lo ves ahora, ¿verdad, Fiona? Eres mía, y sin mí, no hay final feliz para ti.

Sus palabras me escuecen, y luego sale por la puerta, dejándome sola con un corazón lleno de tormento. Las lágrimas amenazan con caer, pero las reprimo. Hay una posibilidad de que Kaden solo esté jugando, tratando de destruir lo que León y yo tenemos. No lo permitiré.

Esta noche, me encontraré con León en el bosque. Lo miraré a los ojos y lo sabré. Si hay algo de verdad en las palabras de Kaden, León me lo dirá. Tengo que creer en eso.

Capítulo Veinte - León

Está casi amaneciendo cuando finalmente logro tomar la llave. La cadena que me sujeta a la pared es corta. Escaneando el lugar en penumbra, mis ojos se fijan en un fémur junto a mí, en el suelo polvoriento.

Con movimientos cuidadosos, engancho el hueso en el aro de la llave y lo acerco poco a poco, el sonido del metal raspando contra la piedra resonando en el aire silencioso de la madrugada. Finalmente, la llave está en mi mano, fría y tangible.

La cadena alrededor de mi tobillo, impregnada con una magia lo suficientemente fuerte como para retener a un lobo, tintinea pesadamente mientras desbloqueo el candado. La furia recorre mis venas, cruda y cegadora, impulsándome fuera de la cueva. Tengo que llegar a Fiona, advertirle que no regrese a casa con Kaden. Es malvado, está tramando algo siniestro.

Pero, ¿quién me creería? Acusar al Alfa de usar magia sería recibido con escepticismo, incluso por los ancianos. Y estoy seguro de que si los trajera aquí, Kaden ya habría borrado toda evidencia de sus experimentos con los cambiaformas.

¡Los cambiaformas! En mi prisa, casi los había olvidado. Me detengo en seco y me giro hacia la cueva. Sus ojos, llenos de una súplica silenciosa, se encuentran con los míos. Gruñen, mostrando los dientes, el hambre evidente en su postura. Sopeso los riesgos de liberarlos; están hambrientos, impredecibles. Pero dejarlos aquí significa que Kaden seguirá usándolos para sus propósitos viles. No, no puedo permitirlo. Cualquiera que sea el gran plan de Kaden, es mucho peor que el peligro que ellos representan para mí en este momento.

A la tenue luz del santuario, encuentro un delgado puñal, restos de algún ritual, quizás. Con esfuerzo, logro forzar el candado que sujeta a los cambiaformas.

En cuanto el candado se abre con un chasquido, el más delgado de los

cambiaformas se lanza sobre mí. Su cuerpo es huesudo, con costillas marcadas, pero sus ojos arden con un hambre feroz. Me preparo, sabiendo que podría enfrentarme a uno o dos, pero son demasiados. Así que tomo una decisión: me quedo quieto, dejo que me inmovilice. Sus gruñidos son guturales, llenos de un hambre que ha estado fermentando durante demasiado tiempo.

La grotesca lengua del cambiaforma se desliza fuera de su boca, viscosa y apestando a podredumbre. La arrastra por mi rostro, dejando un rastro de inmundicia que revuelve mi estómago. Pero mantengo los ojos cerrados, enfocándome en el panorama general, en escapar, en Fiona.

—Eres valiente —ronca el cambiaforma—. Podríamos haberte drenado, pero decidiste rescatarnos. ¿Cuál es tu nombre?

Abro los ojos.

—León.

—León, hijo de Ethan Mártir —continúa, y hay un cambio en el aire, una sensación de reconocimiento que me recorre la espalda como un escalofrío. ¿Cómo sabe el nombre de mi padre?

—¿Conociste a mi padre?

—Conocí a tus padres. Ethan y Betty fueron una desgracia, Débiles en toda regla.

Débiles. Es como llamamos a los lobos que carecen de instinto o coraje para cazar, aquellos que no pueden derribar una presa sin importar cuántas veces se les enseñe. Es una etiqueta de vergüenza en nuestro mundo, una de la que, al parecer, mis padres no pudieron escapar.

—En su vergüenza, recurrieron a nosotros para hacer su trabajo sucio. Cazábamos animales para ellos, y ellos fingían ser cazadores competentes. —La voz del cambiaforma gotea desprecio—. Pero su avaricia se volvió insaciable, exigiendo más y más, hasta que fue demasiado, incluso para nosotros.

Puedo verlo en mi mente—la caída en la locura, los experimentos secretos en la

habitación de mi madre, extendiéndose hasta esta misma cueva. Mis padres obtenían todos esos animales muertos de los cambiaformas.

—Dejamos de cazar para ellos —continúa—, y nos alejamos. Fue entonces cuando escuchamos… habían maldecido a una niña, una pequeña de tres años, y asesinado a sus padres. Convirtieron a la niña en un arma de destrucción, forjada con magia oscura. Algún día, cuando alcanzara su máximo poder, los haría dioses en Silverpine.

Fiona.

La mención de cómo surgió su maldición me hiere más que cualquier herida física, la culpa royéndome por dentro como algo vivo. Tengo que regresar con ella, advertirle sobre Kaden, protegerla del mal que acecha tan cerca.

Y tal vez, solo tal vez, encuentre el valor para decirle toda la verdad sobre mí, sobre el legado oscuro que nos une a ambos.

El cambiaforma se pone de pie, sacudiendo la suciedad del suelo de la cueva.

—Hicimos nuestra propia investigación y descubrimos que Ethan y Betty aprendieron magia oscura ancestral de una manada lejana. Querían forjar un arma contra Silverpine.

Me pongo de pie.

—Lamento cómo mis padres los explotaron —digo, encontrando su mirada—. Deben irse de este lugar, todos ustedes. Kaden regresará, y no sabemos qué está planeando.

El cambiaforma me observa fijamente y asiente.

—Gracias, León. Te debemos una.

Y con eso, me doy la vuelta y echo a correr.

Cuando finalmente regreso, ella ya se ha ido.

Me espera una nota—Fiona quiere que nos encontremos en el bosque hoy. Mi corazón late con impaciencia; tengo que salvarla, y cada segundo cuenta. Pero irrumpir

en el Palacio no es una opción. Kaden nunca lo permitiría, no ahora, no nunca.

Me desplomo en mi sofá, consumido por la ira y la frustración.

Al mediodía, encuentro a Claus en su casa y le cuento todo lo que he presenciado, lo desesperado que estoy por salvar a Fiona. Claus escucha, su rostro marcado por la preocupación, y luego asiente.

—Te creo —dice—, y te ayudaré a escapar con Fiona.

El alivio me inunda mientras le agradezco, pero él levanta una mano.

—Tienes que decirle la verdad, León. Si planeas una vida con ella, merece saberlo todo.

Estoy de acuerdo, las palabras salen fácilmente, pero por dentro soy una tormenta de dudas. ¿Cómo puedo siquiera empezar a decirle la verdad sobre quién soy?

A las ocho en punto, escucho el crujir familiar de las hojas que anuncia su llegada a nuestro punto de encuentro en el bosque del Norte. Claus ha cumplido su parte; ha asegurado un bote para nosotros. Navegaremos por el río en el bosque del Sur y dejaremos Silverpine atrás, comenzando de nuevo, libres de las sombras que nos han perseguido por demasiado tiempo.

Pero cuando Fiona entra en el claro, algo en ella es diferente. Cuando la abrazo, siento la tensión en su cuerpo, la vacilación. Sus ojos, normalmente llenos de calidez, ahora parpadean con duda, con preguntas que parecen atormentarla. Es evidente que está luchando con algo, algo sobre mí.

El pánico me retuerce el estómago. Kaden. Debió haberle dicho algo, alguna versión de la verdad. Tengo que adelantarme a esto, controlar la narrativa antes de que se salga de control.

—Fiona, tengo que decirte algo —suelto de golpe.

Ella me mira directamente a los ojos.

—¿Es sobre mi maldición?

Un nudo se forma en mi garganta. Kaden se lo dijo.

—Sí, yo…

—¿Fueron tus padres quienes me maldijeron?

Un zumbido comienza en mis oídos. El miedo me paraliza, el miedo a perderla, a su desprecio y odio. Pero la verdad no puede seguir enterrada.

—Sí —susurro, apenas audible.

Un silencio profundo nos envuelve, espeso y sofocante. Fiona se aleja hasta sentarse en un tronco, su figura encorvada en derrota. Y entonces, la presa se rompe y sus sollozos llenan el bosque, cada uno una daga que se hunde en mi corazón.

Estoy cayendo, ahogándome en un mar de culpa y dolor.

—Fiona, lo siento.

—Me mentiste.

—Fiona, no, nunca te mentí. Solo… no te lo dije.

—¡Una mentira por omisión sigue siendo una mentira! —grita, levantando la cabeza para fulminarme con la mirada.

Si las miradas pudieran matar, sé que me haría pedazos en este instante, y me merecería cada momento de dolor. Mi respiración se entrecorta, como si mis pulmones se negaran a expandirse por completo. Lo que estoy diciendo no tiene sentido, y eso solo aviva más su furia. Lo veo—la esperanza que alguna vez tuvo en mí se está desmoronando, cayendo en un abismo que yo mismo cavé.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No pude.

—¡Pero lo sabías! Sabías quién me maldijo, y cuando te lo pregunté, me hiciste sentir como una estúpida.

Fiona se pone de pie, sus ojos marrones ardiendo con rabia.

—¿Fue por eso que te hiciste mi amigo? ¿Para burlarte de lo que hicieron tus padres? ¿O te acercaste a mí para terminar lo que ellos empezaron?

—¡No, no, Fiona, no es eso en absoluto! —digo frenéticamente, cayendo de rodillas

frente a ella. Extiendo mis manos para tomar las suyas, pero ella retrocede, fuera de mi alcance.

—No podemos perder tiempo en el pasado. Hay un bote en el bosque del Sur. Podemos irnos ahora, estar lejos de Silverpine al amanecer.

Pero ella sacude la cabeza, firme.

—No. Necesito saber por qué. ¿Por qué me maldijeron?

La desesperación se aferra a mi pecho.

—Fiona, por favor, vámonos.

Su voz se eleva con dolor.

—Dímelo, León.

—Está bien, te lo diré.

Respiro hondo, preparándome para el golpe final.

—Mis padres eran Débiles, avergonzados de no ser verdaderos cazadores. Idearon un plan para crear un arma, para absorber las habilidades de otros lobos. Querían poder, control. Experimentaron con animales, pero no era suficiente. Necesitaban... un cachorro especial. Tú, Fiona. Tú eras ese cachorro, nacida con el poder para albergar su hechizo, para convertirte en su arma.

Las lágrimas vuelven a recorrer su rostro, y siento mi propio corazón romperse en pedazos.

—Me avergüenzo de lo que hicieron. Cuando supe que eras tú, tuve que ayudarte. Era culpa, no maldad. Quería... necesitaba ayudarte a dominar tu maldición. Nunca quise burlarme de ti. Te lo juro.

—Ya no necesito tu ayuda. Ya no te necesito a ti. Adiós, León.

—Fiona, no, por favor. Déjame explicarte...

—Ya no me sirve de nada.

¿Cómo puedo convencerla de que se quede? Mentí, sí, pero solo para evitar que me viera como su enemigo.

Mi amor por ella es más grande que el que siento por mí mismo.

Cuando extiendo la mano hacia ella, Fiona se estremece y, aunque su ira es evidente, su repentino ataque me toma por sorpresa. Sus garras, que han rasgado la tela de sus guantes, me arañan el rostro, dejando ardientes rastros de dolor. Todo lo que puedo hacer es mirarla, atónito.

—¡No me toques! —Su voz es un gruñido, sus ojos arden, sus colmillos al descubierto. Puedo sentir la sangre caliente deslizándose por mi piel.

Se quita el guante de la mano derecha, sus dedos desnudos amenazantes.

—Acércate a mí otra vez y te tocaré —advierte, su voz fría y dura—. Y cuando lo haga, perderás más que solo sangre. Perderás tu propia naturaleza, tu capacidad de transformarte. Recuérdalo.

—Fiona, no—

—Deberías escucharla, León.

Kaden emerge de las sombras, su presencia como un escalofrío en el aire. Fiona comienza a hablar:

—Kaden, yo no quería…

Pero el Alfa no le da tiempo a terminar. Avanza con pasos firmes, cerrando la distancia entre ellos, y toma su mano con un agarre firme, posesivo.

—No necesitas explicarte, Fiona —dice con voz suave, cortando cualquier intento de réplica—. Hiciste lo correcto al venir aquí, al terminar con él.

Estoy temblando de rabia, pero esta se mezcla con el miedo. Miedo de cómo se sentiría Fiona si iniciara una pelea con su esposo. Kaden dirige su mirada gélida hacia mí.

—León, te irás de Silverpine. Tienes una hora, o daré la orden de arrestarte. ¿Quién sabe? Tal vez incluso tengas una reunión adecuada con los huesos de tus padres en la prisión de Silverpine, en el bosque del Oeste.

Tira de Fiona, y ella no se resiste, ni siquiera mira hacia atrás.

La finalidad de su silencio es todo lo que necesito escuchar.

Me quedo solo. El dolor de su ausencia me aplasta más allá de toda redención.

Por primera vez desde que la verdad sobre mis padres salió a la luz, dejo que las lágrimas caigan.

Me encuentro en la taberna donde una vez la llevé. El reloj avanza, marcando el tiempo que me queda en la manada de Silverpine. Me quedan unos 45 minutos para irme.

Si desafío la orden de Kaden, enviará a sus guardias tras de mí. Habiendo servido como guardia del palacio, sé muy bien lo hábiles que son para rastrear a alguien.

Pero no quiero irme. No puedo irme sin Fiona.

De repente, alguien me da una palmada en la espalda, derramando mi bebida.

Mi mejor amigo se planta frente a mí con una expresión de desconcierto. Probablemente se pregunte qué sigo haciendo aquí. Sí, lo sé, Claus. Para este momento, debería estar en un bote con Fiona.

—No esperábamos encontrarte aquí.

—¿Nosotros?

—Sí. Aurelia y yo.

Es entonces cuando la veo—Aurelia, a unos pasos de distancia, y... bueno, está deslumbrante.

Su cabello es un rubio miel que cae en suaves rizos, capturando la luz cada vez que se mueve. Es joven, quizás a finales de sus veintes, con una elegancia natural. No es demasiado alta, pero se mueve como si estuviera acostumbrada a ser observada, de pie en ese vestido amarillo.

Pero no es cualquier vestido. Es el tipo de vestido que se ajusta justo como debe, resaltando su figura sin exagerar. Y sus ojos... son otra cosa—como si un fragmento del cielo estuviera atrapado en ellos, y en este momento, me están sonriendo. Es hermosa,

no hay otra forma de decirlo.

Levanto una mano en un saludo torpe.

—Hola.

—Hola —responde ella con una sonrisa.

Aurelia Camelin es la hija de Jacobe. Es un viaje por la nostalgia; cuando Kaden, Claus y yo éramos adolescentes, todos teníamos un pequeño enamoramiento por ella. Era menor que nosotros, sí, unos siete años más joven, pero eso no impedía que nuestros corazones adolescentes se aceleraran cada vez que estaba cerca.

Recuerdo aquellos días con claridad—cómo me sudaban las manos, cómo ensayaba palabras en mi cabeza solo para que salieran todas mal, o peor aún, para que no saliera ninguna.

Cada vez que me miraba, me quedaba con una sonrisa ridícula en el rostro. Y si nuestras manos se rozaban por accidente, era como si me atravesara un rayo.

—¿Cómo has estado, León? —Aurelia vuelve a hablar.

—Oh, he estado genial. Viviendo la vida —respondo, echando un vistazo al reloj de la taberna. 30 minutos.

—León, ¿qué estás…? —Claus se interrumpe a sí mismo al notar la mirada de Aurelia. Sonríe y dice—: Disculpa un momento.

Me agarra por el cuello de la camisa, tirando de mí fuera del taburete y llevándome a un rincón apartado de la taberna.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar…?

—Algo surgió.

Claus me observa detenidamente.

—¡Por Dios, León! ¿De verdad vas a dejar que Fiona te destroce así? Te ves horrible. ¿Has estado llorando? —susurra bruscamente.

Dejo escapar un gruñido de disgusto.

—Está bien, está bien. No me voy a matar por ella, ¿de acuerdo? Pero necesito que

hagas algo por mí. Tienes que infiltrarte en el Palacio.

—¿Para qué?

—Para decirle a Fiona que he descubierto el juego de Kaden. No se casó con ella por amor ni por arrepentimiento. Está detrás de su maldición, de su poder. Quiere usarla como un arma, igual que mis padres intentaron antes. Quiere infundir miedo, controlar a la gente con la amenaza de que Fiona puede despojarlos de su capacidad de transformarse.

Claus frunce el ceño.

—¿Y cómo planea hacer eso?

Sacudo la cabeza.

—No tengo todas las piezas aún, pero sé lo suficiente como para decirte que Fiona está en peligro. Para Kaden, ella no es su esposa, es un medio para un fin. Tienes que sacarla antes de que sea demasiado tarde.

—No sé qué decir. ¿Y qué hay de ti?

—Kaden me ha dado 25 minutos para irme de Silverpine.

—Entonces, aprovéchalos.

—No entiendo.

Claus asiente en dirección a Aurelia, con una mirada de complicidad.

—Ella preguntó por ti, León. Quiere pasar unos minutos contigo. Creo que le gustas.

Por dentro, estoy hecho un desastre. Lo último que quiero es engañar a Aurelia o fingir que mi corazón no está destrozado.

Pero tampoco soporto la idea de lastimarla, no después de la ilusión que tuvimos con ella cuando éramos niños.

Solo por los viejos tiempos… y tal vez para encontrar un pequeño respiro en medio de mi propio dolor…

—Está bien, pasaré un rato con ella —le digo a Claus, tratando de esbozar una

sonrisa—. Tú ve a hablar con Fiona.

Me da una palmada en el hombro, su rostro, por una vez, serio.

—Haré lo que pueda —promete, y luego se marcha, dejándome solo para recoger los pedazos de mí mismo y poner mi mejor cara para Aurelia.

Para mi sorpresa, disfruto pasar tiempo con Aurelia. No lo esperaba, porque normalmente no encuentro placer en la compañía de nadie. Pero hay una sensación persistente dentro de mí, una verdad que solo confieso en los rincones más silenciosos de mi mente—la estoy usando como distracción, como un sustituto, porque ella no es Fiona.

Aurelia es diferente; es ingeniosa, inteligente, y sus peculiaridades la hacen aún más cautivadora. Es independiente, no me necesita, pero por alguna razón, me quiere. Y una parte de mí se pregunta si mi incomodidad proviene de un complejo de héroe. Debería ser algo bueno, ¿no? Que me elija simplemente por ser yo.

Con ella, no tengo que ocultar nada, no hay secretos que guardar, no hay miedo a no ser suficiente. No cargo con la culpa de pecados que no cometí. Con Aurelia, solo somos nosotros.

Pero a pesar de nuestra conversación, de la risa y la conexión, empiezo a desear que ella fuera Fiona.

Cada sonrisa, cada broma… es su rostro el que veo, su risa la que escucho en mi cabeza.

Aurelia es maravillosa, pero no es la dueña de mi corazón.

Y por más que intento perderme en el momento, por más que intento apreciar a la mujer frente a mí, mi corazón duele por la que no está.

Capítulo Veintiuno - Fiona

Kaden atraviesa un trozo de carne cruda con su tenedor y me mira.

—¿Vas a seguir con esa actitud, o vas a comer algo de una vez?

Levanto la vista de mi plato intacto.

—No estoy de mal humor.

No es verdad, y ambos lo sabemos. He estado así todo el día, y la razón no es un secreto entre nosotros. Kaden y yo estamos atrapados en este matrimonio incómodo, sintiéndonos más como extraños que como compañeros. No puedo negar que la indiferencia de Kaden, desde que me reveló la verdad sobre León, ha sido inquietante.

Kaden deja escapar un suspiro, secándose la boca con una servilleta antes de fijar su mirada en mí.

—No puedes engañarme, Fiona.

—Kaden, ¿podemos no hacer esto ahora? Dejé de verlo, ¿de acuerdo? Han pasado, ¿qué, una hora desde que le dijiste que abandonara la manada? León probablemente ya está a kilómetros de aquí.

Kaden abre la boca para responder, pero el momento se interrumpe cuando un guardia entra, inclinándose respetuosamente antes de susurrarle algo al oído con urgencia. Los ojos de Kaden nunca se apartan de los míos, ni siquiera mientras escucha al guardia. Con un breve asentimiento, se pone de pie y se disculpa con un escueto:

—Esto no tomará mucho tiempo.

Luego sigue al guardia fuera de la habitación, dejándome sola con los fantasmas de nuestra conversación.

Me quedo allí sentada, mirando la silla vacía donde Kaden estuvo momentos antes, luchando contra las lágrimas que amenazan con derramarse. No quiero pensar en León, en cómo probablemente ya está más allá de las fronteras de Silverpine. Es demasiado

honorable, demasiado leal para desafiar la orden de Kaden, incluso por mí.

El dolor de lo que he aprendido sobre mi maldición, sobre León, es como una herida que no cicatriza. El hombre que creí conocer, el hombre que pensé que podría ser mi salvación, estuvo atado a esta maldición todo el tiempo. La traición arde, y no es solo la mentira lo que duele—es la realización de que mi maldición, mi propia existencia, ha sido nada más que una herramienta para las ambiciones de otros.

Me envuelvo en mis propios brazos, intentando sostener los pedazos de mis ilusiones rotas. El peso de la soledad me aplasta, un manto pesado del que no puedo deshacerme. La ausencia de León es un vacío, un espacio frío donde antes había calidez.

Cuando reúno fuerzas para levantarme, Kaden regresa.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta con dureza.

—A mi habitación.

—No, te quedas aquí.

Es entonces cuando ya no puedo contenerlo más.

—No te importa, ¿verdad? —lo acuso, mi voz temblando—. Toda esta amabilidad no es más que una farsa porque una vez me rechazaste. Y León… ni siquiera fue su culpa. Sus padres me maldijeron, no él. Me equivoqué al alejarlo. Tengo que encontrarlo, decirle que lo siento.

La voz de Kaden es una cuchilla de hielo.

—No te atrevas a moverte.

Pero no puedo quedarme quieta, no con mi corazón gritando por León. Intento pasar junto a Kaden, pero su reacción es rápida y brutal. Su mano se cierra alrededor de mi cuello, su agarre es de hierro. Me obliga a tragar algo—su olor es amargo, una mezcla de hierbas conocidas por hacer que un lobo pierda la conciencia.

El mundo comienza a girar, mis pensamientos dispersándose como hojas al viento. La confusión y la traición me retuercen el estómago mientras miro a los ojos de Kaden, buscando una respuesta, una razón…

Pero la oscuridad me arrastra antes de poder encontrarla.

Parpadeo, intentando ajustar mis ojos a la penumbra de la habitación. Estoy sentada en el suelo, mis manos encadenadas por encima de mi cabeza. Un gemido escapa de mis labios cuando un dolor punzante late en la parte posterior de mi cabeza.

—Miren quién finalmente despertó —dice Kaden, emergiendo de las sombras.

—¿Qué… qué está pasando? —Tiro de las cadenas, gimiendo cuando el metal se clava en mis muñecas—. ¿Qué demonios está pasando, Kaden? ¡Déjame ir!

Da un paso completo hacia la luz, y me encuentro con la mirada más fría que he visto jamás.

—Lo siento, no puedo hacer eso.

—¿Cómo que no puedes? ¿Estás loco?

Se encoge de hombros, el gesto casual, casi relajado. Escaneo la habitación rápidamente. Las paredes son de piedra, y estamos en un espacio grande, lo suficientemente amplio para albergar al menos a diez personas más. Kaden se apoya contra una plataforma de piedra en el centro de la habitación.

Hay algo oscuro, siniestro, en su mirada que activa todas mis alarmas. Kaden es peligroso en este momento.

Aflojo mi postura en las cadenas, tanto para evitar más lesiones como para dar la impresión de que no intentaré huir.

—Kaden… ¿esto es por lo que pasó con León? Sé que cometí un error, yo solo…

Su risa maníaca me interrumpe, resonando por toda la habitación. Se ríe y se ríe, y me irrita.

—¿De verdad crees que haría todo esto solo porque eres una ramera infiel? No eres tan importante.

—¿Entonces por qué? —presiono, mi voz firme a pesar del miedo.

La risa de Kaden se desvanece, y me clava una mirada que me hiela hasta los

huesos.

—Poder, Fiona, poder. Cuando te conocí, me di cuenta de que fui un tonto al dejarte ir. Tenía sentimientos por ti cuando nos conocimos, tal vez incluso te amé. Pero mi padre prohibió nuestra unión de la manera más humillante posible.

Se aleja del altar, baja la mirada hasta encontrar la mía y sostiene mi barbilla con suavidad. Si sus ojos no fueran tan fríos, tal vez su ternura me habría afectado. Pero aquí estoy, encadenada como un animal a las paredes de la cueva.

—Lamento sinceramente el dolor que te causé, mi dulce Fiona. No fue mi elección. Me destrozó verte sufrir, marginada por un decreto sin sentido. Y luego, movido por la curiosidad, comencé a preguntarme sobre tu maldición. Y fue justo a tiempo para mi ascensión como Alfa.

Kaden nunca me ha hablado tanto antes, y estoy tan ansiosa por escuchar más como él lo está por contarlo.

—Una vez que me convertí en Alfa, experimenté el verdadero poder. La gente me obedecía, me ofrecía información a cambio de mi favor. El conocimiento no tiene precio, es más valioso que la riqueza. Descubrir que los padres de León fueron quienes te maldijeron fue intrigante. Pero el resto… es aún más fascinante.

—¿Cuál es el resto? —pregunto.

—Me reservaré la mejor parte para después —responde con burla.

—¿Planeas matarme?

—No, te necesito viva para mi plan. No puedes morir… al menos, no todavía.

Capítulo Veintidós - León

Aurelia es todo un espectáculo, colgando de una rama de árbol con las piernas firmemente envueltas alrededor de ella, su cuerpo suspendido en un abrazo invertido. Su cabello cae en cascada, ocultando su rostro hasta que aparto los mechones dorados. Entonces, sus ojos se encuentran con los míos, los mismos que me cautivaron hace tantos años. Ella sonríe.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto divertido.

—Meditando —responde, como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Colgando de tus piernas?

Asiente.

—Es relajante. Toda la sangre se va a mi cabeza, me hace sentir ligera, libre.

No puedo evitar reírme.

—Sabes que no eres un murciélago, ¿verdad?

—Solo tienes envidia porque eres demasiado pesado para hacer esto.

Saca la lengua en una burla juguetona, y me río. Es divertido estar con Aurelia, pero no puedo quedarme aquí por mucho tiempo. Han pasado dos horas y ya estoy desafiando la orden de Kaden.

Justo en ese momento, Kara aparece, liderando el camino, con un tipo llamado Mikael siguiéndola de cerca.

—¿Por qué ustedes dos no están quitándose la ropa y bailando como todos los demás ahora mismo? —balbucea Kara, su voz arrastrada por el alcohol.

Es esa época del año otra vez, el umbral del nuevo año, cuando la tradición de Silverpine nos llama a desnudarnos bajo la luna llena y transformarnos. Es un momento de unión, aunque no obligatorio.

Debería haberme ido de Silverpine hace horas, pero aquí estoy, estancado,

aferrándome a la mínima esperanza de que Claus regrese con noticias sobre Fiona—o mejor aún, con Fiona misma.

Intento apartar los pensamientos sobre cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que la vi, aunque solo hayan sido unas horas. Como Alfa y Luna, se espera que ella y Kaden participen en la transformación esta noche. La idea de ver a Fiona transformándose junto a Kaden es insoportable.

La transformación no es solo una forma de conexión; es una rara oportunidad de ver a los demás en su forma de lobo, algo que rara vez hacemos a menos que sea necesario.

—Eh... necesito irme —murmuro, poniéndome de pie.

El rostro de Aurelia se ensombrece mientras salta del árbol.

—¿Por qué tienes que irte? —pregunta con un deje de decepción en su voz.

No puedo decirle la verdad, así que simplemente le sonrío.

—Me divertí esta noche. Gracias, Aurelia. Espero verte de nuevo.

Kara, ahora sentada en un tronco, interviene:

—Oh, casi lo olvido. Rowe mencionó que hay alguien que trabaja para el Alfa, alguien que ha cambiado de opinión. Creo que dijo que esta persona es...

Antes de que pueda terminar, Bruce, el padre de Kaden, irrumpe en el claro, acompañado por una criada del Palacio visiblemente alterada.

—Lord Bruce? —Me inclino respetuosamente cuando pasa junto a mí, su presencia imponente sin necesidad de palabras.

Los demás también reaccionan sorprendidos, inclinándose apresuradamente, pero Bruce descarta las formalidades con un gesto de la mano.

—Sí, sí, basta de eso.

Fija su mirada en mí.

—Necesito hablar contigo, en privado.

Luego asiente hacia la criada.

—Ven con nosotros, Diana.

Mientras nos alejamos de Aurelia, Kara y Mikael, una sensación de inquietud me invade.

¿Por qué el padre de Kaden me buscaría?

¿Sabe sobre mi destierro? Quizás está aquí para asegurarse de que deje Silverpine.

—Esto es sobre Kaden, mi hijo —comienza Bruce—. Me temo que he perdido toda influencia sobre él. Diana, por favor, dile a León lo que acabas de decirme.

Diana comienza a hablar, su voz temblorosa. A pesar de su tartamudeo, entiendo la gravedad de sus palabras.

Ella estaba cerca del comedor cuando vio a Kaden llevarse a Fiona—secuestrarla.

Un escalofrío helado se instala en mi pecho.

—Espera, ¿qué quieres decir con "se la llevó"?

—Se la llevó. La raptó —responde Bruce por ella.

Mis piernas tiemblan, como si fueran a fallarme en cualquier momento.

Mi corazón late tan fuerte que juro que es el único sonido en el mundo ahora mismo. Hay una parte salvaje de mí que quiere correr, transformarme en lobo y lanzarme a la noche hasta encontrar a Fiona.

Está ahí fuera, asustada y sola, y me está matando no estar con ella.

Tengo que encontrarla, tengo que salvarla.

Pero no puedo perder la cabeza ahora. Kaden está jugando su juego, y no puedo dejar que gane.

—Kaden planeaba hacer algún tipo de ritual para transferir su poder a él —continúa Bruce—. Encontró un hechizo capaz de hacerlo. Pero luego, empezó a buscar algo más.

—¿Como qué?

—Siempre busca más, ¿no? —Bruce sacude la cabeza—. No sé qué es, pero conociendo a Kaden, no es nada bueno.

—¿Qué podría ser peor que robar la maldición de Fiona para sí mismo? —pregunto, aunque una parte de mí teme la respuesta.

Un pensamiento oscuro me atraviesa la mente. Si Kaden tiene éxito, Fiona quedaría libre de su maldición. Pero la idea de que Kaden tenga el poder de despojar a cualquier lobo de sus habilidades a su voluntad… eso es aterrador. Se convertiría en un tirano imparable. Y hay un miedo creciente en mi interior—¿qué si el ritual para arrebatarle la maldición termina matándola?

El riesgo es demasiado alto, y no puedo permitir que eso suceda. No a Fiona. No a nadie.

—Estamos perdiendo el tiempo, ¿verdad? León, tu amor por Fiona no es ningún secreto. La amargura de Kaden por ello ha llegado incluso a mis oídos. Por eso estoy aquí. Salva a Fiona, y al hacerlo, salva a mi hijo de sí mismo. Hazlo por la amistad que una vez compartieron.

—¿Sabes si Kaden la llevó a la cueva en el bosque del Sur?

Bruce niega con la cabeza.

—No. Encontré sus planes en su estudio. Está construyendo un altar en el bosque del Oeste, en la misma prisión donde ejecutaron a tus padres. Estoy seguro de que la encontrarás allí.

La revelación me golpea como una ola violenta. Kaden ha regresado al lugar donde mis padres encontraron su final, donde esta pesadilla comenzó.

Y ahora, está a punto de comenzar otra.

Me preparo para transformarme, listo para actuar, pero Bruce me detiene.

—No puedes ir solo. Es más seguro contar con ayuda. Yo iría contigo, pero ya no soy el guerrero que una vez fui. Solo te retrasaría.

Tiene razón. Necesitaré ayuda si quiero enfrentar a Kaden y el oscuro ritual que está planeando.

La vida de Fiona, y el destino de Silverpine, están en juego. Debo actuar, y debo

hacerlo ahora.

Regreso a donde están Kara, Mikael y Aurelia. Kara está demasiado borracha para ser de ayuda, pero recuerdo una hierba, Soberroot, conocida por sacar a los lobos de su estado de embriaguez. Es difícil de encontrar, pero sé dónde buscar.

Antes de pedir su ayuda, debo decirles la verdad—sobre mí y Fiona.

La verdad destrozará a Aurelia.

Pero no hay otra opción.

Me preparo para el dolor que estoy a punto de causar y espero que, a pesar de todo, decidan ayudarme a salvar a Fiona.

—Chicos, necesito su ayuda. A todos ustedes. Pero antes, hay algo que deben saber.

Capítulo Veintitrés - Fiona

Mientras Kaden comienza el ritual, una sensación de inquietud se apodera de mí. Ahora estoy extendida sobre un altar de piedra, con las cadenas alrededor de mis muñecas y tobillos apretándose aún más, sujetándome con fuerza. Cada aguja que clava en mi ombligo envía un dolor agudo a través de mi estómago, extendiéndose por todo mi cuerpo.

El dolor crece con cada palabra que Kaden entona, su voz resonando en mis oídos, oscura y perturbadora. Mi cabeza late al compás de su cántico, haciendo que el sufrimiento se intensifique aún más. Quiero gritar, quiero liberarme, pero estoy atrapada, sumida en una pesadilla que no tiene fin.

Entonces, Kaden corta la palma de mi mano; el filo me atraviesa como un escalofrío helado en mis venas, dejándome entumecida. Impotente, observo cómo mi sangre llena un cuenco en sus manos. Él bebe con un gemido de satisfacción, saboreándola como si fuera el más exquisito manjar.

—Nadie está buscándote —dice Kaden por primera vez desde que comenzó este estúpido ritual.

No se equivoca, y esa verdad me duele más que la tortura misma. Estoy completamente sola—sin amigos, sin familia, ni siquiera León.

En este momento, desearía tener algún medio mágico para llamar a alguien, para suplicar por ayuda. Pero incluso si pudiera contactar a León, ¿vendría por mí después de que lo alejé? Mientras miro a Kaden, intento comprender qué pudo haberlo llevado a este extremo.

A través del dolor, reúno fuerzas para preguntar:

—¿Qué me estás haciendo, Kaden?

Kaden se detiene, sus ojos brillando con un destello helado.

—Al principio, pensé en tomar tu maldición para mí, pero mis ambiciones han crecido. Después de descubrir lo que los padres de León te hicieron, decidí investigar más sobre el arma que crearon. Lograron crearte, pero nunca entendieron la magnitud de lo que hicieron.

Pasa su lengua por su labio superior antes de continuar.

—No me limitaré a quitarte la maldición… Voy a usarla para matar a todos los lobos. Luego, junto a mi amigo y algunas lobas que he elegido, crearemos una nueva raza de lobos. Criaturas de inmenso poder, capaces de extinguir vidas humanas con un simple toque, de curarse instantáneamente, de superar la fuerza y velocidad de cualquier bestia, inmunes a los ataques fatales—plata, acónito y decapitación.

Hace una pausa, observándome con una sonrisa cruel.

—Todo este poder yace latente en tu maldición, pero Ethan y Betty nunca lo supieron.

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—¿Quién es tu amigo?

Kaden se inclina sobre mí, su aliento fresco contra mi piel mientras traza un dedo por mi mejilla.

—Oh, es alguien que conoces muy bien. Alguien que ha estado ayudándome en las sombras. Y ahora, es tu turno de ayudar. Relájate y deja que extraiga suficiente de tu sangre para iniciar la putrefacción que exterminará a todos los lobos.

—¿Putrefacción?

—Sí. La maldición que estoy extrayendo de ti hará que cada lobo se marchite desde adentro hasta morir. No podrán curarse. Pero mi amigo, las lobas que hemos elegido para la nueva era y yo beberemos una porción de tu sangre, lo que nos hará inmunes a la putrefacción.

El terror me invade, no por el frío de la habitación, sino por la espantosa certeza de que el plan de Kaden refleja las pesadillas que me han atormentado—visiones de un

mundo donde todo y todos se desmoronan hasta no ser nada.

—¡Estás loco! —le escupo en la cara, viendo cómo la saliva se desliza por su mejilla —. Y créeme, esto no va a pasar. Eres solo un delirante.

Kaden estalla en carcajadas, limpiándose el rostro.

—Si ser un delirante me convierte en el hombre más poderoso del mundo, entonces que así sea.

—No va a funcionar.

Él sonríe, mostrando sus colmillos.

—Déjame ser yo quien lo juzgue.

—No vas a salirte con la tuya. Incluso si yo no puedo detenerte, alguien lo hará.

—Lo dudo.

En ese momento, el eco de pasos resuena en la caverna. Kaden se gira, con una sonrisa torcida en su rostro.

—Ah, mi amigo ha llegado.

Se aleja de mí para recibir al recién llegado.

—Oh, llegaste justo a tiempo para beber de su sangre. ¿Trajiste a las dos lobas elegidas?

Sus voces se amortiguan, pero la respuesta llega clara como el día:

—Están afuera, inconscientes.

El pánico me atraviesa como un rayo. Reconozco esa voz.

Es Claus.

Claus, el amigo de León.

El miedo me aprieta el pecho. El mundo entero parece girar a mi alrededor. La traición me duele más que cualquier tortura que Kaden me haya infligido.

Claus, trabajando con Kaden.

Traicionando a León.

Dios, esto lo va a destrozar.

De repente, un estruendo rompe mi agonía. Otra persona—o quizás varias—irrumpen en la cueva.

Un aroma familiar me golpea incluso en mi aturdimiento.

Sé quién es.

¡León!

—¡Fiona! —grita, su voz lejana.

El dolor es insoportable, nublando mi visión y ahogando mi voz. Quiero llamarlo, suplicarle que me salve, pero las palabras no salen.

Todo lo que puedo hacer es esperar que vea la verdad en mis ojos—que lo necesito ahora más que nunca.

Capítulo Veinticuatro - León

El plan es llegar a la cárcel del Bosque del Norte y evaluar la situación antes de irrumpir para salvar a Fiona. Estamos a oscuras sobre cuántas personas trabajan para Kaden o qué esperar, aunque es probable que no anticipe nuestra llegada.

Bruce asiente para que Diana nos acompañe. No llama a ninguno de los guardias del Palacio porque no podemos saber si están de nuestro lado o del de Kaden. Recuerdo que Kara dejó caer una bomba: hay alguien más trabajando para Kaden además de Rowe. Pero antes de que pueda apartarla y preguntarle quién es, tenemos que ponernos en marcha. Así que Aurelia y yo tomamos un camino, mientras que Mikael, Kara y Diana van por otro.

El Bosque del Norte se siente vivo, un misterio bajo el hechizo brillante de la luna. Me atrae, llenándome de un poder silencioso. Aquí, los árboles son densos, enmarañados, imponentes, y albergan sombras que bailan, haciéndote dudar de tus propios ojos. Sacudo la cabeza; este es el lugar al que enviaron a mis padres y creo que lo merecían.

Pero estoy decidido: este bosque no será el final de la historia de Fiona, ni el comienzo del cruel reinado de Kaden. No mientras yo esté aquí.

Aurelia camina adelante, sin siquiera mirarme de reojo. Ha estado en silencio desde mi confesión de que amo a Fiona y que necesito su ayuda para salvarla. Le debo una disculpa, una de verdad, cuando todo esto termine.

A medida que nos acercamos, la cárcel del Bosque del Oeste se alza con una figura imponente contra la noche. Sus muros de piedra, rugosos y cubiertos de musgo, emergen de la tierra, tercos y antiguos. Pequeñas ventanas salpican las paredes, demasiado altas para mirar dentro, con barrotes que atrapan la luz de la luna. La puerta es una gruesa losa de madera, pesada y desgastada, con un anillo de metal como manija.

Es el tipo de lugar que parece haber estado aquí desde siempre, esperando en la quietud del bosque.

Se oyen pasos crujir en el suelo del bosque detrás de nosotros, y me posiciono instintivamente entre el sonido y Aurelia, listo para defendernos. Pero solo son Kara, Mikael y Diana, emergiendo de las sombras tras haber rodeado el perímetro de la cárcel.

La voz de Aurelia es baja pero firme cuando me dice: "No necesito tu protección".

Está realmente molesta conmigo.

Kara informa: "Solo vimos cinco de los hombres de Kaden en nuestro lado".

Asiento, recorriendo al grupo con la mirada. "Bien, yo vi a cuatro hombres. Dividámonos y cubramos más terreno".

Sin dudarlo, Aurelia da un paso adelante. "Iré con Mikael. Nos encargaremos de los hombres del otro lado".

Su determinación de mantener la distancia es evidente, pero no puedo decir que realmente me moleste. Todo en lo que puedo pensar es en encontrar a Fiona y en la esperanza de no llegar demasiado tarde para salvarla.

Mientras nos acercamos a los guardias, me vuelvo hacia Kara. "Recuerda, nos mantenemos humanos para esta pelea. Intentarán transformarse, pero debemos terminar esto rápido".

"¿Por qué no podemos transformarnos?", pregunta con el ceño fruncido.

"Porque si cambiamos, el Alfa captará nuestro olor mucho antes de que pongamos un pie en la cueva. Necesitamos el elemento sorpresa de nuestro lado. Como lobos, somos una bengala de advertencia para el Alfa".

Mi declaración es seguida rápidamente por un silbido agudo de Kara que de inmediato atrae la atención de los guardias. Se tensan, listos para cambiar a su forma de lobo. Pero ella se mueve como una sombra, atacando al primer guardia con precisión mortal: sus cuchillos se hunden en su cuello. Su último gorgoteo queda ahogado por los gritos de sus compañeros que se lanzan sobre ella.

Estoy justo allí con ella, rápido como el viento. Mis manos se mueven con agilidad, bloqueando un golpe, mientras mi puño impacta en la mandíbula de un guardia.

"¡Ve por el corazón!", grito, incluso mientras esquivo el desesperado ataque de un guardia.

Intentan transformarse, sus cuerpos contorsionándose, pero somos más rápidos. Un guardia se abalanza sobre mí, su rostro retorciéndose, pero estoy listo. Mis manos encuentran su pecho y, con un movimiento rápido y brutal, atravieso su carne y le arranco el corazón.

La batalla continúa, y pronto Mikael, Diana y Aurelia se unen al combate. Juntos, nos movemos como una fuerza de la naturaleza, imparables, defendiendo contra el ataque y asegurándonos de que ninguno de nuestros enemigos viva para completar su transformación.

Las manos y el rostro de Aurelia están manchados de sangre y salpicaduras de carne. "¡Ve! Nosotros nos encargamos".

No estoy convencido, especialmente cuando más hombres empiezan a surgir de las sombras. Kara me empuja hacia adelante con urgencia. "¡León, ve! ¡Ella te necesita!"

En cuestión de segundos, Aurelia se transforma en su forma de lobo. Sus ojos brillan con un intenso lila, casi blanco, mientras sus orejas se alargan y afilan. Aurelia arquea la espalda, un gruñido bajo retumbando en su garganta mientras su cuerpo se retuerce y expande. Es una transformación rápida, y de repente, un lobo blanco gigantesco se alza ante mí, mucho más grande de lo que su forma humana jamás sugirió.

Su aullido atraviesa la noche, y el resto del grupo la sigue, transformándose en sus formas de lobo. Mikael salta sobre un guardia, derribándolo y apuntando a su garganta. Sus dientes se hunden en la carne del guardia, arrancándola mientras la sangre salpica su pelaje.

Los guardias se preparan, transformándose en lobos. Mi mirada se debate entre la batalla y la entrada de la cárcel. Estoy atrapado en una lucha interna: quedarme y pelear

para asegurarme de que ningún enemigo quede en pie, o correr a salvar a Fiona.

"¡Ve ahora!" La voz de lobo de Mikael me sacude y me impulsa hacia la entrada.

La entrada de la cárcel está iluminada por antorchas, su luz parpadeante guía mis pasos. A medida que me interno más, las sombras dan paso a una visión perturbadora: dos lobas inconscientes, encadenadas. Las reconozco; ambas sirven en el Palacio. La confusión me invade. ¿Por qué Kaden las secuestraría? ¿Qué plan siniestro tiene en mente el alfa que involucra a estas mujeres y a Fiona?

Empujo hacia adelante, entrando en una enorme cámara con una gran celda. Allí, veo a Kaden, sumido en una conversación con Claus, mientras Fiona yace encadenada sobre un altar.

"¡Fiona!" grito, mi corazón golpeando en mi pecho mientras corro hacia ella. Se está desvaneciendo, su conciencia escapando.

Kaden no había notado la batalla afuera, demasiado absorto en su conversación con Claus. ¡Espera! ¿Claus? ¿Qué hace Claus aquí?

Levanto la cabeza, mi mirada se fija en él y la neblina de confusión comienza a despejarse. Un entendimiento nauseabundo se apodera de mí, la idea de la traición cobra sentido. No quiero creerlo, que Claus, alguien en quien confié, esté aliado con Kaden.

"¿Claus?"

Las mejillas de Claus se tiñen de vergüenza, pero intenta recomponerse con desesperación. Sus ojos se desvían por un momento, incapaces de encontrar los míos, antes de cuadrar los hombros, tratando de proyectar una confianza que su expresión anterior ya ha traicionado.

Kaden, en cambio, luce una sonrisa satisfecha. "Hola, León," me saluda.

"¿Qué está pasando aquí?" Eso lo digo yo.

"Oh, Claus trabaja para mí. No es un cobarde como tú. Me dijo que estabas siguiéndome y así supe que me perseguías hasta el Bosque del Norte."

Miro a Claus, esperando a medias que estalle en carcajadas y luego traicione a Kaden, arrancándole el corazón por la espalda. Se giraría hacia mí y diría que todo era su plan desde el principio: ganarse la confianza de Kaden, acercarse y luego acabar con él. Pero Claus no se mueve. Permanece inmóvil, sus ojos ahora son una máscara, ocultando lo que siente. El aguijón de la traición es agudo, y lucho por contener las lágrimas.

"¿Por qué, Claus? ¿Por qué?"

"Porque soy un Débil," responde Claus después de unos segundos de silencio.

"¿Un Débil?" grito. "Pero eres el lobo más valiente que he conocido. ¡Eres un gran cazador!"

"Todo fue una mentira," responde Claus, su voz profunda resonando en la cueva. "Mentí sobre mí mismo. No puedo cazar. Pagué a alguien para que lo hiciera por mí. Y no soy valiente. Siempre fue fácil para ti vencerme cuando éramos niños. ¿Recuerdas? Si el ritual de Kaden va a convertirme en un mejor lobo, ¿quién soy yo para decir que no?"

"¿Quieres ser un mejor lobo a costa de la vida de Fiona?" le espeto a Claus, mi voz cargada de incredulidad y rabia. Me acerco a él, cada paso pesado con furia, pero entonces Kaden se interpone, un muro entre nosotros.

"Detente, León," ordena, y su voz de alfa cae sobre mí como un trueno. Me detengo contra mi voluntad. Los ojos de Kaden son profundos, rojos como la sangre, y me sujetan en su lugar, un poder contra el que no puedo luchar. Es más fuerte ahora.

"Apesta, ¿verdad?" La voz de Kaden es casi alegre. "Perder a tus dos mejores amigos. Uno, un Alfa al que no puedes derrotar, y el otro... bueno, él es el cuchillo en tu espalda, ¿no?"

"¡Que te jodan, Kaden!"

"Gracias por tus amables palabras, León. Y en cuanto a tus amigos que están afuera, te ahorraré el horror de verme matarlos."

El control de Kaden es como hierro, pero el pánico me da fuerza. No puedo dejar

que haga daño a Fiona o a mis amigos. Lucho contra su control, cada músculo tensándose. Necesito sacar a Fiona de aquí, poner a todos a salvo. Los planes de Claus y Kaden que se vayan al infierno. ¡Tenemos que escapar ahora!

Justo entonces, la entrada de la cueva tiembla con la fuerza de mis amigos irrumpiendo. Kara se lanza contra Kaden, intentando tomarlo por sorpresa. Pero Kaden, con los reflejos de un verdadero Alfa, gira sobre sus talones y la atrapa en el aire por el cuello. El sonido nauseabundo de su lucha por respirar llena la caverna.

La distracción rompe el control de Kaden sobre mí. Estoy libre, y con una oleada de adrenalina, me lanzo hacia Claus, mi forma de lobo estallando a través de mi piel. Mis patas golpean el suelo, levantando polvo mientras acorto la distancia entre nosotros.

Los ojos de Claus se agrandan cuando se prepara para el impacto, pero estoy sobre él antes de que pueda transformarse. Mis mandíbulas chasquean a centímetros de su rostro. La ira me quema por dentro mientras mis garras rasgan sus costados, buscando inmovilizarlo. Lanza un golpe, pero lo esquivo; mis dientes encuentran su brazo, mi agarre es de hierro. Claus se retuerce bajo mí, su forma humana luchando por cambiar, pero soy implacable. Quiero que pague por traicionarme.

Con un súbito empujón, Claus se revuelve y me lanza fuera de balance. En un abrir y cerrar de ojos, se transforma en un lobo, pero ahora que sé que es un Débil, su imponente físico no me intimida. Cargo contra él de nuevo y rodamos por la tierra, gruñendo, arañando, golpeando y aullando. Mi mano se dispara, agarrando un puñado de su pelaje y arrancándolo de su cuerpo. Claus aúlla de dolor y me golpea en la nariz con los nudillos.

Caigo al suelo, aún aferrado a Claus y esperando el momento adecuado para golpearlo en el estómago. Mi mirada se desvía hacia mis amigos. Están perdiendo la pelea contra Kaden. Mikael se estrella contra la pared cuando el Alfa lo arroja a un lado con una sola mano. El grito de Kara perfora el aire cuando las garras de Kaden dejan un rastro rojo en su brazo. Aurelia tropieza, recuperando el equilibrio con feroz

determinación, mientras la espada de Diana destella, cortando el aire, rozando a Kaden por poco.

Aprecio de verdad el respaldo. Es cierto que probablemente estén aquí porque Bruce les dijo que vinieran, pero eso no importa ahora. Lo que importa es que están aquí, luchando a mi lado, recibiendo golpes y sin rendirse. Eso es lo que cuenta.

El sonido de su lucha aviva mi determinación. Aprieto con más fuerza a Claus y mis puños vuelan con mayor rapidez, cada golpe ardiendo con rabia. Claus está a la defensiva ahora, sus intentos de contraatacar se debilitan con cada puñetazo que le doy. Puedo sentir la batalla inclinándose a mi favor. Con un último y poderoso empujón, lo estrello contra la pared y lo inmovilizo allí.

"¿Cómo pudiste hacernos esto?" gruño, con mi rostro a solo unos centímetros del suyo.

Está gravemente herido, y sigo atacando, asegurándome de que no pueda recuperarse. Pero entonces, esa sonrisa—la que he aprendido a odiar—se tuerce en sus labios. "No puedes detener a Kaden," me provoca, y antes de que pueda reaccionar, se rasga el pecho con sus propias garras.

"¡No!" grito, pero es demasiado tarde.

El cuerpo de Claus se desploma, su corazón arrancado por su propia mano. Me quedo allí, mirando el cadáver sin vida del hombre que nos traicionó a todos, su corazón aún latiendo en su mano con garras.

Miro a Claus, sus ojos sin vida mirándome de vuelta, y odio que nunca sabré por qué eligió ocultar que era un Débil y traicionarme en lugar de decirme la verdad. Su silencio ahora es tan frustrante como su traición.

Entonces, la voz de Kaden corta el silencio. "¿Estás satisfecho ahora, León? ¿Ahora que has matado a tu mejor amigo?"

Me giro lentamente, sintiendo cómo mi corazón se hunde al ver a Fiona inmóvil y pálida sobre el altar. Kara, Aurelia, Mikael y Diana están esparcidos a su alrededor, sus

cuerpos marcados con cortes de Kaden, pero están sanando. Kaden se alza allí, soberbio y poderoso, listo para derribarnos de nuevo.

"¡Detén esta locura, Kaden!" grito, pero él solo se ríe, un sonido que hiela mi sangre.

Me lanzo contra él, pero dice una sola palabra: "Detente", y de nuevo estoy congelado, incapaz de moverme. "¿Sabes por qué puedo controlarte?" pregunta, y no puedo responder, atrapado en una fuerza invisible. "Es porque te apareaste con Fiona. Tu sangre ahora está mezclada con la suya. Yo bebí de ella, lo que significa que puedo controlarte."

La rabia arde dentro de mí mientras Kaden presume de haber bebido la sangre de Fiona. "Necesito terminar lo que empecé," declara, descartándonos como si fuéramos meras moscas. "Tengo otros que lucharán mis batallas."

En cuanto dice esto, lanza un aullido que resuena en toda la cueva, un grito de invocación, y de las sombras emergen cambiaformas tambaleándose.

"Estos son míos para comandar," se burla Kaden, y lo veo—los ojos de los cambiaformas están vacíos, sus movimientos espasmódicos. Son más desgastados, más salvajes que los que vi en el santuario de mis padres. Kaden ha esclavizado sus mentes. Su voz retumba, "¡Ataquen!", y su hechizo sobre mí se rompe justo a tiempo para esquivar a un cambiaformas que se lanza hacia mí.

Me veo atrapado en una lucha desesperada contra estas criaturas que absorben poder. Kaden se da la vuelta, su atención de nuevo en Fiona y el oscuro ritual. Necesito alcanzarla, detenerlo, pero los cambiaformas son implacables, una barrera que no puedo atravesar. Mi corazón late con urgencia—salvar a Fiona, derrotar a Kaden, proteger a mis amigos. ¿Pero cómo, cuando cada segundo me arrastra más profundamente a esta locura violenta?

Estoy luchando espalda con espalda con mis amigos, pero parece que estamos perdiendo terreno. Entonces, en un giro del destino, nuevos cambiaformas irrumpen en

la cueva, su llegada inclina la balanza. Para mi sorpresa, se lanzan contra las fuerzas de Kaden.

Kaden detiene su ritual, sus ojos se abren con incredulidad. Yo tampoco puedo creer lo que estoy viendo. ¿Qué demonios está pasando?

Uno de los cambiaformas de Kaden viene hacia mí, su lengua se agita como si tuviera voluntad propia, apuntando a mi cuello. Pero antes de que pueda alcanzarme, uno de los nuevos cambiaformas irrumpe en la escena, derribando a mi atacante con una ferocidad descomunal. Las dos criaturas ruedan por el suelo, luchando como bestias enloquecidas. Momentos después, el nuevo cambiaforma prevalece, su lengua envuelta firmemente alrededor del cuello del cambiaforma de Kaden, asfixiándolo hasta la muerte.

Con un gesto de reconocimiento, el cambiaforma extiende una mano y me ayuda a levantarme del suelo. Al ponerme de pie, el reconocimiento me inunda: el líder de los cambiaformas que salvé en el santuario de mis padres está frente a mí.

“Gracias.”

“Ve, salva a tu mujer. Nosotros nos encargaremos de estos.”

No necesito que me lo repitan dos veces. Con el corazón retumbando en mi pecho, sé que es hora de enfrentar a Kaden, aunque pueda congelarme con una sola palabra. De todas formas, reúno mi fuerza y salto, mi forma de lobo surcando el aire, con las garras listas para atacar.

Pero entonces, sucede lo inesperado. El jadeo de Fiona corta el aire de la celda, y la veo, atónito, romper sus cadenas como si fueran de vidrio. Aterrizo con mis garras a un suspiro del rostro de Kaden, quien se ha distraído con el repentino despertar de Fiona.

"¡Fiona!" la llamo, sintiendo un alivio abrumador.

Ella se queda quieta, la cabeza inclinada, su cabello rubio fresa cubriéndole el rostro como un velo. Pero cuando la levanta, el miedo se apodera de mí. Esta no es la Fiona que conozco. Sus ojos son completamente negros, su piel pálida como un

fantasma. Gruñe y, por un instante, veo el destello ominoso de sus colmillos.

Kaden está atónito, murmurando, "Imposible," mientras yo intento entender qué está pasando.

"¿Fiona?"

Extiende su mano hacia nosotros y pronuncia palabras ininteligibles. Y entonces, el dolor—como nada que haya sentido antes—comienza su cruel ascenso por mis piernas. Miro hacia abajo, horrorizado, y veo mis patas pudriéndose, la descomposición extendiéndose como un incendio voraz.

La desesperación me atrapa cuando comprendo la verdadera magnitud del horror que se desarrolla ante mí.

Fiona me está matando.

Capítulo Veinticinco - Fiona

¡León está aquí! ¡León ha venido a salvarme!

Pero no puedo moverme. No puedo verlo. Estoy cayendo de cabeza en un abismo, y la oscuridad está ansiosa por tragarme.

Puedo sentir lo que está sucediendo a mi alrededor. Las voces me rodean y les grito que me salven. Primero escucho la voz de León, luego la de Kaden, después la de Claus. No pueden oírme, ni siquiera cuando parece que comienza una batalla y escucho los gruñidos familiares de los cambiaformas.

La oscuridad arde como fuego en mis ojos, y me cuesta abrirlos. Me duelen las encías y lamo el interior de mi boca, tratando de deshacerme del sabor metálico de la sangre.

¿Dónde estoy? ¿Por qué me siento tan adolorida? ¿Qué es este ruido en mi cabeza? Sálvame, León. Lo siento por haberte alejado. ¡Te amo!

Es entonces cuando el ruido de la batalla se desvanece en un silencio absoluto, como si el mundo entero contuviera la respiración. El estruendo de la lucha desaparece de golpe, como si alguien hubiera presionado el botón de silencio. Es tan tranquilo que puedo escuchar los latidos de mi propio corazón. Y de la nada, una luz brillante se enciende y me jala hacia ella como un imán. Es como si una fuerza invisible tirara de mi alma, atrayéndome hacia la luz. Y, de repente, estoy de pie en el escenario familiar de mi hogar de la infancia.

Mi madre está allí, cortando carne cruda para la cena, mientras mi padre está afuera, sus músculos se tensan mientras parte leña sin ni siquiera sudar. Es un hombre alto, del tipo que te hace pensarlo dos veces antes de pedirle un favor. Sus manos son como cuero, agrietadas y endurecidas por años de trabajo. Hay mechones grises en su cabello rubio fresa, pero los luce como una insignia de honor, y cuando levanta la vista y

se encuentra con mis ojos, me guiña un ojo.

Mi padre es todo aspereza, pero mi madre es diferente. Ella tiene un aire delicado, como una muñeca de porcelana. Su rostro es suave, con unos ojos amables que se arrugan cuando sonríe, y siempre está sonriendo. Es pequeña, casi frágil al lado de la imponente figura de mi padre, pero hay una fuerza en ella igual de sólida. Y cuando me mira, es como mirarme en un espejo: la misma nariz, la misma barbilla. Está claro que soy su hija en cuerpo y alma.

Estoy en el cuerpo de una Fiona de tres años, sentada en la encimera de la cocina, balanceando las piernas. Mi madre me está contando una historia, algo sobre una princesa y un dragón, mientras corta la carne. Es acogedor, es cálido, es hogar.

Al mirar fuera otra vez, veo a mi padre conversando con una pareja. La mujer tiene unos ojos verde mar, como el océano, y el hombre... su rostro me recuerda a León. No hay duda. Son Ethan y Betty Martyr. Quiero gritarle a mi madre que no se acerquen a ellos, pero las palabras no salen. Es como si estuviera atrapada en este recuerdo, simplemente observándolo desarrollarse.

"Esos son nuestros nuevos vecinos, Ethan y Betty," dice mamá, sin levantar la vista de su cuchillo. "Tienen un hijo un poco mayor que tú. Se llama León. ¿Por qué no vas a saludarlo?"

No quiero, pero es como si mis pies tuvieran voluntad propia y me llevaran hacia ellos. Papá me presenta, y hay algo en la forma en que Ethan y Betty me miran que me da escalofríos.

"¿Puedes ayudarnos a llevar estas bolsas a nuestra casa?" pregunta Ethan, señalando un montón de carne.

Soy fuerte para mi edad, considerando que soy una cachorra. Así que tomo las bolsas y los sigo hasta su casa. Dentro, veo a un niño escondiéndose detrás de una alacena, un par de ojos verde mar observándome. Es León. Se esconde en cuanto nuestras miradas se cruzan.

Dejo caer las bolsas en su porche, y Betty se inclina demasiado cerca. "Eres del linaje de Corin Smith, el primer Alfa," susurra con una voz gélida. "¿Sabes lo especial que eres?"

Antes de que pueda responder, Sena, mi madre, me llama: "¡Fiona!"

Me giro y corro de regreso hacia ella, mis pequeñas piernas moviéndose tan rápido como pueden. Pero entonces todo cambia. Ya no estoy en la cocina; estoy en medio de aquel espantoso ritual orquestado por Ethan y Betty. Mis padres irrumpen en la habitación, listos para salvarme, pero es una trampa.

Ethan y Betty comienzan a cantar conjuros que se enroscan alrededor de mis padres como serpientes y los torturan desde adentro. Luchan, pero es inútil. Los hechizos cortan más profundo, y yo no puedo hacer nada más que mirar cómo mis padres caen al suelo.

Mientras Ethan y Betty están ocupados matando a mis padres, siento las cadenas alrededor de mis muñecas y tobillos caer. Cuando miro a mi lado, veo a un León de seis años, solo un niño, liberándome. Se lleva un dedo a los labios, indicándome que guarde silencio, y asiento, asustada pero confiando en él. Casi logramos salir cuando Ethan y Betty nos ven. Comienzan a gritarle a León, furiosos, porque me salvó antes de que tuvieran la oportunidad de conquistar mi mente y convertirme en su marioneta.

Entonces la habitación se llena de lobos, liderados por Bruce y Víctor Martyr. Han venido a detener a Ethan y Betty, y lo logran. Pero ya es demasiado tarde para mamá y papá. Están en el suelo, sin moverse. Los ojos de mamá están abiertos, mirándome fijamente, como si intentara decirme algo incluso ahora. Hay lágrimas en su rostro, atrapadas en sus mejillas, como si el tiempo se hubiera detenido. Es como si hubiera estado llorando por mí, por todo esto, hasta el final.

La escena cambia y ahora estoy sentada en el tronco donde León y yo nos encontramos siempre, pero él no está aquí. Solo estoy yo y Lady Asmara, y no puedo detener el flujo de lágrimas.

"No sé qué hacer," le confieso. "Estoy atrapada en este recuerdo, muriendo por la maldición de Kaden, y León... él está allá afuera tratando de salvarme."

"No entiendes tu verdadera fuerza, Fiona," dice Lady Asmara con voz tranquila.

Me limpio las lágrimas y la miro. "¿Qué quieres decir?"

"Tu maldición es solo el comienzo. Ethan y Betty te hicieron más de lo que imaginas. Podrías acabar con el mundo," me dice. "Tienes el poder de hacer que todo se pudra."

Pero eso es mi peor pesadilla. "No quiero ser la causa de la decadencia."

Ella sonríe, un poco triste. "Eres un arma del apocalipsis, pero puedes controlarlo."

"Eso es imposible," discuto. "Ni siquiera puedo manejar mi maldición. He estado escondiéndome detrás de guantes desde que lo descubrí."

"Solo mira dentro de ti," insiste Lady Asmara. "Encuentra lo que te hace feliz, lo que ilumina la oscuridad."

Estoy a punto de preguntarle cómo hacerlo cuando el ruido de la batalla regresa, creciendo a nuestro alrededor. "Tu poder está siendo desatado," dice, su voz desvaneciéndose entre ecos. "Es tu elección ahora—salvar el mundo o destruirlo."

Respiro de golpe, volviendo a la vida, un torrente de fuerza recorriendo mi cuerpo. Es un poder embriagador, mil veces más dulce que los momentos tiernos en los que León sostenía mi mano para ayudarme a controlar mi maldición. Este deleite me atraviesa, el placer girando en mis venas, un deseo oscuro susurrando que deje que todo se desmorone a mis pies.

Con facilidad, rompo las cadenas. Me pongo de pie, cada sensación lavándome en oleadas de éxtasis. La voz de León me alcanza, pero suena tan distante. "¿Fiona?"

Kaden murmura, "Imposible."

Levanto la mano, y el mundo se dobla ante mi voluntad. León se desploma, la descomposición trepando por sus piernas. Kaden también comienza a marchitarse. Se están cayendo, secándose como hojas de otoño ante mí. Una voz suplica en mi mente,

"¡Fiona, detente! Estás matando a León," pero es solo ruido, ahogado por el hambre de su destrucción. Yo soy la tormenta, y ellos están atrapados en mi furia.

Solo mira dentro de ti. Encuentra lo que te hace feliz, lo que ilumina la oscuridad. Las palabras de Lady Asmara resuenan en mi cabeza de nuevo. Pero, ¿qué me hace feliz? ¿Qué ilumina la oscuridad en mi mundo?

¡León! Es León. La realización me golpea como un amanecer después de la noche más oscura. Es el aire que llena mis pulmones, el calor que descongela mi corazón helado. En sus brazos, encuentro un refugio, una promesa de eternidad a la que me aferro. Con cada latido de mi corazón, sé que es a León a quien debo encontrar dentro de mí.

Los recuerdos me inundan, vívidos y cálidos. Recuerdo aquel día en el bosque, el silbido agudo del hacha de León cortando el aire, rozándome por centímetros. Luego, los días en los que me protegió de los otros lobos que hacían de mi vida como Omega un infierno. Recuerdo el momento en que me confesó su amor. No fueron solo palabras. Sentí una conexión con él que trascendía cualquier palabra.

Nuestros momentos más íntimos—esas miradas que derriten el corazón, esos toques cálidos y susurros tiernos. Estos recuerdos son mi ancla, tirando de mí hacia atrás desde el abismo, recordándome quién soy, quiénes somos juntos. León ha sido mi protector, mi salvador, mucho antes de que siquiera lo supiera, y ahora, con claridad, lo recuerdo liberándome en el santuario, siendo un héroe incluso entonces. León siempre ha sido mi compañero, y lo amo con todo mi corazón.

De repente, el trance se rompe. El oscuro placer y deseo desaparecen, y vuelvo a ser yo, Fiona, no un monstruo hambriento de destrucción. Mi mente se aclara y veo lo que he hecho. Kaden y León están marchitos ante mí. Los objetos en el suelo a su alrededor también se han descompuesto. El cuerpo de León está podrido hasta la cintura, sus respiraciones son débiles y entrecortadas. Las piernas de Kaden no son más que cáscaras vacías y, aunque sigue vivo, está inmovilizado.

Corro hacia el lado de León, sintiendo que mi corazón se rompe. "¡León! Dios, lo siento tanto. No quise hacerlo. Quédate conmigo, León."

El pulso de León se debilita más y más, y poco a poco comienza a transformarse en humano. Después de cambiar, agarra mi brazo, sus dedos clavándose en mi piel mientras lucha por hablar. "Fio...fio...lo siento."

"Por favor, no digas eso. Soy yo quien debería disculparse." Mis lágrimas son ardientes cuando caen sobre el dorso de mi mano. "No mueras. Quédate conmigo."

Figuras comienzan a rodearme. Cuando las miro a través de mi visión nublada, puedo ver que están tan preocupadas por León como yo. cambiaformas y lobos se mantienen juntos, observando cómo León lucha por su vida. Deben ser todos amigos de León. Deben haber ayudado en esta lucha. No podría estar más agradecida.

"Esto no ha terminado," habla Kaden desde detrás de mí, riendo como un maniaco.

Me giro y veo a Kaden, su cuerpo rígido por la parálisis, aferrando un cuchillo ritual. Me lo apunta, su mano temblando, sus ojos abiertos de par en par con el terror de un animal acorralado.

"¡Tú! Todo esto es tu culpa," lo acuso, levantando mi mano, lista para desatar la descomposición sobre él.

Él sabe lo que viene; lo veo en su mirada—el miedo crudo, sin máscara, en sus ojos. Kaden está asustado, realmente asustado. Sus ojos revolotean de un lado a otro, buscando una salida que no existe. Su mano con el cuchillo tiembla tanto que es un milagro que no lo suelte. Siempre ha sido el gran y temido Alfa, pero ahora... ahora solo es un hombre que ha mordido más de lo que puede masticar, y lo sabe. Se puede casi oler su miedo—es tan fuerte. Pero no es solo miedo, también es vergüenza. Ha sido expuesto y sabe que todos pueden verlo.

Pero entonces, una voz imponente corta la tensión. "Señorita Smith, eso es suficiente."

Es Bruce Mason, el padre de Kaden, entrando en la celda con varios guardias del

palacio. Con autoridad, ordena a los guardias que se lleven a su hijo. Las protestas de Kaden son desesperadas mientras lo arrastran, sus gritos resonando en el espacio vacío.

Bruce se arrodilla a mi lado. "Kaden nunca te amó. Yo nunca le ordené que te rechazara y te convirtiera en una Omega. Quería que se casara contigo, para enmendar los horrores que sufriste. Ethan y Betty fueron los lobos más viles que he conocido, pero mi hijo puede haberlos superado. Pero escucha esto," dice, apretando el hombro de León, "este hombre, León, él sí te amó. De verdad."

Sacudo la cabeza, nuevas lágrimas rodando por mis mejillas. "No, no digas eso. Él no está muriendo."

Pero la verdad es clara en las respiraciones cada vez más débiles de León. Se está yendo. León logra esbozar una sonrisa, su mano encontrando la mía, palma contra palma, piel contra piel. "Ahora... puedes tocarme. Creo que... ahora puedes controlar tu maldición. Gracias, Fiona. Por amarme."

Su voz se apaga, y entonces, silencio.

Un grito desgarrador escapa de mi garganta, crudo y devastador, un sonido de angustia que llena la habitación y se extiende en la noche. León se ha ido, y con él, toda mi alma.

Capítulo Veintiséis - León

Dos meses después

"¿Estás dormido?"

"Sí," murmuro contra la almohada y ella se ríe.

"¡Vamos! Despierta. Es hora de tu coronación."

"No. Estoy soñando contigo y eres tan jodidamente sexy en mi sueño."

Un almohadazo me golpea y me río, girándome sobre mi espalda para mirar a mi esposa con su cabello despeinado por el sueño, todavía sosteniendo la almohada con la que acaba de pegarme. Mi esposa. Mi compañera. Mi Fiona. Sigue teniendo el mismo efecto en mí que el primer día que lo dije.

Me levanto de la almohada y la derribo sobre la cama.

Fiona ríe y se retuerce debajo de mí, tratando de liberarse. Luego me detengo, y todo lo que hago es mirarla.

"¿Qué pasa?" pregunta, mirándome con sospecha.

"Nada. Solo me gusta mucho verte reír."

Fiona se sonroja cuando levanto su mano hacia mi rostro, apoyándome en su toque y en el calor de sus dedos.

"Aún no me acostumbro a tocar. El otro día, Kara intentó tomarme de la mano y la empujé tan fuerte que cayó al suelo."

"Menos mal que sana rápido," digo riendo.

Fiona tamborilea con sus dedos sobre mi barba de la mañana y luego la rasca suavemente. "Tan áspera. Me gusta."

Su asombro infantil por el simple acto de tocarme me divierte cada vez, pero no interrumpo su exploración. Mientras sus dedos continúan trazando mi rostro, reflexiono sobre el viaje que nos ha traído hasta aquí, hace apenas dos meses.

Recuerdo morir, la descomposición reclamándome en esa fría celda de la cárcel. Pero la muerte no fue el final. Llegué al más allá, una tierra fantasmal donde los espíritus de los lobos permanecían. Vi a Claus allí, y la rabia volvió a encenderse en mí—quería hacerlo pagar, incluso en la muerte. Pero la tía Laurice intervino y me dijo que ese era un lugar para descansar, no para vengarse.

"¿Es aquí donde descanso también?" le pregunté, pero ella negó con la cabeza. "No, León. Tienes que volver con Fiona."

Y, de repente, desperté, de vuelta en mi apartamento, con Fiona dormida a mi lado. Mi cuerpo estaba entero otra vez, la descomposición había desaparecido. La observé dormir, sintiendo un alivio inmenso, hasta que no pude esperar más y la desperté. Lloró cuando me vio, lágrimas de alegría que duraron horas.

"¿Cómo me curé?" finalmente pregunté.

La voz de Fiona fue suave cuando explicó. "Mi maldición no solo quita la capacidad de cambiar. Puede quitar cualquier aflicción de un lobo, incluso la descomposición que te estaba matando."

Me quedé atónito. "¿Pero cómo?"

"Sucedió cuando nos tomamos de la mano," dijo. "Ni siquiera me di cuenta hasta que Aurelia lo notó. Dijo: '¡Está sanando!'"

"Realmente pensé que morí."

"Lo hiciste."

"Pero aquí estoy. Me salvaste."

Después pasamos los siguientes treinta minutos follando en mi cama. Una semana después, me casé con Fiona. Su vínculo con Kaden había sido completamente roto con la ayuda de Bruce, Victor y Jacobe.

Eso no fue todo. Hace un mes, Victor me dio una noticia impactante. Ahora que Kaden había sido despojado de su título de Alfa y encerrado en la nueva cárcel de Silverpine, ubicada en el Bosque del Este, yo era el siguiente en la línea para

convertirme en Alfa. El título de Alfa siempre había rotado entre estas cuatro familias—Martyr, Mason, Smith y Camelin. Ahora era mi turno, y no rechacé la oferta.

Así que aquí estoy hoy, preparándome para mi coronación. Estoy vestido con la túnica tradicional de liderazgo—un azul profundo bordado con hilos plateados que forman el escudo de la familia Martyr. Fiona está a mi lado, con un vestido en cascada de un verde resplandeciente y su cabello rubio fresa cayendo como una cascada bajo la luz de la mañana.

"Te ves... increíble," le digo, mis ojos recorriendo las líneas de su vestido, la curva de su sonrisa.

Juntos, salimos hacia la reunión, donde los líderes de las familias nos esperan—Jacobe, Victor y Bruce. La ausencia de un representante de la familia Smith es evidente.

"¿Qué pasa con la familia Smith?" pregunto a los líderes de las familias.

Todos se giran para mirar a mi esposa. "Fiona, ¿te presentarás por tu familia?" Es Bruce quien pregunta.

Las lágrimas brillan en sus ojos, pero asiente, con orgullo y tristeza en su mirada. Da un paso adelante para unirse a ellos, sus manos uniéndose a las de los demás para colocar sobre mis hombros el manto de liderazgo.

La coronación es simple pero profunda. Un círculo de metales entrelazados—representando a cada familia—se coloca sobre mi cabeza. Me arrodillo, sintiendo el peso de la responsabilidad asentarse sobre mí.

Cuando me pongo de pie, ya no soy solo León; soy el Alfa, líder de la manada, guardián de nuestras tradiciones.

"¡Salve al Alfa!" Jacobe, Bruce y Victor gritan al unísono.

"¡Salve al Alfa!" Todo el clan repite al unísono, y todos rompemos en un aullido colectivo que debe haberse escuchado incluso en el espacio.

Con Fiona a mi lado, representando su linaje, me siento listo para enfrentar cualquier cosa que venga. Juntos, lideraremos y juntos, protegeremos el legado de

Silverpine.

*** *** ***

La coronación llega a su fin, y Fiona y yo partimos hacia el Palacio—nuestro nuevo hogar, nuestro futuro. En el momento en que cruzamos la entrada, la tensión entre nosotros es eléctrica, un magnetismo imposible de resistir. Apenas la puerta se cierra detrás de nosotros, sus manos están sobre mí, sus dedos enredándose en mi cabello mientras sus labios chocan contra los míos.

Sus suaves gemidos se funden en mi boca cuando la atraigo más cerca, mis manos recorriendo la delicada curva de su espalda. Tropezamos hacia la cama, despojándonos del peso de la noche, del pasado, de todo lo que no sea solo nosotros.

Rompo el beso, respirando entrecortadamente mientras tomo su rostro sonrojado entre mis manos.

"Fiona..."

"¿Sí?" susurra, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

"He estado pensando en algo que dijiste anoche. Dijiste que te salvé cuando éramos niños, cuando mis padres te encadenaron en su santuario. Pero no lo recuerdo."

Ella roza sus labios por mi mandíbula, su aliento cálido contra mi piel. "Bruce y Jacobe me dijeron que el consejo tuvo que borrar nuestros recuerdos. Éramos demasiado jóvenes para presenciar un horror así."

Paso mi pulgar por su labio inferior antes de atraparlo suavemente entre mis dientes. "¿Así que he estado salvándote desde que era un niño?"

Fiona deja escapar una risita suave. "Sí, supongo que sí."

Sonrío de lado, bajando mi boca hasta su oído. "Genial."

Su risa se corta de golpe cuando la empujo sobre la cama, atrapándola debajo de mí. Jadea cuando dejo un rastro de besos por su cuello, mis dientes rozando su piel sensible. La fina bata de noche que lleva hace poco para ocultar las deliciosas curvas de su cuerpo—las cimas de sus pechos, la forma en que la tela se adhiere a sus muslos

suaves.

Deslizo mis dedos por sus costados, sintiendo la suavidad de su piel, notando cómo tiembla bajo mi toque. Cuando me alejo para mirarla, sus ojos marrones están oscurecidos por el deseo, sus labios entreabiertos como si esperara mi próximo movimiento.

"Tienes unos pechos hermosos," susurro, deslizando mi palma sobre la suave hinchazón, mi pulgar trazando círculos alrededor de un pezón endurecido.

Ella arquea la espalda hacia mi toque, su respiración entrecortada. "Dices eso de cada parte de mi cuerpo."

Sonrío, arrastrando mis labios por su clavícula. "¿Y acaso estoy equivocado?"

Sus dedos se enredan en mi cabello mientras dejo un camino de besos descendiendo por su cuerpo, deteniéndome justo en el borde de su bata. Me observa con atención mientras la subo lentamente, revelando la tersura de sus muslos, el calor entre ellos haciendo que mi miembro lata con necesidad.

"León..." gime cuando presiono mi boca contra su estómago, descendiendo con provocación.

Separé sus piernas, posicionándome entre ellas, dejando que sintiera lo duro que estoy. El aroma de su deseo llena el aire, arrancando un gruñido profundo desde mi pecho.

"Estás tan húmeda para mí," murmuro, deslizando mis dedos sobre su calor resbaladizo, sintiendo cómo su cuerpo se estremece en anticipación.

Su espalda se arquea, un gemido desesperado escapando de sus labios mientras la torturo con caricias lentas y deliberadas. Está temblando, sus manos aferrándose a las sábanas, su cuerpo rogando por más.

"Por favor, León," susurra.

"¿Por favor qué, amor?" Paso la punta de mi lengua por su muslo interno, observando cómo sus músculos se tensan.

"Te necesito."

No la hago esperar más. En un solo movimiento, me hundo dentro de ella, sintiendo cómo su cuerpo se adapta a mí, abrazándome con calidez y necesidad. Jadea, sus manos volando a mi espalda, sus uñas clavándose en mi piel mientras la lleno por completo.

"Esto," murmura, dejando besos a lo largo de mi mandíbula, "esto es mi parte favorita."

Gimo, aferrando sus caderas mientras me muevo dentro de ella con embestidas lentas y profundas. Ella responde a cada una con un desesperado balanceo de sus caderas, sus piernas rodeándome con fuerza, empujándome más adentro.

"Dios, Fiona," gruño, atrapando su boca en un beso ardiente.

Gime contra mis labios, su cuerpo temblando bajo el mío mientras aumento el ritmo, cada movimiento enviando oleadas de placer a través de ambos. Cuando muerde mi labio inferior, algo primitivo dentro de mí se rompe.

La volteo, presionándola contra el colchón, mi pecho pegado a su espalda. Mi mano encuentra la suya, nuestros dedos entrelazándose mientras la embisto desde atrás, cada movimiento enviando estremecimientos a través de su cuerpo.

"¡León!" grita, su voz quebrándose al alcanzar su clímax.

El sonido de su placer me desarma por completo. Mi agarre en ella se aprieta y me hundo profundamente en su interior, liberándome con un gruñido gutural, mi cuerpo temblando por la intensidad del momento.

Por un instante, ninguno de los dos se mueve, nuestras respiraciones entrelazándose, nuestros cuerpos enredados en el resplandor del éxtasis. Luego, me giro sobre mi espalda y la atraigo hacia mis brazos.

Los dedos de Fiona trazan círculos perezosos sobre mi pecho, sus labios rozando mi hombro. "Te amo," murmura.

Deposito un beso en su frente, apretándola más contra mí. "Te amo más."

Ella se ríe suavemente. "Eso no es posible."

"Sí lo es," replico, inclinando su barbilla hacia arriba para que vea la verdad en mis ojos. "Te he amado desde el día en que nos conocimos. Y te amaré cada día después de este."

Un suspiro suave escapa de sus labios, y ella presiona su rostro contra mi pecho, su cuerpo encajando perfectamente con el mío.

"Me salvaste," susurra.

Beso su cabello, abrazándola con fuerza. "No, Fiona. Nos salvamos el uno al otro."

Y mientras me dejo llevar por el sueño con ella en mis brazos, lo sé con absoluta certeza—esto es para siempre.

Acerca de Seraphina Wilderose

¡Saludos, soy Seraphina, una romántica de corazón sin remordimientos y una dedicada escritora de amor!

Con cada golpe de mi teclado, esculpo mundos donde el amor lo conquista todo. Prepárense para ser arrastrados y transportados a reinos donde el poder del amor no conoce límites. Mis historias son como un buen vino, destinado a ser saboreado y apreciado, así que por favor disfrútelo ;)

Tu opinión significa mucho para mí, si te gusta dejar un comentario por favor haz clic

AQUI

Si te ha gustado el libro, espera también el próximo libro de la serie

Hombres Lobo a la Luz de la Luna

¡Gracias!